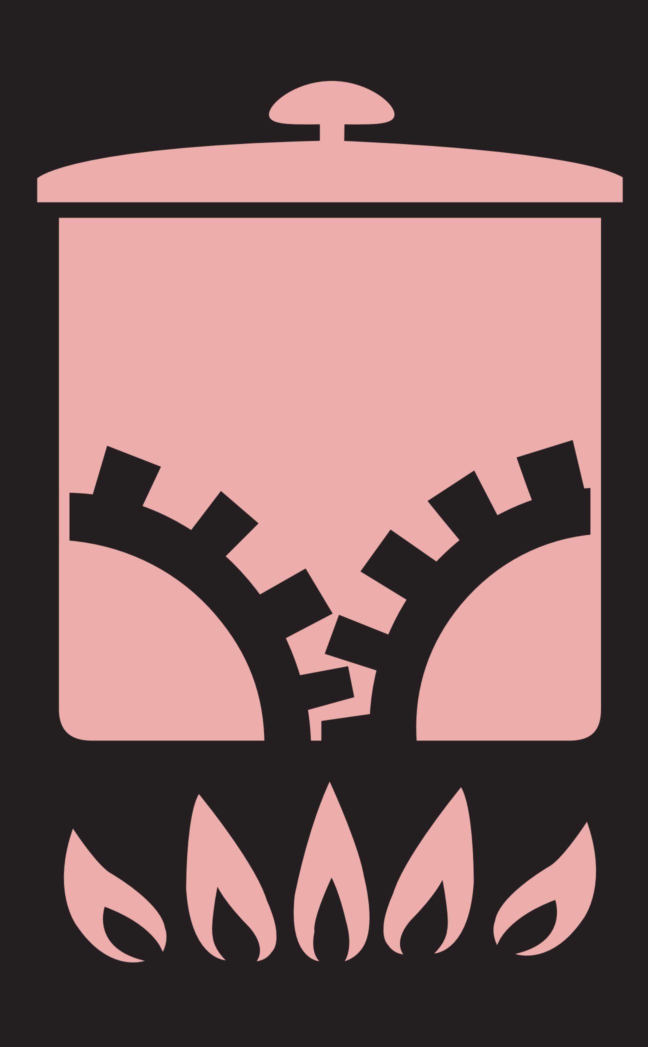
cuadernos de

NEGACIÓN



NOTAS SOBRE TRABAJO DOMÉSTICO

14

mayo de 2020

cuadernos de
NEGACIÓN

No tenemos nada que venderle a nuestros hermanos de clase, nada con qué seducirlos. No somos un grupúsculo compitiendo en prestigio e influencia con los demás grupúsculos y partidos que dicen representar a los explotados, y que pretenden gobernarlos. Somos proletarios que luchan por acabar con el Capital y el Estado con los medios que tenemos a nuestro alcance, nada más y nada menos.

Si sentís que estos materiales deben ser difundidos… ¡A reproducirlos, imprimirlos, copiarlos, discutirlos! Fueron realizados para circular por donde se considere más conveniente.

Por obvias razones económicas no podemos realizar una gran tirada de esta publicación como lo deseamos, ni tampoco enviarlo a muchos lugares del mundo, por ello alentamos a la distribución de los Cuadernos copiándolos y haciéndolos correr como mejor se pueda.

Agradecemos profundamente a quienes vienen colaborando con la difusión de los números de Cuadernos de Negación y los invitamos a ponerse en contacto.

¡Adelante compañeros!

cuadernosdenegacion@hotmail.com
cuadernosdenegacion.blogspot.com

NOTAS SOBRE TRABAJO DOMÉSTICO

14



Las gráficas utilizadas para este número fueron realizadas por Cuadernos de Negación.

ADVERTENCIA SOBRE LAS CITAS

No es nuestra tarea anunciar novedades ni resguardar un antiguo tesoro, sin embargo, muchos de quienes se dispongan a leer podrán encontrar aquí pequeñas y grandes revelaciones así como viejos enunciados. Desde Cuadernos, nos gusta compartir algunos párrafos bien dichos de las diferentes publicaciones, libros, textos y papeles que utilizamos al momento de preparar cada número. Cuando reproducimos estas citas, nombramos a sus autores simplemente para dejar visibles los pasos de algunos de nuestros recorridos e invitar a seguir profundizando. Quien lea con atención sabrá distinguir entre la cercanía de un autor u otro. En su gran mayoría se trata de afines, pero esto tampoco implica una reivindicación acrítica de ellos o de las organizaciones de las que forman o formaron parte. Y quien lea con la intención de reflexionar, pero también de transformar la realidad, comprenderá que todo esto se trata de algo más que libros, panfletos, autores y palabras.

Los textos aquí citados (y otros) están disponibles en:
bibliotecacuadernosdenegacion.blogspot.com

PRESENTACIÓN



En los últimos años las luchas del movimiento de mujeres han tenido un protagonismo innegable. Internacionalmente han suscitado un renovado interés en la "causa de la mujer". Tanto en las calles como en la web, en los partidos y en los sindicatos, en panfletos de agitación o en los medios masivos de comunicación, en los pequeños y grandes agrupamientos se habla de patriarcado, género, machismo, se critica a la familia, al lenguaje, se ponen en duda las identidades sexuales tradicionales. Aparecen cuestionamientos o estos se renuevan según las personas implicadas sean principiantes o tengan mayor experiencia en este terreno.

Sin duda no es algo novedoso pero ha ganado un reforzado impulso en los últimos años. Ya diversas y feroces luchas, incluso antes de la concreción del movimiento feminista, combatían muchos de los objetivos hoy señalados hasta por políticos y periodistas en sus rutinas autómatas. Es que quien quiera permanecer en escena o incluso ganarse un sueldo en ciertos ámbitos no puede mantenerse indiferente a esta cuestión. Hay quienes han subido sin chistar al carro del feminismo y, también hay que decirlo, hay quienes ganan dinero, poder o prestigio ¡y hasta presidencias! enfrentándose de maneras reaccionarias a la misma, el ejemplo de Bolsonaro en Brasil es notable. El público es amplio y cuando un tema toma semejante relevancia en la agenda política debe haber discursos–mercancías para todos los gustos.

No es que sea un solo factor el que explique por qué nos encontramos frecuentemente reflexionando, conversando y agitando sobre estos temas, pero hay uno determinante. **Las condiciones materiales de existencia en esta sociedad capitalista se ven modificadas de acuerdo a las necesidades de, justamente, el Capital**. Por tanto, las relaciones entre hombres y mujeres están cambiando, la identidad obrera o nacional han sido desacreditadas para dejar lugar a otras, las condiciones laborales se ven trastocadas y el orden moral también.

Y las luchas de mujeres, lesbianas y trans están ahí, sucediéndose. Y es de las luchas que sacamos las lecciones, son las mismas luchas las que hacen las teorías. A menudo la teoría no se anticipa a una práctica o viene a exigirla, la teoría es parte de esa práctica en movimiento. Bien, es **a partir de allí que planteamos estas páginas para la acción y la reflexión**. **Desde las luchas y las condiciones materiales, intentando hacer prevalecer la realidad ante los modelos sobre la misma**. Tarea dificultosa porque incluso quienes no vivimos de acuerdo a esos modelos (y seguramente nadie lo haga) sin querer podemos tomar dichos modelos y estereotipos de la realidad como punto de partida y no solo como una referencia obligada. Así, no solo en una película sino también en la crítica social, aún ante el deterioro de la familia nuclear, la familia es retratada en tanto que una ama de casa con su marido obrero e hijos en etapa escolar; y todas las personas en matrimonio heterosexual tendrían un comportamiento de fidelidad exclusivamente heterosexual (pese el secreto a voces del adulterio incluso no–heterosexual).

La crítica a algunos aspectos del capitalismo no ha contribuido sino a su modernización. Muchas exigencias han encontrado su lugar en la sociedad capitalista. Los individuos pueden realizar más o menos sus "propias" aspiraciones de desembrazarse del mandato familiar heteronormativo y autoritario para adaptarse plenamente a un capitalismo que exige ciudadanos cada vez menos rígidos en cuanto a sus capacidades y expectativas laborales. Así, el rechazo a viejas costumbres deterioradas no es sino la reafirmación de nuevas costumbres en pleno apogeo.

Es sin duda notorio también como los movimientos sociales en los últimos años se han ensañado con el ámbito (para nombrarlo de algún modo) cultural y simbólico abandonando el terreno de "la cuestión social" como se decía antaño, de la crítica de la política, de la economía, de la lucha total. El alejamiento simbólico del mundo del trabajo se corresponde también con un alejamiento de la crítica del modo capitalista de producción, es decir de explotación, por el estudio de las relaciones de poder y dominación. La propuesta predominante de los movimientos sociales es entonces de parcialización e inmediatismo. Y es en estas

condiciones que los académicos y escritores a sueldo tienen su lugar, en el espacio que ha dejado vacante el movimiento revolucionario. Evidentemente **si no hacemos nuestra propia teoría alguien lo hará por nosotros**. Y ya la han hecho, cuestión que pasa completamente desapercibida por sus ejecutores. Y no es necesario haber leído a sus autores directamente, basta con seguir al pie de la letra sus preceptos que son ampliamente difundidos y precisamente puestos en marcha.

«Difícilmente sea este el lugar para abordar de lleno la historia del postestructuralismo, pero hay un par de puntos que probablemente tenga que cubrir, a fin de asegurar que lo que sigue tenga algo de sentido. De hecho, es difícil elegir un tema que vincule los trabajos de diversos autores (Foucault, Derrida, Bordieu, Deleuze y Guatari, Lyotard…) reunidos, por lo común bajo este rótulo. Pero si existiera alguno sería el ansia de destruir totalidades, sean estas la "sociedad", el "orden simbólico", el "lenguaje", la "psiquis" o cualquier otra cosa. El postestructuralismo tiende a ver la realidad como una multiplicidad heterogénea de "campos", "máquinas", "discursos", "juegos de lenguaje", o cualquier otra cosa dentro de una cantidad de planos transversales, mesetas y lo que fuere —y esto es crucial—, que no forman parte de ninguna suerte de estructura o jerarquía dominante global. Antes que contextos que se abarcan unos a otros (…) uno tiene un mosaico de superficies rotas y en cada superficie, un juego por completo diferente que se juega con un conjunto de reglas distintas.

Más aún, los postestructuralistas suelen insistir en que ni siquiera se puede hablar acerca de individuos moviéndose en un sentido y otro entre estas superficies; más bien los jugadores (o los "sujetos") son constructos del propio juego, efectos del discurso, y nuestra sensación de que tenemos un yo consistente es, en gran medida, una ilusión. En última instancia, el lenguaje nos habla. Mientras que los debates previos se preguntaban si se debía comenzar por la sociedad o por el individuo, aquí la sociedad y los individuos se disuelven en fragmentos.» (David Graeber, *Hacia una teoría antropológica del valor*)

En este sentido, al interior de diversos movimientos sociales se hace del poder y la dominación componentes fundamentales de la crítica, componentes básicos que estarían repartidos por todas partes. Y tal como señala Graeber si todo es corrupto por igual, entonces casi nada podría ser pasible de redención. No es casual que estos autores antes nombrados argumenten que la lucha revolucionaria es ya fútil. Y así hoy nos encontramos con que los movimientos sociales a menudo se pierden en los problemas de los "micropoderes" porque admitieron ya un sistema totalizador que solo deberíamos aprender a aceptar, a lo sumo con cierto desapego irónico.

De ahí la tendencia a concentrarse en cuestiones fundamentales de la crítica social, pero planteándolas como hechos fortuitos de la sociedad. **De este modo, familia, trabajo doméstico o heteronormatividad son abordados de modo tal que no pueden ser combatidos sino a lo sumo alterados, como categorías con las cuales jugar un poco sin abolirlas**.

En lo tocante a las actuales luchas feministas esto es notorio. Masivamente se abordan cuestiones "micro" susceptibles de ser reformadas o gestionadas sin siquiera nombrar las "macro". Desde estas páginas jamás propondríamos esta diferenciación, sino una crítica unitaria, pero por un momento sigamos el juego… Evidentemente abordar estas cuestiones "macro" implicaría que los animadores y animadoras de la burguesía del movimiento feminista sean señalados como objetivo al mismo tiempo que el Estado y sus funcionarios. La derrota es una profecía autocumplida cuando se buscan pequeñas conquistas simbólicas sin tocar lo vertebral de esta sociedad, cuando se intenta menguar y gestionar las consecuencias sin ir directamente a las causas.

Cinzia Arruza, impulsora de las últimas huelgas del 8 de marzo, en su artículo *Del feminismo de la reproducción social a la huelga de mujeres* opina, sino lo contrario, algo distinto: «La experiencia concreta de la huelga de mujeres, en la medida en que algunas de las organizadoras estaban inspiradas por la teoría de la reproducción social, hizo que la cuestión de si la lucha de clases debía tener prioridad sobre las luchas "basadas en la identidad", no solo quedara obsoleta sino también retratada como engañosa. Si pensamos la clase como un agente político, el género, la raza y la sexualidad deben ser reconocidas como componentes intrínsecos de la forma en que las personas concretan su sentido del yo y su relación con el mundo y, por lo tanto, son parte de la manera en que las personas se politizan e involucran en la lucha. En la realidad vivida, la clase, la raza, la desigualdad de género no son experiencias separadas ni fenómenos compartimentados que interseccionan externamente: su separación analítica es producto de un proceso de pensamiento, que no debe ser confundido o tratado como si fuera el reflejo de la experiencia.»

Es cierto que no se trata de fenómenos compartimentados, pero también es cierto que las huelgas de mujeres de los últimos años son lo suficientemente simbólicas como para olvidar los fundamentos de esta forma de lucha histórica de los explotados. En una huelga sus participantes se abstienen de realizar la actividad que realizan normalmente en perjuicio de quienes les explotan. Eso no significa, y se opone a, parar un rato, esperar permiso o pedir que los hombres reemplacen a las mujeres en sus puestos de trabajo como solicitaron, al menos en Argentina, los sindicatos y luego avaló el Estado.

Las huelgas no son simplemente una manifestación para "dar voz" a diferentes colectivos sociales. Es muy difícil comprender la huelga en tanto que ciudadanos y no como "productores" y por ello hablamos de su carácter simbólico. Si bien una lucha no es simplemente lo que sus participantes digan de ella ni solamente sus consignas sino también, y principalmente, la actividad real de quienes se involucran y las llevan adelante, esa autopercepción y esas consignas pueden ser un pesado lastre.

La festejada "participación ciudadana" no es más que la negación del proletariado como clase, la integración de seres explotados y oprimidos a un sujeto político aclasista, manteniendo intacta su explotación y opresión.

Por ignorancia o mala intención alguien puede suponer que proponemos retomar o continuar la lucha obrera añorada por algunos nostálgicos que simplemente rechazan lo nuevo en defensa de lo viejo. Además de las luchas culturales, cuestiones como el salario, el patrón o la producción fueron, y aún son, abordadas de modo reformista por el movimiento obrero clásico en sus tantas variantes. Aferrarse a lo viejo no es garantía de nada. Aquel antiguo esquema no ha sido superado por los "nuevos actores sociales", simplemente lo han dejado de lado, tropezando por otros caminos con sus mismas piedras.

Luego de la derrota y la incapacidad de asumir la crítica de la economía en su totalidad, es decir, de manera revolucionaria para subvertir la sociedad, el economicismo percibe el capitalismo como una cuestión "económica", al margen de las otras esferas, y las nuevas luchas particulares se concentran en atacar lo "cultural". Es así que las luchas por el reconocimiento absorben las fuerzas de los movimientos sociales en general y del movimiento de mujeres en particular. Solo por poner algunos ejemplos, puede parecer más importante el respeto a las lesbianas en las representaciones televisivas o cinematográficas que la propia realidad de las lesbianas, o la manera apropiada de referirse a una persona transexual en desmedro de sus condiciones materiales urgentes.

Puede suceder que esas luchas sociales queden, en consecuencia, subordinadas a las luchas culturales, no para ser más amplias y profundas sino más parciales y a veces hasta superficiales. Intercambiando un paradigma sesgado por otro.

«En la práctica se dio una tendencia a subordinar los enfrentamientos socioeconómicos a las luchas por el reconocimiento, mientras que en el plano académico la teoría cultural feminista empezó a eclipsar a la teoría social feminista. Lo que había empezado como un correctivo necesario al economicismo evolucionó con el tiempo a un culturalismo igualmente sesgado.» (Nancy Fraser, *Fortunas del feminismo*)

En definitiva, esta *batalla cultural* intenta dejar de lado la imprescindible crítica de la economía política en la cual podrían ser abordadas de manera integral aquellas cuestiones que se suponen despreciadas, poco o mal tenidas en cuenta.

Los movimientos sociales no se expresan por fuera de la sociedad capitalista, suelen emplear el lenguaje dominante, tener las limitaciones y sesgos propios de su época, pero a veces van más lejos, o en verdad se quedan más cerca, y convergen con las necesidades del Capital. Ciertas tradiciones como el machismo o el racismo en algunos períodos y lugares aparecen como obstáculos al libre desarrollo capitalista y eso parece que incomoda también a amplios sectores proletarios en tanto que capital variable, que seres humanos cada vez más mimetizados con el Capital. **Quizás no se trate de un capitalismo que se apropia de luchas genuinas, sino de luchas que genuinamente no exceden el punto de vista del Capital**. Es decir, que muchas veces esas luchas no han sido recuperadas *a posteriori* sino que acabaron tal como comenzaron y en ocasiones comienzan aparentemente a contracorriente.

El capitalismo no puede ni podrá liberar a las mujeres más que del marido, la familia nuclear tradicional, del mandato maternal o la heterosexualidad forzada pero jamás de sí mismo, porque las libera para sí mismo. El Capital no puede desembarazarse de todo elemento sexista porque lo constituye, puede anular la brecha salarial entre sexos en un mismo puesto de trabajo pero no puede acabar con la reproducción de la fuerza de trabajo en el ámbito privado. Del mismo modo que puede endurecer las penas por piropos pero no puede acabar con una práctica tan patriarcal como es la transmisión de la propiedad del padre a sus hijos, es decir, la antigua herencia que irónicamente jamás se la nombra entre las prácticas patriarcales de ayer y hoy. Y aquí se revela el carácter ampliamente capitalista del feminismo dominante, que propugna cambios políticos, lingüísticos y culturales que fortalecen el capitalismo en su reestructuración, no atacando lo que le es inherente como la propiedad privada y la herencia, o el Estado y sus leyes.

Por otra parte, no hay escalones hacia la liberación total, porque no se trata de una suma de dominaciones que tan solo se articulan *interseccionalmente*.[1] No podemos ir aboliendo escalonadamente diversos elementos que constituyen una totalidad, porque justamente son indivisibles en la realidad.

En algunos países, incluso con diferencias internas en sus mismas ciudades, y desde hace bastantes años, asistimos a

1 Ver *¿Interseccionalidad?* en el número anterior *Notas sobre patriarcado*, donde esbozamos una crítica a esta propuesta. Este y aquel número, como en ocasiones anteriores, forman un bloque de Cuadernos de Negación que recomendamos tener en cuenta al leer cada uno por separado, aunque no sea excluyente.

diversos cambios porque las viejas necesidades del Capital se revelan como tradiciones que están volviéndose obsoletas. Que ya no se adaptan a las evoluciones de la sociedad, a la necesaria mutabilidad de los trabajadores y a la individualización cada vez más extrema. Estamos ante un proceso inevitable mientras existamos en una sociedad capitalista.

El Capital hace pasar su libertad como la libertad de toda la sociedad. Y claro que nos hace libres: somos libres de vender nuestra fuerza de trabajo, y el burgués es libre de comprarla. Es este chantaje llamado libertad el que alberga la libre competencia, la libertad de votar, la libertad de culto, la libertad de prensa, la libertad de los derechos y los deberes, el libre comercio, en fin: las libertades de seguir siendo explotados. Libertades que, no olvidemos, ni siquiera son cumplidas toda vez que sea necesario para el mantenimiento del orden.

Intentaremos hacer un esfuerzo por abordar estos temas sin quedarnos en la apología de lo existente o de lo posible en esta sociedad de mierda. Es siempre empujando más allá de lo supuestamente posible que logramos lo imposible.

Post–data 1

Mientras conversábamos los últimos borradores de este número se sucedían profundas revueltas alrededor del mundo, geográficamente más cerca en Ecuador y Chile. Por tanto, las luchas parciales de las que hablamos en esta presentación se refieren a regiones en plena paz social, como Argentina en estos últimos años.

Sin embargo, cuando las revueltas decaen —quizás no definitivamente— podemos ver uno de los primeros síntomas en el retorno de las luchas parciales, de los particularismos ya no enlazados a la lucha más general. Es entonces cuando cada uno de los grupos que siente su opresión particular como la más importante, trata de poner en primer plano la injuria específica de la que se siente, o efectivamente, es víctima, por sobre el movimiento general, múltiple y diverso.

Estas revueltas a nivel mundial, no extraen su fuerza de una sumatoria de injusticias particulares, son algo más que una simple agregación de intereses "sectoriales".

Si en estas revueltas se ha señalado la violencia particular contra las proletarias en tanto que mujeres, si han participado más mujeres y "disidencias" es a pesar del feminismo y no gracias a él. Porque el feminismo dominante pretende distinguir a esas mujeres en lucha como un sector diferenciado de la revuelta que tendría sus intereses propios. Del mismo modo que la ideología indigenista pretende hacer lo mismo con el proletariado indígena. Y volvemos a repetir esta crítica, por enésima vez, no porque aplastemos todo el proletariado en una masa homogénea sin sexo, sin edad, sin etnia.

La revolución deberá abolir todas las divisiones en la vida social sin abolir las diferencias. No porque sean simplemente inconvenientes u objetables, sino porque son parte de la totalidad de relaciones que diariamente reproducen la sociedad capitalista.

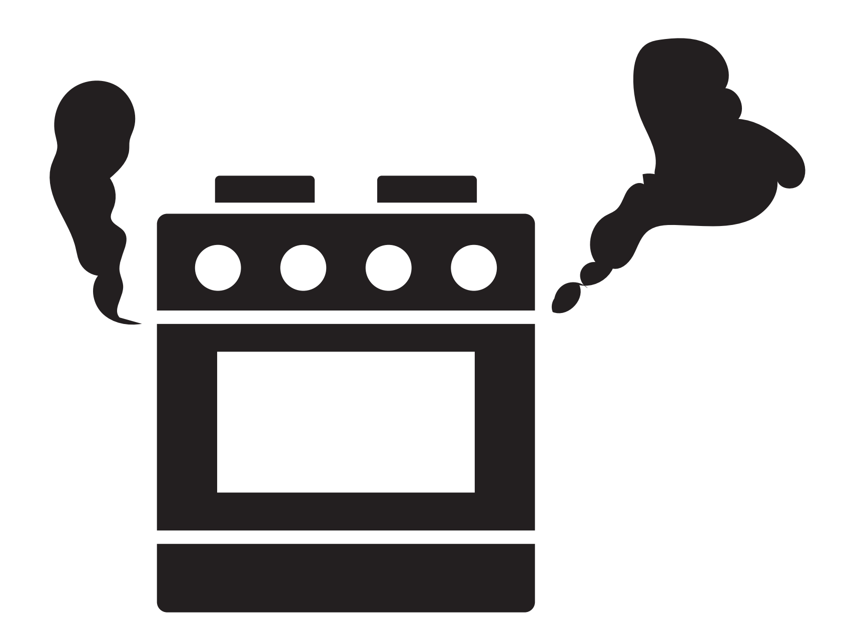
La rebelión no necesita al movimiento feminista, es el movimiento feminista el que necesita a la rebelión para ver realizadas muchas de sus demandas históricas. Y lo mismo puede decirse de cualquier demanda particular. El ejemplo de Chile es muy ilustrativo: la revuelta comienza con una evasión masiva en el metro de Santiago a cargo de estudiantes, eso no convirtió la lucha en estudiantil y a nadie se le ocurrió hablar de "estudiantismo". Del mismo modo, muchos de los proletarios que se sumaron a la rebelión se veían afectados por las Administradoras de Fondos de Pensiones (AFP) o por el servicio de salud chileno, sin embargo, tampoco se trató de un movimiento "anti–AFP" ni de un "movimiento de la salud". Ha sido y es todo eso, pero también más. No una simple agregación inorgánica de todos esos reclamos específicos. Porque como toda revuelta, es más que la suma de las partes.

Post–data 2

Ya finalizado este número, en pleno confinamiento mundial por la declaración de la pandemia de COVID–19, queremos señalar la importancia de lo aquí tratado. Sobre la esfera doméstica está recayendo una mayor presión, tanto en el cuidado y educación de los niños como a nivel laboral, sea trabajando desde casa, como absorbiendo los efectos del desempleo, las suspensiones y las enormes dificultades para el trabajo informal. Por otra parte, el hogar puede revelarse como un calvario y la familia como un chaleco de fuerza o peor aún una cárcel en la cual se debe vivir día y noche con el propio agresor y/o violador.

No ahondaremos en mayores detalles aquí respecto al coronavirus,[2] pero pensamos que no es necesario corregir nada de lo expuesto en este nro. de Cuadernos de Negación ante la presente situación que nos imponen, y que incluso estos aportes que compartimos son necesarios para comprenderla.

2 Recomendamos principalmente, entre tantos importantes textos que han salido en las últimas semanas: *Contagio social. Guerra de clases microbiológica en China* (Chuang), *Coronavirus y cuestión social* (Boletín *La Oveja Negra*) y *Contra la pandemia del Capital ¡Revolución social!* (Proletarios Internacionalistas).



TRABAJO DOMÉSTICO O LA REPRODUCCIÓN DE LA FUERZA DE TRABAJO

Intentaremos en las siguientes páginas aproximarnos a la cuestión del trabajo doméstico en el capitalismo. Tal como sucede con todo trabajo, es intención de la ideología dominante que sea naturalizado, que sea amalgamado a cualquier actividad humana cuando se trata en verdad de una actividad determinada social e históricamente.

«Es difícil ponerse de acuerdo en una definición de trabajo doméstico (ya que marca un posicionamiento político, a veces muy polémico). El término trabajo se presta por otro lado a la confusión ya que, en nuestra sociedad, es la remuneración (generalmente sobre la forma del salario) la que permite identificar una actividad como trabajo.

El trabajo doméstico está constituido de las tareas efectuadas en el seno del hogar y que los estadistas dividen generalmente en tiempo doméstico (limpieza, cocina, lavado de ropa) y tiempo parental (crianza). Unas definiciones, en particular las de ciertas feministas, que incluyen igualmente las tareas afectivas o de lazos sociales, el cuidado de miembros inválidos de la familia, o el *"servicio sexual"*. **Este trabajo, que concierne todo lo que toca a la reproducción, es mayoritariamente realizado por las mujeres**.» (*Incendo* nro. especial Genres & Classes *Proletarios de todos los países, ¿quién lava vuestros calcetines?*)

En esta definición mínima se encuentran, como señalan en *Incendo*, varias polémicas que también queremos abordar: la misma noción de trabajo, la cuestión del salario, la fuerza de trabajo, los cuidados, el sexismo, la crianza…

Es innegable que este trabajo es mayoritariamente asignado a las mujeres, y por tanto realizado por ellas. Eso no significa que la clase proletaria viva en las condiciones que presenta la industria cultural en las telenovelas o como algunas usinas ideológicas en sus "análisis": un hogar que incluiría un ama de casa, un obrero y sus hijos. El proletariado está conformado por familias más o menos "ideales" y por familias que no cumplen con esa idea, es decir, por madres solteras, por parejas que no viven juntas, por personas sin hijos, por parejas heterosexuales sin hijos, por parejas homosexuales con o sin hijos, por personas solitarias, por personas que comparten casa pero no tienen más en común que pagar juntas el alquiler y por familias que ni siquiera tienen casa porque viven en la calle o en campos de refugiados… y sin embargo la mayoría de estos seres debe reproducir su fuerza de trabajo. Y sin duda cuando hay al menos una mujer presente lo más probable es que se espere que ella "naturalmente" realice una parte importante de esa reproducción.

Lo que señalamos de las familias no es nada nuevo, las mujeres proletarias no se incluyeron en el trabajo asalariado hace pocos años. Ya ¡en 1845! Friedrich Engels describía una situación como la siguiente, y señala a la vez la supuesta inversión que esto supone en el hogar: «En muchos casos, la familia no se desintegra totalmente por el trabajo de la mujer, pero todo está al revés. Es la mujer que alimenta a su familia, y el hombre que se queda en casa, cuida a los niños, barre las habitaciones y cocina. (…) Uno puede imaginar fácilmente la indignación legítima que esta castración de los hechos despierta entre los trabajadores.» (*La situación de la clase obrera en Inglaterra*).

Más allá de las consideraciones morales de Engels, volvamos a la actualidad. **En los casos de esos matrimonios que se suponen más o menos ideales se explica fácilmente**

cómo la remuneración al trabajo doméstico se incluye en el salario del proletario (hombre), que no es el pago del trabajo realizado, sino el costo de la reproducción de la fuerza laboral (del trabajador y su familia). Bien, este modelo sirve también para comprender todos los otros casos, donde se nos paga para reproducir nuestra fuerza de trabajo, aunque no trabajemos en una fábrica o no seamos esa esposa barriendo la casa esperando con la comida caliente mientras también asiste a los niños que hacen sus deberes escolares. Pero incluso en los casos en que la realidad se acerque a esa imagen, es preciso subrayar que el trabajo doméstico en el capitalismo no es explotado por el marido, sino por el Capital.[3] Se trata de una unidad familiar que trabaja para su reproducción, dentro y fuera de la casa. Que esta situación ponga en un lugar de autoridad a quien lleva el sueldo a la casa es otra cuestión, no menor, pero que no se trata de otra forma de explotación.

Tampoco son pocas las ocasionen en las que la ideología feminista reduce la explotación de las mujeres a la explotación en tanto que mujeres. Reducir la totalidad de la explotación a las mujeres a su aspecto sexista ("patriarcal" dirán otros) es reducirlas a un ser humano mutilado, reducirlas solamente a su sexo tal como hace el machismo más básico. Cuando el feminismo victimista, o mejor dicho victimizador, presenta las mujeres como víctimas de los hombres en general, recurre al colectivo de mujeres para enfrentar esta situación, pero también al trabajo asalariado, empresas, ONG, grandes corporaciones, medios masivos de comunicación, cuando no directamente al Estado. Mientras en definitiva todos estos elementos organizados por el Estado y el Capital han sido y son los sostenedores estructurales del actual sexismo. Perpetuando la división sexual de la sociedad, pasando por alto que esta es una sociedad de clases sostenida también por la división sexista.

«Aun cuando toda sociedad tiene algún tipo de división de tareas por sexo, la asignación de cualquier tarea particular a un sexo u otro varía enormemente. En algunos grupos la agricultura es trabajo de las mujeres, en otros es trabajo de hombres. En algunas sociedades las mujeres llevan la carga más pesada, en otras los hombres. Hay incluso ejemplos de mujeres cazadoras y guerreras, y de hombres que se encargan del cuidado de los niños. Lévi–Strauss concluye de un examen general de la división del trabajo por sexos que no es una especialización biológica, sino que debe tener algún otro propósito. Ese propósito, sostiene, es asegurar la unión de los hombres y las mujeres haciendo que la mínima unidad económica viable contenga por lo menos un hombre y una mujer.» (Gayle Rubin, *El tráfico de mujeres. Notas sobre la "economía política" del sexo*)

Sin embargo en el capitalismo, aunque la división del trabajo es fuertemente sexuada, no significa que dicha división sea un pilar en la producción como en las formas precapitalistas. Porque, si bien mediante la herencia perpetúan el traspaso de propiedad, las relaciones de parentesco se encuentran disociadas de las relaciones de producción.

Pareciera una estrategia patronal y estatal el presentar a "la mujer" como víctima del hogar, del embarazo, de su pareja, de sus hijos, pero no como explotada por el Capital, como oprimida por el Estado. **Esto es lo que a menudo hace el feminismo, desviar toda la atención al malestar del hogar y la familia, que claro que no son falsos y con los cuales es preciso terminar**. **Pero con este sesgo se salvaguarda la empresa y los despachos gubernamentales, protegiendo la relación social capitalista**. Y que quede claro, reclamar a empresarios y políticos para que hagan mejor su labor también es salvaguardarlos en su función y reforzar toda una relación social.

«(…) cuando miles de proletarios en el mundo insistimos con la consigna "¡Abajo el trabajo!" no estamos proponiendo que haya que dejarse morir de frío e inanición, sino que debemos luchar para constituir una comunidad donde nuestras necesidades de alimento y techo, así como de goce y creatividad sean puestas en común sin ser una coartada para cuantificarlas y generar ganancias. Aunque parezca extraño en este tiempo inmóvil del Capital que se asemeja a un eterno presente, la mayor parte de la existencia de nuestra especie no hemos vivido de esta manera; ello vuelve evidente que este modo de producción también tiene los días contados.

Otro mito necesario para apuntalar la normalidad capitalista es exponer el trabajo doméstico como un atributo natural de las mujeres, quienes se supone que, por naturaleza, serían buenas cocineras, lavanderas, amantes, sensibles, débiles y, por sobre todo, dependientes. No es ninguna casualidad, el primer paso para la domesticación es la creación de dependencia.

3 Comprendemos aquí al Capital como una relación social y no solamente como dinero acumulado y medios de producción y mercancías propiedad de los burgueses. El Capital es valor en movimiento y transformación, valor valorizándose. Y vamos aún más allá: es el sujeto de esta sociedad. Porque desde la transformación de la actividad humana en una actividad enajenada del ser humano, un poder ajeno nos subyuga. La inversión de la actividad humana propia del capitalismo donde el objeto se presenta como sujeto y el sujeto como objeto, donde la actividad humana se presenta como una fuerza exteriorizada que no le pertenece y lo somete, es precisamente la que permite que el valor domine la sociedad.

Entonces si los seres humanos llegamos a tratarnos unos a otros como cosas es porque ya lo hace el sistema capitalista de producción, la sociedad de la cual formamos parte. Al reducirnos a objetos y negarnos como sujetos es que el Capital mismo logra erigirse como sujeto de la sociedad.

Una dependencia que es tanto económica como ideológica, basada en el mito de que siempre fue el trabajador asalariado hombre el que llevó el pan a la mesa. Con mito nos referimos a una situación que, escapando a la imagen eurocentrista dominante desde mediados de siglo XX, implica un proceso histórico más amplio que las décadas doradas del capitalismo y abarca la realidad de miles de mujeres que por su lugar y momento de nacimiento fueron confinadas a un trabajo siempre menos pago que el del hombre y tuvieron que cumplir además con el trabajo en el hogar. Es por tanto un mito burgués, un ideal de la familia burguesa impuesto a todo el mundo.» (Boletín *La Oveja Negra* nro.46, *¡Abajo el trabajo doméstico!*)

Además del rechazo visceral ante la desigualdad social entre hombre y mujeres, **el trabajo doméstico es una categoría central para comprender el modo de producción capitalista y la construcción de asignaciones sexistas en la sociedad actual**.

«La misma categoría de mujer está organizada dentro y a través de un conjunto de relaciones sociales a partir de las cuales la división de la humanidad en dos, mujer y hombre —y no solo femenino y masculino— es inseparable. De esta forma, se le otorga a la diferencia sexual una relevancia social particular que de otro modo no poseería. La diferencia sexual recibe este significado fijo dentro de las sociedades de clases cuando la categoría de mujer se define por la función que la mayoría (pero no todas) las hembras humanas ejecutan, por un período de sus vidas, en la reproducción sexual de la especie. Por lo tanto, la sociedad de clases les otorga un propósito social a los cuerpos: puesto que algunas mujeres "tienen" bebés, todos los cuerpos que posiblemente "producen" bebés están sujetos a la regulación social.» (Maya González, *La comunización y la abolición del género*)

«La reproducción de la especie humana se hace al interior de la reproducción social. Una mujer que da a luz no es solo eso, sino también una madre, con todo lo que impone la maternidad según el país y la época (muy diferente por ejemplo en Suecia y en Yemen). El acto biológico de dar a luz es tan social como natural. La reproducción social determina las condiciones de la reproducción de los seres humanos, lo cual no quiere decir que la condicione totalmente, ni que la segunda fuera un simple efecto de la primera. Por tanto, lo que estructura la sociedad capitalista es la división capital/trabajo asalariado, no la división (real, por cierto) hombre/mujer.» (Gilles Dauvé, *Cuarenta años más tarde… conversación con Constance*)

Asegurar el control de la natalidad es una necesidad para el capitalismo, para el cual el crecimiento, o al menos la renovación, de la fuerza de trabajo es la condición de su existencia. Del mismo modo que, tal como señalamos en el número anterior, se deben controlar también los cuerpos, la sexualidad y la crianza de los hijos. En este punto el control de la mujer (en tanto que cuerpo, sexualidad, capacidad reproductiva) se vuelve esencial y permite controlar al mismo tiempo a toda la especie, puesto que controlando a la mujer se controla una fase nodal de su reproducción.

La capacidad reproductora de la especie, así como la mercancía fuerza de trabajo son inseparables de su portador. **Cualquier ser humano proletarizado debe vender su fuerza de trabajo y con ello se le va su cuerpo, su energía vital, su vida…**[4] Entonces, un ser humano es mercancía, aunque no solamente eso. Y la mercancía fuerza de trabajo no es solo la persona, pero tampoco solo mercancía descorporizada.

¿Pero qué es la fuerza de trabajo? En el primer libro de *El Capital*, Karl Marx desarrolla: «Por fuerza de trabajo (o capacidad de trabajo) entendemos el conjunto de las facultades físicas y mentales que existen en la corporeidad, en la personalidad viva de un ser humano y que él pone en movimiento cuando produce valores de uso de cualquier índole.» Agregando más adelante: «La fuerza de trabajo, sin embargo, solo se efectiviza por medio de su exteriorización: se manifiesta tan solo en el trabajo. Pero en virtud de su puesta en actividad, que es el trabajo, se gasta una cantidad determinada de músculo, nervio, cerebro, etc., humanos, que es necesario reponer.»

Esto quiere decir que lo que señalamos como fuerza de trabajo no es simplemente una cualidad humana natural que existe tanto en el capitalismo como antes del mismo. Son condiciones históricas las que determinan que vendamos nuestra fuerza de trabajo ¡y que esta exista! Fuimos y somos privados de los medios para producir plenamente nuestra vida. Estamos entonces limitados a ofrecer en el mercado una sola mercancía: nuestra fuerza de trabajo. Venderla o reventar, porque además es imposible acumularla, esa es nuestra elección, esa es nuestra libertad.[5]

4 Hemos resumido algunas veces la noción de proletario a quien solo dispone de su fuerza de trabajo y debe venderla para reproducir su vida. Y aún podemos precisar: somos proletarios quienes disponemos de nuestra fuerza de trabajo y no de los medios de producción para reproducir nuestra vida. Y esa fuerza de trabajo puede hallar comprador directo o no.

5 «El "trabajador libre" del que habla Marx en el libro I de *El Capital* no es sinónimo de un "trabajador libre e independiente" —es decir, un pequeño productor, un trabajador "independiente", como uno dice en nuestros días. Es una figura por la cual Marx caracteriza al asalariado capitalista, hombre o mujer, en oposición a la figura del esclavo o del siervo. Es libre en un doble sentido. Está desposeído de los medios de producción y no es propietario más que de su fuerza de trabajo que vende como una mercancía.» (Antoine Artous, *A propósito del libro de Silvia Federici: Calibán y la bruja*)

Pero su particularidad viene dada también porque el valor de uso de la mercancía fuerza de trabajo adquiere una cualidad que no posee ninguna otra mercancía: es creadora de valor. En ese sentido, es importante no confundir la fuerza de trabajo en tanto que capacidad de trabajo con la fuerza o capacidad de trabajo puesta en movimiento. Mientras la primera es la mercancía que vende el proletario, la segunda es su consumo como valor de uso en el proceso productivo. Que sean necesarias 4 horas para mantener viva la fuerza de trabajo no quiere decir que esa fuerza de trabajo no pueda usarse 8, 10, 12 o incluso 18 horas. Sus costes diarios de mantenimiento y su rendimiento diario son magnitudes diferentes. En esa diferencia, en la diferencia entre el valor de la fuerza de trabajo y el valor que produce, está condensado el secreto del plusvalor, de la explotación y la apropiación capitalistas.[6]

Es esencialmente nuestra fuerza de trabajo lo que le interesa al Capital, del mismo modo que le interesa la capacidad reproductora de las mujeres y por tanto se cosifica y se convierte en una mercancía su sexualidad y su capacidad reproductiva. La distinción es importante porque el hecho de que vengamos añadidos con ella le supone a los burgueses la mayoría de las veces hasta un problema que les es imposible sortear. «Cuando quiero un par de manos también me traen un ser humano» decía Henry Ford. **A ellos les interesa nuestra función productiva y reproductiva**. Del mismo modo, nosotros queremos acabar con los burgueses por su función social explotadora, aunque nuestro objetivo es el Capital y no el capitalista.[7]

6 Anteriormente ya nos hemos explayado sobre la fuerza de trabajo en Cuadernos de Negación nro.11. Ver pág. 3 (nota 1), pág. 12 y especialmente en la pág. 18 *La valorización del valor: el plusvalor*.

7 «Es cierto que nuestro "objetivo" es un sistema social, y no los jefes, ejecutivos, expertos y la policía que pone a su servicio. Un punto fuerte de la socialdemocracia fue equiparar el capitalismo con la burguesía, los ricos, los grandes señores. Al igual que en el caso del fetichismo de la mercancía, la relación social se presenta entonces como una cosa, encarnada a veces por una persona panzuda y con un puro, vieja caricatura del burgués de hace más de un siglo (…). El mantenimiento de la agresividad en contra de estos personajes ayuda a desviar las críticas hacia una vía muerta: atacar a la burguesía en cuanto individuos y no por su función.

(…) No ver en el director de una fábrica sino el director de una fábrica es una ilusión óptica. No enfrentarse a él con el pretexto (exacto por cierto) que él mismo no es sino un engranaje en un conjunto que le supera, equivale a ver la sociedad como un todo sin poder abordar una parte de esta totalidad. Despersonalizar la historia, es renunciar a actuar. No detestar a los que nos dominan lleva a la peor de las resignaciones, en el mejor de los casos a la reforma. Quien no conoce o no se atreve a experimentar un rechazo hacia aquellos que le explotan y le desprecian, no va a cambiar nunca muchas cosas.» (Troploin, *Salida de la fábrica*)

Podemos precisar entonces que **el trabajo doméstico es más precisamente la producción o reproducción de la fuerza de trabajo, incluso a futuro, es decir procrear bebés**. Y podemos distinguir además la producción de la fuerza de trabajo de la producción de mercancías.

Lo que hace falta para reproducir la fuerza de trabajo es determinado, también, en parte por las necesidades biológicas del organismo humano, en parte por las condiciones físicas del lugar en que se vive y en parte por la tradición cultural, señala Gayle Rubin siguiendo a Marx que afirmaba que la cerveza era necesaria para la reproducción de la clase trabajadora inglesa así como el vino era necesario para la francesa. Así como hoy podríamos señalar el acceso a internet en tantas ciudades del mundo.

«El número y la extensión de sus supuestas necesidades [del trabajador], así como los modos de satisfacerlas, son en sí productos del desarrollo histórico, y por lo tanto dependen en gran medida del grado de civilización de un país, y más en particular de las condiciones en que, y por ende de los hábitos y el grado de comodidad en que, se ha formado la clase de trabajadores libres. A diferencia pues del caso de otras mercancías, en la determinación del valor de la fuerza de trabajo entra un elemento histórico y moral.» (Karl Marx, *El Capital*)

«Es precisamente ese "elemento histórico y social" lo que determina que una "esposa" es una de las necesidades del trabajador, que el trabajo doméstico lo hacen las mujeres y no los hombres, y que el capitalismo es heredero de una larga tradición en que las mujeres no heredan, en que las mujeres no dirigen y en que las mujeres no hablan con el dios. Es este "elemento histórico y moral" el que proporcionó al capitalismo una herencia cultural de formas de masculinidad y femineidad. Es dentro de ese "elemento histórico y moral" que está subsumido todo el campo del sexo, la sexualidad y la opresión sexual y la brevedad del comentario de Marx destaca solamente la vastedad del área de la vida social que cubre y deja sin examinar. Solo sometiendo al análisis ese "elemento histórico y moral" es posible delinear la estructura de la opresión sexual.» (Gayle Rubin, *El tráfico de mujeres. Notas sobre la "economía política" del sexo*)

Tithi Bhattacharya, otra de las impulsoras de las huelgas del 8 de marzo, en su artículo *Reproducción social del trabajo y clase obrera global* también retoma la cuestión de la fuerza de trabajo a partir de Marx:

«Marx introduce el concepto de fuerza de trabajo con gran deliberación. La fuerza de trabajo, en el sentido de Marx, es nuestra capacidad para trabajar. "Con la fuerza de trabajo o capacidad de trabajo nos referimos" explica Marx "al agregado de las capacidades mentales y físicas existentes en la forma física, la personalidad viva, de un ser humano,

capacidades que él pone en movimiento siempre que produce un valor de uso de cualquier tipo". (…) En varios pasajes Marx se refiere a la brutalidad que tal mutilación del yo exige. "El poseedor de fuerza de trabajo, en lugar de poder vender mercancías en las que se ha objetivado su trabajo, debe más bien verse forzado a vender como mercancía la fuerza de trabajo que existe solo en su cuerpo viviente".

Más aun, solo podemos hablar de fuerza de trabajo cuando la trabajadora usa esa capacidad, o esta "se convierte en una realidad solo al ser expresada; es activada solo a través del trabajo". Así que debe seguirse que, como la fuerza de trabajo es gastada en el proceso de producción de otras mercancías, por lo tanto "una cantidad definida de músculo, nervio y cerebro, etc., humanos", el compuesto bruto de la fuerza de trabajo, "es gastada, y estas cosas tienen que ser reemplazadas".

¿Cómo puede restablecer la fuerza de trabajo? Marx es ambiguo en este punto:

Si el propietario de fuerza de trabajo trabaja hoy, mañana debe estar listo de nuevo para repetir el mismo proceso en las mismas condiciones en cuanto a salud y fuerza. Sus medios de subsistencia deben por lo tanto ser suficientes para mantenerlo en su estado normal como un individuo trabajador. Sus necesidades naturales, como comida, vestimenta, energía y hogar varían de acuerdo con las peculiaridades climáticas y físicas de su país. De una parte, el número y alcance de sus así llamados requerimientos necesarios, así como la forma en que son satisfechos, son en sí el producto de la historia y dependen por lo tanto, en gran medida, del nivel de civilización alcanzado por un país; en particular dependen de las condiciones y los hábitos y expectativas con los que la clase de trabajadores libres ha sido formada.

Aquí vacilamos y sentimos que el contenido de la crítica de Marx es inadecuado a su forma. Hay varias preguntas que el pasaje de arriba genera y luego deja sin responder.

Las marxistas y feministas de la reproducción social, han llamado la atención sobre la producción de seres humanos, en este caso la trabajadora, que tiene lugar lejos del lugar de producción de mercancías. Las teóricas de la reproducción social quieren, correctamente, desarrollar más lo que Marx deja sin examinar. Esto es, ¿cuáles son las implicancias de que la fuerza de trabajo se produzca fuera del circuito de producción de mercancías, permaneciendo sin embargo esencial para él? El sitio históricamente más duradero para la reproducción de la fuerza de trabajo es por supuesto la unidad basada en el parentesco que llamamos la familia. Esta juega un rol clave en la reproducción biológica —así como en el reemplazo general de la clase trabajadora— y en la reproducción de la trabajadora, mediante la comida, el abrigo y el cuidado físico, para que vuelva a estar lista para el siguiente día de trabajo. Pero estas funciones son desproporcionadamente sostenidas por mujeres bajo el capitalismo y son la fuente de la opresión de las mujeres bajo este sistema.

Pero el pasaje de arriba necesita desarrollo también en otros aspectos. La fuerza de trabajo, por ejemplo, no es simplemente reabastecida en casa, ni siempre es reproducida generacionalmente. La familia puede formar el sitio de la renovación individual de la fuerza de trabajo, pero eso solo no explica "las condiciones bajo las cuales, y… los hábitos y el grado de confort con el cual" la clase trabajadora de una sociedad particular ha sido producida. ¿Qué otras relaciones sociales e instituciones están implicadas en el circuito de la reproducción social? La educación pública y el sistema de salud, instalaciones de esparcimiento en la comunidad, pensiones y beneficios para las ancianas y ancianos, todas juntas componen esos "hábitos" históricamente determinados. De modo similar, el reemplazo generacional a través del parto en la unidad familiar basada en el parentesco, si bien es dominante, no es la única forma en la cual puede reemplazarse la fuerza de trabajo. La esclavitud y la inmigración son dos de las formas más comunes en las cuales el Capital ha reemplazado trabajo dentro de las fronteras nacionales.»

◇◇◇◇◇◇◇◇◇

La expansión del sometimiento al trabajo a grandes masas de seres humanos ha sido fundamental para el capitalismo, lo que incluyó brutales controles de la natalidad y por tanto de la sexualidad.[8]

Hoy en día, es imperativo que el Capital garantice un control racional del aumento de la fuerza laboral, o al menos, de su renovación. De hecho, en vastas áreas un aumento desproporcionado en la fuerza laboral es menos necesario y las necesidades urgentes son solucionadas con la inmigración inmediata. De este modo, las políticas estatales sobre natalidad e inmigración deben ir conjuntamente planificadas. Mientras algunos países incitan a tener hijos en otros no se incita a ello o se desalienta a hacerlo. Esto puede significar **esterilizaciones más o menos forzadas en algunos países, así como penalización del aborto en otros, lo cual en cada caso expresa el control estatal sobre los cuerpos de las mujeres**.[9]

8 Ver *Mujeres y acumulación originaria* en el nro. anterior.

9 Al respecto hay un ejemplo brillante: entre 1960 y 1970, mientras el aborto era delito en Francia, en su departamento de ultramar situado en el océano Índico, en La Réunion, la república francesa sometió a entre 6.000 y 8.000 mujeres al año a abortar y/o a la esterilización sin su consentimiento. Este es un ejemplo concreto de un Estado colonialista, sin embargo, a nivel más amplio, a nivel mundial, el Capital impone aborto prohibido u obligatorio según la región y las necesidades de ganancia, lidiando con las tradiciones de cada región.

¿Socialización del trabajo doméstico?

Anteriormente decíamos que el Capital no puede acabar con la reproducción de la fuerza de trabajo en el hogar. Si la burguesía fuera directamente responsable de la supervivencia del proletariado, trasladando su reproducción de esa esfera privada a la pública, ya no estaríamos obligados a vender nuestra fuerza de trabajo. La existencia de un ámbito doméstico, es decir separado y privado, para la reproducción de la fuerza de trabajo, lo que equivale a sobrevivir, es constitutivo del capitalismo.

La fuerza de trabajo es privada al igual que el resto de las mercancías. Precisamente porque son privadas y se socializan a través del mercado son mercancías. En eso la fuerza de trabajo no difiere en nada a las otras, pese a las particularidades y complejidades. Los proletarios la producimos y concurrimos al mercado a venderla.

La reproducción o mantenimiento de los esclavos era responsabilidad directa de sus amos, por lo que allí la distinción entre público y privado se disuelve, puesto que los esclavos existen enteramente dentro del ámbito privado. La burguesía desprecia el modo esclavista, porque el supuesto necesario para las relaciones capitalistas es la existencia de "los trabajadores libres". El Capital no se apropia del proletario, sino de su trabajo. En ese sentido el proletario es un ciudadano libre, quien no cuenta con los medios para su reproducción más que con su fuerza de trabajo que está obligado a vender, o mejor dicho es libre de vender o reventar.

En el sistema feudal, por el contrario, los productores de excedente tienen acceso directo a los medios de producción. Señala Maya González en *La comunización y la abolición del género* que el excedente es extraído por medio de la fuerza. El hombre campesino se posiciona en relación a esta fuerza externa como el representante público de la casa campesina. La propiedad pasa a través de su línea. Las mujeres y niños campesinos están confinados al ámbito privado de la villa que es en sí mismo un sitio de producción y reproducción. La familia campesina no necesita dejar su esfera privada para producir lo que necesita, sino que solo debe entregar una parte de su producto a los señores. Por esta razón, las familias campesinas se mantienen relativamente independientes de los mercados.

Pero volviendo a "nuestra" sociedad capitalista, la socialización del trabajo doméstico se encuentra delimitada por la separación entre la esfera pública y privada. Si se pagara directamente un adicional por el trabajo doméstico que cada uno realiza en el ámbito privado, esto no cambiaría el hecho de que se realice de forma privada, ya sea que lo paguen nuestros empleadores (aumento de salarios) o que lo pague el Estado en forma de subsidios. Pero a su vez para el Capital estos pagos deben ser siempre insuficientes porque de otro modo se suprimiría en parte la necesidad de vender la fuerza de trabajo para poder vivir.

Si la remuneración se traduce en emplear asalariadamente a otra persona, no deja de ser una socialización a través del mercado, donde la esfera privada de tal familia pasa a formar parte de cierta forma de la esfera pública del mercado lo que dure dicho trabajo. A su vez, sabemos que esto es completamente imposible de generalizar porque siempre hay familias (como las de las empleadas domésticas) que nunca podrán emplear a nadie para realizar dichas tareas.

«La persistencia del trabajo doméstico en su forma tradicional, aunque cada vez más combinado con el trabajo asalariado, se explica por ser un trabajo necesario para el Capital. El incremento en su productividad obedece al interés del capital para mejorar, por un lado, la calidad de la reproducción de la fuerza de trabajo, y por el otro, para posibilitar la utilización más intensiva de la fuerza de trabajo femenina como asalariada sin que abandone el trabajo en la familia. Lo mismo que la generalización del automóvil privado no es una conquista social, sino una condición necesaria para poder extender y flexibilizar la jornada laboral y para hacer más móvil territorialmente la fuerza de trabajo (incrementando la oferta de trabajadores/as para aumentar la competencia dentro del mercado de trabajo y poder así imponer salarios inferiores); del mismo modo, los electrodomésticos y otras "comodidades" sirven para compatibilizar el trabajo doméstico con el trabajo asalariado, no para suprimir la posición tradicional de la mujer como ama de casa.» (Comunistas de Consejos de Galicia, *Notas a Alienación y autoliberación de las mujeres* de Ann Foreman)

Por último, cuando el Estado asume parte de las tareas de reproducción como ocurre en las escuelas, guarderías, comedores, geriátricos, hospitales, etc., seguimos en el plano de la socialización capitalista. Si bien el Estado y sus instituciones forman parte de la esfera pública, su socialización es inseparable del control social. Mientras más abarcativa es su presencia en la vida de las personas esto no supone un desarrollo de lo público como comunidad, como socialización común, en espacios comunes y con necesidades compartidas y asumidas colectivamente, sino un desarrollo del control, el disciplinamiento y la represión.

Si no es fácil comprender los quehaceres del trabajo doméstico, es mucho más difícil afirmar que tener hijos es a su vez una producción de hijos. Se comprende más fácilmente apenas estas funciones salen del ámbito familiar e inmediatamente tienen un precio en el mercado. ¡Si hasta los niños tienen un precio en el mercado ilegal!

La división sexual del trabajo en la sociedad capitalista está condicionada por la capacidad de las mujeres de gestar seres humanos (además de alimentarlos en su lactancia durante otro período de tiempo). Para el Capital, las mujeres proletarias juegan un papel central e insustituible, en tanto que "cuerpos gestantes", en la creación, desarrollo y reproducción de la fuerza de trabajo. Es así, que cuando se expresa el Capital por boca del ciudadano incita a las mujeres a ser madres para completar su ser. Por otra parte, la ofensiva no ha sido mejor, desde al menos Simone de Beauvoir al feminismo cíborg se expresa el desprecio a los cuerpos de las mujeres por otros medios. «Todo el organismo de la hembra está adaptado a la servidumbre de la maternidad» decía la autora de *El segundo sexo*, «la gestación es un trabajo fatigoso que no ofrece a la mujer ningún beneficio individual y le exige, por el contrario, pesados sacrificios». Nuestro tiempo, y especialmente los movimientos sociales con los cuales nos encontramos involucrados o cercanos, se decide entre los mandatos más rígidos del Capital ("se madre y callate") y los mandatos del individuo capitalista ("si la maternidad o paternidad es un obstáculo a mi desarrollo individual pasa de ello"). Perdiéndose así la conservación y cuidado de la especie en tanto que especie para dar lugar a criterios que representan y reproducen el mundo capitalista (necesidad del capital, individuo…).

Hoy, en países con un avanzado desarrollo del aparato tecnocientífico y de las fuerzas productivas, el Capital parece buscar emanciparse de las mujeres locales y/o externalizar la reproducción de fuerza de trabajo. Desplazándola a mujeres más y más pobres del proletariado, tal es el ejemplo de la gestación subrogada, que queda menos fuerte que hablar de vientres de alquiler, donde mujeres proletarias a cambio de dinero se embarazan, llevan la gestación a término y dan a luz a un niño, todo ello para otra persona o pareja, las cuales son o se convierten en sus progenitores.

El proceso histórico de subsunción de la creación de vida humana al Capital va desplazando el trabajo vivo, utilizando cada vez más trabajo muerto, utilizando cada vez más tecnología. En casa, con todo tipo de aparatos tanto de limpieza como de cocina… e incluso para dotar de alimentos a la descendencia desde el nacimiento, desplazando la lactancia; o aparatos que "den cariño" al recién nacido en lugar del contacto con la madre y entorno más cercano. Ese proceso histórico alcanzaría su corolario con la autonomización total del proceso de creación de vida respecto a la mujer hasta ahora inconcluso y que no pareciera que vaya a concluir siquiera en las grandes megaciudades del planeta. Por más que tecnófilos y cíborg–feministas fantaseen con ello.

Por otro lado, ese proceso productivo está cada vez más integrado en todo un proceso social de producción donde la familia va cediendo esa creación de fuerza de trabajo a fuerzas sociales del Capital, inicialmente con los nacimientos en los hospitales y luego guarderías desde el nacimiento, escuelas, comida cocinada o semicocinada, personificadas en empresas o por el Estado. Pero al margen de todo esto, lo que está claro es que mientras los hombres pueden desentenderse ampliamente de esa cuestión para servir íntegramente a otras valorizaciones, las mujeres siempre tienen que asumir un papel importante en la creación de la fuerza de trabajo, independientemente de si se integra o no en otros procesos de trabajo fuera del hogar.

«A lo largo de la extensa historia del capitalismo, la participación de las mujeres en el mercado de trabajo ha descrito una *curva en M* distintiva. La participación se eleva rápidamente a medida que las mujeres entran en la adultez, luego cae cuando las mujeres alcanzan sus tardíos veinte y tempranos treinta años. La participación vuelve a elevarse lentamente a medida que las mujeres entran en sus tardíos cuarenta años antes de caer a la edad de jubilación. Las razones de este patrón son bien conocidas. Las mujeres jóvenes buscan trabajo de tiempo completo, pero con la expectativa de que dejarán de trabajar o trabajarán media jornada cuando tengan hijos. **Cuando las mujeres entran en edad reproductiva declina su participación en la fuerza de trabajo**. Las mujeres que siguen trabajando mientras sus hijos son pequeños están entre las proletarias más pobres y sobreexplotadas: madres solteras, viudas y divorciadas o mujeres cuyos maridos tienen un salario bajo o inestable. A medida que los hijos crecen, más y más mujeres vuelven al mercado de trabajo (o se cambian a un trabajo de tiempo completo), pero con una desventaja clara en términos de habilidades y experiencia de trabajo, al menos en comparación con los hombres con quienes compiten por trabajos.» (Maya González, *La comunización y la abolición del género*)

Hoy que en una gran cantidad de países muchas mujeres están dedicando más tiempo al trabajo asalariado y menos tiempo a tener y criar niños, ha habido una reducción en la forma de la curva en M de su participación en los mercados de trabajo. Ante la promesa de una vida de trabajo supuestamente igual a la de los hombres algunas mujeres eligen no tener hijos o postergar su primer y quizás único hijo.

En la actualidad, señala González, el índice de fecundidad alcanza la cifra de 1,2 niños por mujer en Italia y Japón, y en casi todas partes de occidente es menos de 2. En todo

el mundo la fecundidad ha caído de 6 niños por mujer en 1950 a alrededor de 2,5 actualmente. Podríamos agregar que en Argentina tal índice fue en 2016 de 2,29 hijos por mujer, mientras que en Chile y Brasil (en el mismo año) alcanzó los valores 1,77 y 1,73 respectivamente.

La tasa de natalidad estimada en Argentina en 2015 era alta: 17 nacidos cada 1.000 personas. Sin embargo, en la década de los 60 la tasa de nacidos fue de 24 por cada 1.000. La tasa de natalidad tuvo un pico hace alrededor de 40 años, en 1977, cuando ascendió a 25. Pero como en el resto de países a partir de ese momento comenzó a disminuir levemente y continuó en descenso año tras año.

Volviendo a la relación entre las mujeres y el trabajo asalariado, **cualquiera sea la similitud de sus aptitudes, las mujeres y los hombres no son y nunca serán lo mismo para el Capital**. La diferencia que supone la posibilidad natural de gestación es precisamente lo que explica su desventaja ante el mercado laboral y por tanto el rol subordinado de las mujeres.[10] El problema con el cual tropiezan una y otra vez ciertos análisis es que, al intentar comprender la posición subordinada de la mujer, analizan una serie de problemas aislados, de "orden simbólico" o versan sobre una forma de representarse el mundo. Pero es necesario tal como señalaban Marx y Engels en *La ideología alemana*, partir de premisas reales: «Las premisas de que partimos no son arbitrarias, no son dogmas, sino premisas reales, de las que solo es posible abstraerse en la imaginación. Son los individuos reales, su acción y sus condiciones materiales de vida, tanto aquellas con que se han encontrado ya hechas, como las producidas por su propia acción.»

«Los mercados, como lugar de intercambio de equivalentes, se supone que deben borrar las diferencias concretas a través de una pura comparación de valores abstractos. Entonces, ¿cómo puede este mercado "sexualmente neutral" reproducir la diferencia de género?[11] Una vez que un grupo de individuos, las mujeres, se les define como "quienes tienen hijos" y **una vez que esta actividad social, "tener hijos", se constituye estructuralmente como una discapacidad, las mujeres son definidas como las que van al mercado de trabajo con una desventaja potencial**. (…). Por lo tanto, debido a que el Capital es una abstracción "sexualmente neutral", castiga concretamente a las mujeres por tener un sexo, aunque esa "diferencia sexual" es producida por las relaciones sociales capitalistas y es absolutamente necesaria para la reproducción del capitalismo. (…) La definición de las mujeres como "quienes tienen hijos" presupone un vínculo necesario entre 1. el hecho de tener un órgano biológico (el útero), 2. el hecho de tener un hijo (estar embarazada), 3. el hecho de tener una relación específica con el resultado de ese embarazo. La combinación de los tres oculta: 1. Por un lado, los mecanismos que evitan, favorecen o imponen el hecho de que alguien con un útero se embarace y con qué frecuencia eso ocurrirá. Estos mecanismos incluyen: la institución del matrimonio, la disponibilidad de anticonceptivos, los mecanismos que imponen la heterosexualidad como una norma y (al menos por mucho tiempo y todavía en muchos lugares) la prohibición/vergüenza relacionada con las formas del sexo que no llevan al embarazo (sexo oral/anal, etc.). 2. Por otro lado, la definición cambiante de qué es un niño y cuál es el nivel de cuidados que necesita. Aunque hubo un periodo en el que los niños eran considerados mitad animales, criaturas medio humanas a las que solo había que limpiar y alimentar hasta que se convirtieran en pequeños adultos —es decir, capaces de trabajar—, la realidad moderna de la infancia y sus requerimientos convierten el "tener hijos" generalmente en un asunto interminable.» (Endnotes nro.3, *La lógica del género*)

En la sociedad capitalista no hay modo de resolver esta contradicción entre la exaltación de la maternidad y la consideración de la función maternal como un obstáculo. Porque resolverla significaría construir un mundo basado en las necesidades humanas y no en las del Capital.

Electrodomésticos

No solo se trata de la condición de gestación y lactancia. Las autoras del texto colectivo de 1976 *Conciencia de explotada* puntualizan: «No es posible imaginar una sociedad en la que no sea necesario criar y educar a la prole, cocinar los alimentos, mantener limpios los ambientes de existencia. Estos son (junto a la producción de los medios de subsistencia) presupuestos elementales para la vida y la existencia de los individuos. Lo que no es en absoluto "natural" o indiscutible es que ese trabajo de inmediata y fundamental utilidad tenga que desarrollarse dentro del marco privado familiar actual y, por consiguiente, confiado exclusivamente a las mujeres. Se tiende, en general, a no dar ninguna importancia a este trabajo, o bien a mantener que el desarrollo de la industria de electrodomésticos lo ha hecho prácticamente inexistente, o en cualquier caso superfluo.»

---

10 Estamos hablando expresamente de la sociedad capitalista. El embarazo no explica la supuesta debilidad de un sexo ante el otro en algunas sociedades anteriores. El embarazo no debilita a las mujeres frente a los hombres, no han sido oprimidas por ello. Explicar la utilidad de las mujeres para el capitalismo es una cosa, y sostener que esa utilidad explica la génesis de la opresión de las mujeres es otra muy distinta.

11 Nota de Cuadernos de Negación: Esta es la misma trampa que la democracia burguesa genera para todos los proletarios y proletarias: ¿cómo puede un mercado de iguales, de equivalentes, reproducir la diferencia de clase?

Los electrodomésticos han sido presentados como símbolos de liberación femenina hasta por el catolicismo. En su edición del 8 de marzo de 2009, el diario del Vaticano, L'Osservatore Romano, tituló un artículo: *El lavarropas y la emancipación de la mujer. Pon el detergente, baja la tapa y relájate*. En este se afirmaba: «En el siglo XX, ¿qué fue lo que tuvo más influencia en la emancipación de la mujer? El debate sigue abierto. Algunos dicen que fue la píldora; otros, la liberalización del aborto, o incluso trabajar fuera del hogar. Sin embargo, otros van más lejos (y proponen): el lavarropas».

Para creer que los electrodomésticos están ligados a la emancipación de las mujeres hay que ser un poco crédulo de las mentiras religiosas o de las publicidades de las empresas. **El desarrollo de la industria de los electrodomésticos no significa una contribución a la emancipación, sino por el contrario un mayor compromiso con el Capital**.

«Debemos comprender por qué surgen esos avances tecnológicos a los que hacemos referencia aquí, los mismos que despiertan tanto optimismo, incluso entre quienes rechazan o se encuentran incómodos con el orden dominante. La investigación y desarrollo para los avances tecnológicos nunca tuvo como finalidad el satisfacer nuestras necesidades y deseos, sino más bien mantener, ampliar y reproducir el orden dominante.» (Cuadernos de negación nro.8, *Tecnología y ganancia*)

Si tomamos un lavarropas, este no puede separarse del entramado tecnológico, científico e industrial en el cual se inscribe y lo hace posible. Y este entramado es además económico, político y social.

Durante 1920, el número de hogares norteamericanos con electricidad aumentó del 25% al 80%. Entonces grandes empresas como General Motors, General Electric o Westinghouse, detectaron la oportunidad de crear un mercado masivo de electrodomésticos, incentivados por las compañías de generación eléctrica (más dispositivos significaban mayor facturación). Los primeros productos eléctricos masivos fueron planchas, estufas y lavarropas, los cuales constituyeron lo que algunos llamarían "la revolución industrial en el hogar".

Es un mito burgués que las máquinas están en función de los seres humanos, es perfectamente al revés. La automatización en las fábricas, por poner un ejemplo, no ha significado trabajar menos para ningún trabajador, ha significado trabajar más intensamente, producir más, es decir, empobrecerse más. Del mismo modo, los electrodomésticos son los modernos instrumentos de la esclavitud, generalmente, de las mujeres, dando la ilusión de libertad entre cacharros que están obligadas a usar mucho y bien. Todo debe estar más limpio, más caliente o más frío, mejor planchado, mejor depilado, mejor aspirado. Los más beneficiados de todo esto no son las mujeres, pero tampoco sus maridos, ni sus hijos, son los capitalistas de la industria en cuestión en particular y la burguesía en general que se llevan los beneficios. Con la creatividad o la belleza como coartada, para ser "el ángel del hogar" o "una fiera en la cama" ¿o por qué no las dos?

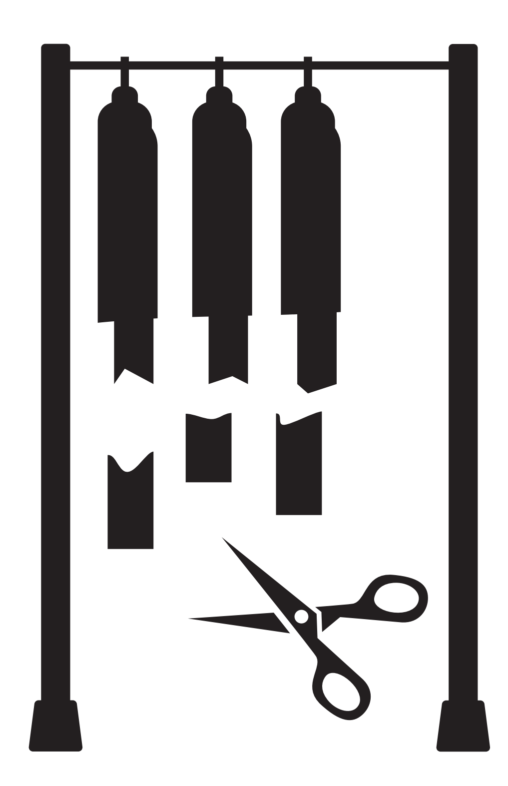
A un objeto "humanizado" corresponde un humano cosificado. Las pobres cualidades se transfieren del objeto al sujeto y lo empobrecen. Retoma su vida a través de la supervivencia, a través de la mediación del objeto: satisfacción, alegría, éxito, cualidades obtenidas de la mercancía empleada, o mejor dicho de la mercancía que emplea a su propio comprador.

Los electrodomésticos son además elementos de individualización, sujeción a la vivienda y la unidad familiar, así como símbolos de estatus. Su implantación tiene que ver con el desmembramiento de la vivienda colectiva. En muchas regiones el lavadero era el punto de encuentro de las mujeres proletarias fuera de las unidades familiares.

En el nro.7 de Cuadernos de Negación recordábamos ejemplos de diversos planes de vivienda que fueron además concebidos y, generalmente, construidos por el Estado con la idea de evitar todo encuentro entre los inquilinos. Los descansillos y escaleras completamente abiertos fueron considerados como prolongación de la vía pública, por lo tanto fueron prohibidos o reducidos rigurosamente, lo mismo sucedió con los corredores y patios de cualquier tipo. La regla era la separación de la comunidad en familias y luego de unas de las otras, esa era y es la condición necesaria en toda política estatal de viviendas obreras.

«El señor Claudius–Petit, habiendo solicitado a los promotores que construyesen las viviendas de forma que, en lugar de prever la instalación en cada una de ellas de una lavadora, tratasen de crear un lavadero–lavandería–tendederos para todo el inmueble; se le respondió que no era prudente reunir a las amas de casa, debido al riesgo de desarrollo de la propaganda política y provocar una mayor adhesión a las asociaciones obreras» (citado por Phillipe Meyer, *El niño y la razón de Estado*)

A mayor número y mayor sofisticación de electrodomésticos mayor progreso de la familia, de la nación, del Capital.



MUJERES Y TRABAJO

«Desde el punto de vista de la acumulación de Capital, el viejo modelo de familia llegó a ser muy antieconómico. Las mujeres estaban ahora gastando más trabajo en el hogar de lo que era estrictamente necesario para reproducir la fuerza de trabajo para el sistema.

Si el número medio de hijos nacidos en una familia es 8 o más, es probablemente más económico para el sistema porque casi con seguridad la educación de los hijos tendrá lugar en el hogar. Pero una vez el número de hijos ha bajado a dos, las cosas empiezan a ser diferentes. Una guardería media tendrá un adulto cuidando de seis niños. Por tanto, por cada trabajador extra que habría de ser contratado para hacer asalariado el cuidado de los niños, dos mujeres más eran liberadas para la explotación en el mercado de trabajo. Y esto especialmente si las mujeres tienen que pagar el cuidado de los niños fuera de casa con sus propios sueldos: ¡el sistema entonces recibe un valor adicional de ellas sin haberse preocupado del coste de pagar por el cuidado de niños socializado!

Desde el punto de vista del capitalismo desarrollado, una mujer atada al hogar cuidando solo de dos hijos y su marido, es un despilfarro de valor excedente potencial. El hecho de que ella trabaje todo el día no es consuelo para el sistema. Su trabajo podría hacerse más eficientemente liberándola para la esclavitud salarial.

Por lo tanto, ha sido una tendencia a largo plazo que el número de mujeres que participaban en el trabajo asalariado creciera. En Gran Bretaña hoy, más de la mitad de las mujeres casadas ahora trabajan, frente a menos de una de cada cinco que lo hacía en 1950; en Estados Unidos. la proporción de mujeres casadas entre 20 y 25 años que trabajaban, ascendió del 31% en 1957 al 43% en 1968. Este crecimiento se ha estado produciendo desde los años 20. La recesión de los años 30 no lo invirtió, ni lo ha hecho la crisis de los últimos diez años. Es verdad que la enorme afluencia de mujeres al trabajo asalariado durante las dos guerras mundiales estuvo seguida de medidas para reemplazarlas por hombres cuando las guerras acabaron, pero esta experiencia no consiguió parar a largo plazo el crecimiento durante más de medio siglo en la proporción de mujeres casadas que trabajaban.

El Estado capitalista, cargado con el mantenimiento de las condiciones subyacentes necesarias para la acumulación de capital, se ha visto forzado en todos los países a responder a estos cambios. Cada vez más, ha tenido que tomar medidas diseñadas para complementar a la familia en la reproducción de la fuerza de trabajo, la provisión de seguridad social, educación preescolar y otras.» (Chris Harman [1984], *Mujer y capitalismo: de la opresión a la liberación*)

En Argentina, en los años 60, dos de cada diez mujeres en edad activa trabajaban o buscaban trabajo.[12] Más de medio siglo después, son seis de cada diez. Si se reduce el período de comparación, resulta que hace poco más de una década, aquel índice de los 60 ya se había multiplicado por tres. Sin embargo, la participación de las mujeres en el mercado laboral frenó sus avances en la Argentina en los últimos años, y parte de la explicación —al menos para lo ocurrido en los tiempos más recientes— estaría en las pobres expectativas de encontrar un puesto, ya que la economía no los genera y cuando lo hace, apenas se llega a absorber la nueva demanda que viene por el crecimiento natural de la población.

En 2015 la *tasa de actividad femenina* (el porcentaje de las mujeres que trabajan o buscan hacerlo sobre el total) se ubicó en 66,6% en la Argentina, si se considera a la población de entre 25 y 54 años. Es una tasa algo inferior a la de 2002, y no hubo grandes variaciones a lo largo del período. Entre los hombres, en cambio, en ese rango de edades el índice llega a 94,3%.

La inserción de las mujeres en el mercado laboral a lo largo de los últimos 20 años, en todas las regiones del mundo, ha sido masiva y creciente. Sin embargo, estudios recientes evidencian un cambio en la tendencia de la participación laboral femenina, especialmente en el caso de América Latina. Después de medio siglo de crecimiento sostenido, se percibe una disminución en el ingreso de las mujeres al mercado de trabajo que se manifiesta, particularmente, en

12 Datos del Centro de Estudios Distributivos, Laborales y Sociales (CEDLAS) de la Universidad de La Plata.

el grupo de mujeres casadas y unidas, y pertenecientes a lo que los funcionarios del Estado describen como "hogares vulnerables".

Las tasas de actividad de la población urbana en mujeres de 15 años y más (2013) son de 48,1 en Argentina; 54,3 en Brasil; 56,5 en Paraguay y 56,4 en Uruguay.

... asalariado o no

En la medida en que el Capital ha despojado a la mayor parte de la humanidad de sus medios de vida ha reclutado y convertido a seres humanos en trabajadores asalariados. Creando, asimismo, una brecha entre ellos y todos los demás proletarios sin salario. Incluso hay quienes consideran a estos últimos incapaces de ser los sujetos de una revolución social por no ser asalariados.

El salario es un medio para la reproducción de la fuerza de trabajo, pero no solo individual sino socialmente. Aunque quien vende su fuerza de trabajo se presenta formalmente en esta sociedad como un individuo y su contrato laboral, deberes y derechos sean individuales se trata de una relación social totalitaria ¡y esa es la gran mentira del individuo en esta sociedad!

Compartamos un ejemplo aunque reduccionista: hace algunas décadas para reproducir a cuatro personas bastaba con un solo salario, ahora son necesarios dos. El salario familiar previamente percibido por un marido no se incrementa con la integración de la esposa al trabajo asalariado sino que se deprecia distribuyendo el salario medio, necesario para la reproducción de esa unidad familiar, en dos salarios.

La existencia de salarios colabora en ocultar quiénes conforman el proletariado y mantiene divididos a los proletarios, inventando y oponiendo la "clase trabajadora" al proletariado no asalariado, supuestamente parasitario del trabajo de los primeros. Así, quienes reciben ayudas sociales se dice que viven de la "clase trabajadora" y las amas de casa fueron señaladas como pozos sin fondo donde desaparece el sueldo del marido.[13]

A su vez, **tanto el salario como la falta del mismo permiten a la burguesía ocultar la duración real de nuestra jornada laboral**. El trabajo aparece simplemente como un compartimento de nuestras vidas, que tiene lugar solo en determinados momentos y espacios. El tiempo que pasamos preparándonos para el trabajo o yendo a trabajar, restaurando nuestros músculos, nervios, huesos y cerebros mediante comidas rápidas y poco nutritivas, sexo rápido o películas… todo esto es disfrazado de placer, de tiempo libre y aparece como una elección individual.

Como demuestran los procesos de "deslocalización de empresas", la disponibilidad de trabajo no remunerado le ha permitido al Capital abandonar aquellas áreas de producción donde la fuerza de trabajo se había vuelto demasiado cara. Cuando el Capital no puede huir a esos "países en vías de desarrollo" abre entonces sus puertas a los inmigrantes de esos países, pero también a las mujeres, a los proletarios más empobrecidos y a los jóvenes. Por lo que no es casual que, **aunque el capitalismo se base presuntamente en el trabajo asalariado, el salario no es la realidad de la mayoría de la población mundial**.[14]

La falta de salarios, así como el trabajo semiesclavo, no son accidentes ni hechos marginales, son factores esenciales en la planificación capitalista. Estos, además de enormes fuentes de ganancia, son medios poderosos con los que se provoca además la competencia entre proletarios, queriéndonos hacer creer que al interior de nuestra misma clase tenemos intereses diferentes y contradictorios. Estas son las raíces del machismo y el racismo que son el reflejo de los diferentes tipos de mercados laborales y en consecuencia de los diferentes modos de regular y dividir al proletariado. Quienes hacen caso omiso de la relación salarial, acaban considerando que el racismo o el sexismo son enfermedades morales, productos de la "falsa conciencia", confinándonos así a mantener el sistema de trabajo asalariado intacto y esperando milagros de estrategias "educativas" o del tipo "el cambio está en uno mismo".

«El racismo (o el antirracismo) es mucho más que un problema ideológico. El hecho de que el Capital compra más

13 En este apartado podrán encontrarse algunas referencias casi textuales del libro escrito por Mariarosa Dalla Costa *Las mujeres y la subversión de la comunidad* (1972), así como de una serie de artículos de Silvia Federici de comienzos de 1970 reunidos en el libro *Revolución en tiempo cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas* (más precisamente los primeros tres). Pese a diferencias significativas que tenemos con dichas autoras nos tomamos la licencia de compartir algunos extractos. Sin duda, creemos correcto citar las fuentes no por una cuestión de propiedad intelectual sino para colaborar con la curiosidad de quienes leen. Estos artículos junto a *Sexo, raza y clase* (1973) de Selma James pueden ser una excelente aproximación a las posiciones de lo que fue la *Campaña internacional por el salario al trabajo doméstico*. Hacia el final dejaremos algo más claro nuestro desacuerdo.

14 Más del 60% de los trabajadores del mundo carece de contrato de trabajo y una gran parte de estos trabaja por cuenta propia o como trabajadores familiares auxiliares (es decir, en un establecimiento dirigido generalmente por una persona de su familia que vive en el mismo hogar). Entre los trabajadores asalariados, menos de la mitad (42%) dispone de un contrato permanente. Bolivia y Perú, junto a China, Níger o la India, registran las mayores tasas de empleos sin contrato permanente, por encima del 90%. En América Latina, este porcentaje se reduce a casi un 31% en Costa Rica y a un 55% aproximadamente tanto en Chile como en Argentina. En España, el 37,11% de los trabajadores carece de contrato permanente. (Datos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT), 2014/2015)

barata la fuerza de trabajo de una "raza" que la de otra, de que las condiciones de explotación y de vida de una parte del proletariado son aún peores que las de otra, refleja que **en la realidad del Capital la producción de un ser humano, en tanto que "esclavo asalariado", no interesa en absoluto como ser humano, sino por el trabajo social que el mismo tiene incorporado (como sucede con cualquier otra mercancía)**. Dicha realidad racista del Capital determina que (de la misma manera que el valor de la fuerza de trabajo de un obrero calificado sea mayor al de un obrero simple), el valor de la fuerza de trabajo, por ejemplo, de un obrero "nacional", sea mayor de la de un "obrero inmigrado" (se presupone que el primero tiene más trabajo de integración, socialización, nacionalización, sindicalización que el otro). En la organización internacional de la dominación burguesa mundial, el racismo solo puede presentarse muy marginalmente como lo que es (discurso abiertamente racista de tal o tal gobierno, de tal o tal partido burgués) y en la mayoría de los casos se desarrolla en base al antirracismo. El antirracismo constituye pues, una fuerza ideológica cada vez más decisiva de reproducción de la explotación y de esta sociedad racista. Toda lucha contra el racismo de esta sociedad que no ataque a la sociedad capitalista que es su fundamento, es decir que no sea una lucha del proletariado internacional contra la burguesía mundial, se transforma así en un elemento ideológico adicional del Estado y de la opresión burguesa. La expresión más acabada de dicho antirracismo la encontramos en la burguesía triunfadora en la segunda guerra mundial y constituye un elemento ideológico decisivo de todas las grandes potencias mundiales actuales. El antirracismo es así la forma más refinada de reproducción de la sociedad racista.» (Grupo Comunista Internacionalista, *Tesis de orientación programáticas*)

Desde Cuadernos de negación jamás limitamos la noción de proletariado a una categoría sociológico–estadística ni mucho menos a una cuestión política donde clase explotada sería sinónimo de trabajador asalariado, hombre, adulto, blanco, occidental e industrial ¡desde el comienzo combatimos esas nociones burguesas! En este sentido nos parece fundamental reflexionar sobre la explotación de la gran parte del proletariado no–asalariado y de la necesidad y posibilidades de su lucha revolucionaria.

El Capital domina y se desarrolla a través del sistema de salario, y es a través del salario que se organiza también la explotación del proletariado no–asalariado. Esta explotación ha sido muy efectiva porque la falta de un salario la ocultaba.

Los partidos políticos de la "clase" obrera, así como los sindicatos y demás defensores de lo existente, tienen sumo cuidado de no tocar la cuestión del trabajo no asalariado. Ya que presentar esta cuestión, así como otras directamente relacionadas con lo que consideran el "ámbito de la intimidad", sería poner en tela de juicio todas las bases de su miserable permanencia. Pero por sobre todo sería enunciar lo que se nos explota y cómo se nos explota.

El proletariado, que tristemente en ciertas ocasiones pareciera no comportarse más que como capital variable, cantidad de veces ha defendido "sus" intereses en tanto que clase al interior del Capital, siguiendo los dictados de la clase burguesa. Pero este es siempre un proceso contradictorio, que no vamos a lograr desentrañar si seguimos los "análisis" de periodistas que cubren los sucesos como meras noticias o de los sindicalistas que solo ven en cada trabajadora o trabajador una posibilidad de encuadramiento o de los políticos que solo ven un voto. Sin embargo, **en las últimas manifestaciones de mujeres casi todos coinciden en ver solo mujeres**. **Cuando muchos reclamos son de mujeres proletarias, son reclamos de clase**.[15]

Toda la tradición obrerista ha estado de acuerdo en la marginalidad del trabajo doméstico cuando no directamente se lo ha despreciado. Por eso su insistencia con "la calle" y "la fábrica" (aun cuando esta última constituye un lugar mucho más pequeño que hace décadas) dejando de lado otros espacios menos públicos, las luchas en el espacio privado e incluso las luchas en el espacio público pero "privadas" y silenciosas. Es decir, las luchas de los niños, en el hogar o con el sabotaje en el trabajo.

Según la izquierda, como trabajadoras domésticas, las mujeres no sufren el Capital sino que sufren por la ausencia del mismo. Como si pudieran estar por fuera del antagonismo social, manteniéndose en un estado feudal, precapitalista, y donde nada de lo que se haga en los dormitorios o en las cocinas puede ser relevante para el cambio social. **La estrategia de poner al hogar familiar fuera de la estructura capitalista intenta ponerlo a salvo de la crítica de la lucha anticapitalista y con su aislamiento pretende aislar a quienes luchan desde aquel recinto y fragmenta la posibilidad de una lucha total**.

En este sentido, hay una conexión directa entre la estrategia diseñada por la izquierda para las mujeres y para otros no–asalariados. De la misma manera que festejan las mujeres en la industria, quieren llevar industrias a quienes consideran subdesarrollados (o "en vías de desarrollo"). En ambos casos la izquierda presupone que los "subdesarrollados" —aquellos proletarios que no reciben salario

15 «En la urbe, el movimiento negro fue el primer sector de clase que masivamente tomó su autonomía respecto a estas organizaciones, y que rompió con el concepto de lucha contenida solamente dentro de la fábrica. Cuando los trabajadores negros queman el centro de una ciudad, sin embargo, los ojos blancos de la izquierda, especialmente si son ojos sindicalistas, ven raza, no clase.» (Selma James, *Sexo, raza y clase*)

y trabajan con un menor desarrollo tecnológico— están retrasados respecto a la "verdadera clase trabajadora" y que su misión es alcanzarla. A través de una legítima explotación capitalista, como dios manda. ¿Y los desempleados deberían conseguir un trabajo para subvertir la sociedad capitalista?

Quienes se han tragado su propio cuento, olvidan que el Capital no funciona de esa manera. Ignoran que el Capital se conformó gracias al trabajo esclavo y que al día de hoy persiste gracias al trabajo legal y asalariado, así como al trabajo esclavo, semiesclavo, en cárceles, en cocinas o en hogares de todo el mundo. Y que funciona también gracias a una gran cantidad de mano de obra desempleada, a ese enorme ejército de reserva.

En ambas situaciones, **la lucha que ofrece la izquierda a los no asalariados, a los "subdesarrollados", no es la rebelión contra el Capital sino la lucha por él**, por un tipo de capitalismo más racionalizado, desarrollado y productivo. Ignoran que el Capital llega al mundo chorreando sangre y lodo por todos sus poros. Para sostener su apología del capitalismo y de la necesidad de las tareas democrático–burguesas es que presentan a la sociedad como un "mercado de equivalentes" y no como la brutalidad real que evidentemente es.

En la década de 1970 se sucedieron luchas por un salario para el trabajo doméstico. La expresión quizás más avanzada de esta lucha argumentaba: «no consideramos que conseguir un salario suponga la revolución. Afirmamos que es una estrategia revolucionaria porque socava el rol que se nos ha asignado en la división capitalista del trabajo y en consecuencia altera las relaciones de poder dentro de la clase trabajadora en términos más favorables para nosotras y para la unidad de la clase (…) Como no somos el Departamento de Hacienda y no tenemos intención alguna de serlo, no podemos imaginarnos diseñando para ellos sistemas de pago, diferenciales salariales y acuerdos sobre productividad. Nosotras no vamos a ponerle límites a nuestras capacidades, no vamos a cuantificar nuestro valor. Para nosotras queda organizar la lucha para obtener lo que queremos, para todas nosotras, en nuestros términos. Nuestro objetivo es no tener precio, valorarnos fuera del mercado, que el precio sea inasumible, para que el trabajo reproductivo, el trabajo en la fábrica y el trabajo en la oficina sean "antieconómicos". De manera similar, rechazamos el argumento que sugiere que entonces será algún otro sector de la clase obrera el que pagará por nuestras eventuales ganancias. Según esta misma lógica habría que decir que a los trabajadores asalariados se les paga con el dinero que el Capital no nos da a nosotras. Pero esa es la manera de hablar del Estado. De hecho, afirmar que las demandas de programas de asistencia social llevadas a cabo por los negros durante los años sesenta tuvieron un "efecto devastador en cualquier estrategia a largo plazo… en las relaciones entre blancos y negros", ya que "los trabajadores sabían que serían ellos, y no las corporaciones, los que acabarían pagando esos programas", es puro racismo. Si asumimos que cada lucha que llevamos a cabo debe acabar en una redistribución de la pobreza, estamos asumiendo la inevitabilidad de nuestra derrota (…), lo que supone aceptar las instituciones capitalistas como inevitables.» (Silvia Federici y Nicole Cox, *Contraatacando desde la cocina*)

No lograremos la emancipación humana a través del trabajo. La libertad del asalariado significa únicamente ser un "individuo libre" para el Capital, y esto no es menos aplicable a las mujeres que a los hombres, ni a nadie. Los que propugnan que la liberación de la mujer proletaria depende de que obtenga un trabajo fuera de la casa forman parte del problema, no de la solución. Y forman parte de un imaginario que desconoce ante la más obvia realidad que las mujeres han trabajado por un salario desde que hay salarios.

Adquirir un segundo trabajo para las mujeres no cambia el rol femenino, así lo han demostrado décadas y décadas de trabajo "femenino" fuera de casa. **Un segundo trabajo no solo incrementa la explotación, sino que reproduce aquel rol de diferentes maneras**. **Donde sea que miremos podemos observar que los trabajos llevados a cabo por mujeres son meras extensiones de la labor de "amas de casa"**. Llevarle un café al jefe y charlar con él acerca de sus problemas maritales es trabajo de secretaria no un favor personal. Preocuparse por la imagen e imitar la imagen de las mujeres de las publicidades es una condición laboral y no el resultado de la vanidad femenina.[16]

Amas de casa, prostitutas, niñeras, maestras, limpieza, secretarias, enfermeras, psicoanalistas, vientres subrogados… la esencia de la esposa heroica, la esposa homenajeada en el día de la madre. La celebración del día de la mujer y las loas mercantiles a las mujeres feroces, valientes, emprendedoras e independientes es la celebración de la explotación en nombre de un supuesto heroísmo, de una naturaleza femenina que no es tal.

---

16 Las cifras en Argentina son muy ilustrativas: En cuanto a las denominadas actividades primarias (agricultura, ganadería, pesca, caza, forestal, minería) la participación de mujeres es de 11,2% contra 88,8% de hombres, en la industria la diferencia es de 19 a 81, en el sector de electricidad, gas y agua 17.2 a 82.8, en la construcción es de 6 a 94 y en el comercio es de 35,1 a 64,9. Sin embargo, en lo que refiere a servicios es un poco más equilibrado: 44,4 a 55,6, pero si somos minuciosos vemos que en lo que respecta a la enseñanza las mujeres llevan la delantera con 73,6 a 26,4, en el sector salud 71,2 a 28,8 y en lo que respecta al trabajo doméstico asalariado la diferencia es total: 98,7 a 1,3. (*Participación de varones y mujeres en el empleo registrado por sector de actividad*. Tercer trimestre de 2016, Argentina. Fuente: Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social)

Prostitución

> «La prostitución es solo la expresión particular de la prostitución generalizada del trabajador.» (Karl Marx, nota suelta en *Manuscritos de 1844*)

> «Los defensores del orden afirman que la prostitución es el trabajo más viejo del mundo, para nunca decir que la más vieja prostitución del mundo es el trabajo.» (Boletín *La Oveja Negra* nro.14, *Las hogueras aún no se apagaron*)

Señalábamos que en Argentina las cifras son muy ilustrativas, que así como en actividades primarias la participación de mujeres es de 11,2% contra 88,8% de hombres, en lo que respecta al trabajo doméstico asalariado la diferencia es diametralmente opuesta y mayor: 98,7% a 1,3%. Y en lo que respecta a la prostitución debemos andar por números similares. La mayoría de personas que venden su sexo no son hombres, así como la mayoría que lo compran sí lo son. Pero este sexismo evidente no explica por qué este existe.[1]

La prostitución es la otra cara de la moneda de la institución familiar monogámica, aparentemente antagónicas son complementos inseparables. La primera no puede separarse de la segunda como institución social y jurídica, mediante la cual los hombres de las clases dominantes han controlado, y aún controlan, la sexualidad y la capacidad reproductiva de las mujeres, garantizándose la legitimidad de su descendencia. Por eso era necesaria la monogamia de la esposa, pero no la del marido.

Y por más obvio que sea, no podemos olvidar que la prostitución es parte de una sociedad donde la sexualidad ha sido enajenada, los seres humanos están cosificados y mediados por relaciones de intercambio. En una sociedad de clases donde es necesario vender nuestra fuerza de trabajo y donde millones de mujeres venden su fuerza de trabajo intercambiando un servicio sexual por dinero.

1 Ni tampoco se puede afirmar, como hace cierto sector del feminismo, que entonces todo acto sexual es trabajo impago solamente para la mujer. Supongamos que se trata del sexo por obligación de una hipotética ama de casa, hasta en ese caso niegan el deseo sexual de aquella mujer. Y ahora vayamos a la realidad de mujeres asalariadas ¿tampoco tienen deseos sexuales? ¿Quién no paga a quién cuando una mujer y un hombre igualmente asalariados tienen un encuentro sexual?

Aunque ninguno es dignificante, se trata de un trabajo que no es como cualquiera a los ojos de la sociedad. Está cargado de subjetividades que hacen a la conducta de las personas y que las personas tienen con quien se prostituye, aun hoy cuando ya se han eliminado las razones científicas para estigmatizar a las prostitutas.[2] **Es el mismo moralismo reaccionario y conservador que estigmatiza a las putas porque alquilan su cuerpo incluyendo sus genitales y no a quienes venden su cuerpo con los calzones puestos.**

Así mismo, es inadmisible, tal como proponen los abolicionistas de la prostitución, querer abolir la prostitución sin abolir el sistema de trabajo asalariado. ¿Cómo les desagrada tanto un yugo especial sin desagradarles el yugo general? Yugo general que significa enajenación de toda actividad humana, incluida la sexual.

Y es indeseable reivindicar nuestra sexualidad instrumentalizada para ganar dinero como contracara del abolicionismo y como apología de la libertad mercantil.

Es inevitable concluir que para abolir la prostitución es necesario barrer con el mercado y realizar nuestras necesidades y gustos sexuales. Pero no es una cuestión de elección de estilos de vida, una reforma de la vida cotidiana, es una cuestión de transformación radical de la estructura social.

El enfoque "reglamentacionista" reconoce la prostitución como trabajo y a las personas que ejercen la prostitución como trabajadoras, pero a costa de naturalizar el trabajo y la mercantilización. Aunque pueda significar beneficios puntuales para las prostitutas, sin embargo, para quienes suelen hablar en nombre de las prostitutas se trata más bien de una apuesta por legalizar sectores del mercado que por mejorar las condiciones de vida de las trabajadoras sexuales.

«Para el enfoque abolicionista las personas que ejercen la prostitución no son delincuentes, pero tampoco son personas que buscan ganarse la vida: son víctimas. No son prostitutas, sino prostituidas.

2 «El criminólogo italiano Cesare Lombroso publicó en 1895 el influyente y muy valorado libro *La mujer criminal y la prostituta*. El texto presenta los rasgos de carácter específicos de las prostitutas como variantes degeneradas de la feminidad. Otros médicos presentaron anomalías genitales que consideraban típicas de las prostitutas. Señalaron las mismas características como propias de la mujer africana. De este modo establecieron una conexión entre los dos grupos de mujeres, que supuestamente se distinguían de las mujeres "civilizadas" por pertenecer a un estadio más bajo de desarrollo.» (Ulla Wikander, *De criada a empleada*)

El abolicionismo no reconoce a la prostitución como trabajo libre[3] sino como un trabajo esclavo, haciendo poca diferencia entre las prostitutas explotadas por un *fiolo* y las personas secuestradas por las redes de trata y sometidas a la esclavitud sexual. Es frecuente ver en los análisis abolicionistas una vinculación arbitraria entre prostitución y trata de personas, cuando la trata de personas no conduce nunca a una forma de trabajo formalmente libre sino a una forma de trabajo esclavo. Esta vinculación arbitraria entre prostitución (o sea, venta de sexo voluntaria, a pesar de que sea motivada por la necesidad de sobrevivir) y trata de personas le sirve al abolicionismo para cimentar su consideración moral de la prostitución como una actividad esencialmente denigrante (física, psicológica y moralmente), mientras que otros trabajos pueden ser denigrantes pero solo por las condiciones en que se ejercen.» (Ricardo Fuego, *Sobre la prostitución*)

Si queremos la abolición de la prostitución, no es una elección *a priori* dictada por la moral religiosa o la ética del trabajo, es porque no queremos ser mercancías, ni sexuales ni de ningún otro tipo. Porque no somos cosas, somos seres humanos, aunque nos relacionemos como cosas, pero queremos dejar de serlo y experimentar una humanidad fuera de las relaciones de explotación y opresión.

3 Nota de Cuadernos de Negación: Cuando nos referimos a "trabajo libre" no hacemos una valoración moral positiva al respecto, nos referimos como ya aclaramos a la separación del productor de sus condiciones objetivas de producción, a la expropiación violenta de todos los productores, quienes, privados de los medios de reproducir su vida, son obligados a transformarse en asalariados.

Trabajo y familia

Aunque en un matrimonio trabajen ambos es seguro que la mujer (o a quien fuere reservado el rol femenino) deba pensar en las comidas del día o en la ropa limpia. Aunque estemos asistiendo muy lentamente a una generación de hombres que quieren colaborar con las tareas domésticas y sobre todo con la crianza de los hijos, generalmente la voluntad sigue quedando presa de la mera colaboración. Parece mayormente permitido que el marido pueda llegar, reposar y esperar a que le cocinen y sirvan la comida, aun cuando la mujer salga a trabajar como él y llegue a casa con él. Es difícil imaginar la situación con la mujer esperando. Debido a esto se puede suponer que esta forma específica de padecimiento en el ámbito doméstico exija una lucha específica y separada, a saber, la lucha de las mujeres dentro de la familia. Si bien es cierto que la lucha debe ser total y no quedar en la puerta del hogar tampoco debe confundirse el objetivo. Seguramente un marido machista no solo será un obstáculo en la lucha contra el capitalismo, sin embargo, el obstáculo o la parte no es el objetivo de la lucha cuando esta quiere ir por todo y destruir la raíz del sexismo.

Como veremos más adelante cuando nos expresemos sobre la cuestión de la virginidad, cabe destacar que históricamente el matrimonio no surgió "por amor" sino por convención social. Y no como una relación entre hombres y mujeres sino entre hombres, o más precisamente entre familias por medio de mujeres. Tal como con la propiedad privada, donde no se trata de una relación entre seres humanos y cosas, sino de seres humanos a través de las cosas (lo que en realidad sucede al revés, fetichismo mercantil mediante). Estas cosas, sean objetos o mujeres reducidas a ello, sirven para el intercambio. En el intercambio de mujeres, así como en la sociedad mercantil generalizada, aparecen permanentemente otras maneras que, aunque necesarias para el orden dominante, suenan incómodas para la doblemoral: el rapto, la violación o los matrimonios acordados. Este proceso de reificación explica por qué luego las mujeres son deshumanizadas y tratadas como objetos.

Esta deshumanización particular de las mujeres entendida como simple opresión oculta un aspecto esencial de la sociedad capitalista: la explotación. **El dominio del Capital a través del salario obliga a toda persona "físicamente capaz" a funcionar bajo la ley de la división del trabajo, y a funcionar en formas que, si no inmediatamente, son en definitiva provechosas para la expansión y extensión del dominio del Capital**. Este es, fundamentalmente, el significado de la escuela en lo que respecta a los niños, quienes han sido forzados a pasar por la misma educación: esta es la igualdad capitalista frente a las infinitas posibilidades del aprendizaje. Las mujeres, por otro lado, han sido destinadas al hogar, forzadas a llevar a cabo un trabajo que

se considera no calificado: parir como "trabajo de parto" y criar como domesticar, disciplinar y servir a la producción.

Esto, sin embargo, está contrarrestado por una tendencia opuesta: atraer mujeres al trabajo asalariado en ciertos sectores específicos. Lograr un segundo empleo nunca ha liberado a las amas de casa del primero, ni es una novedad de los últimos años. El doble empleo tan solo ha supuesto para las mujeres proletarias tener incluso menos tiempo y energía para luchar contra ambos. Además, una mujer que trabaje a tiempo completo en casa o fuera de ella, tanto si está casada como si está soltera, tiene que dedicar horas de trabajo para reproducir su propia fuerza de trabajo.

Las diferentes necesidades del Capital han producido propagandas y políticas diferentes e incluso opuestas. Mientras que en el pasado la estabilidad de la familia se basó en una mitología relativamente estandarizada hoy en día varios sectores del Capital se contradicen entre sí y ponen en cuestión la definición misma de la familia como unidad estable, inmodificable y "natural". Un ejemplo clásico de esto es la variedad de opiniones y políticas financieras respecto al control de la natalidad, la posibilidad de abortar o de unirse legalmente en parejas no–heterosexuales.

El trabajo doméstico no solo es útil porque no recibe un salario directo y por tanto no va a la huelga y difícilmente pueda realizar formas de sabotaje, sino también porque absorbe los golpes, metafórica o literalmente, propinados desde el ámbito asalariado. Si, en general, el trabajo doméstico es realizado por mujeres, son ellas quienes reciben esos golpes. Sin embargo, esto no queda aquí y son los hijos quienes suelen llevar otra mala parte, recibiendo la violencia del trabajo asalariado y/o el doméstico por parte de sus progenitores.[17]

El trabajo disciplinario y represivo en el hogar puede considerarse un favor al Estado. Es otro de los roles que se espera de la masculinidad, la otra cara de la exigencia del cuidado femenino. Irónicamente podríamos afirmar que también se trata de trabajo impago.

«La extorsión, el insulto, la amenaza, el coscorrón, la bofetada, la paliza, el azote, el cuarto oscuro, la ducha helada, el ayuno obligatorio, la comida obligatoria, la prohibición de salir, la prohibición de decir lo que se piensa, la prohibición de hacer lo que se siente y la humillación pública son algunos de los métodos de penitencia y tortura tradicionales en la vida de familia. Para castigo de la desobediencia y escarmiento de la libertad, la tradición familiar perpetúa una cultura del terror que humilla a la mujer, enseña a los hijos a mentir y contagia la peste del miedo.» Contradiciendo a Eduardo Galeano, de quien citamos estas palabras, podríamos decir que los derechos humanos comienzan justamente en casa y no que "deberían empezar en casa".[18]

Pero en el hogar, como en la sociedad civil de los derechos y los deberes, pueden convivir la violencia y la protección. **En el hogar se acogen también, periódicamente, quienes son expulsados de sus trabajos en las crisis económicas**. **La familia, esa cuna maternal siempre dispuesta a ayudar y proteger en momentos de necesidad, ha sido de hecho la mejor garantía de que los desempleados no se convirtieran inmediatamente en una horda destructora**. Por este y otros motivos, es que el trabajo doméstico además de reproducir la fuerza de trabajo reproduce, al igual que asalariado, una relación social capitalista. Por tanto, no es "el lado bueno" del trabajo, es simplemente necesario… claro, desde el punto de vista del Capital. Por estos motivos los sociólogos y trabajadores

17 Quienes también padecen violencia al interior de la familia son muchos ancianos y ancianas, por no decir la que padecen en los geriátricos cuando el hogar ya no puede o no quiere cuidarlos. De este caso como del de niños y niñas no puede extraerse rédito político por lo cual se encuentra aún más invisibilizado. Son edades "muy poco productivas".

18 «Ninguno de los llamados derechos humanos va, por tanto, más allá del hombre egoísta, del hombre como miembro de la sociedad burguesa, es decir del individuo replegado sobre sí mismo, su interés privado y su arbitrio privado, y disociado de la comunidad. Lejos de concebir al hombre como ser a nivel de especie, los derechos humanos presentan la misma vida de la especie, la sociedad como un marco externo a los individuos, como una restricción de su independencia originaria. El único vínculo que los mantiene unidos es la necesidad natural, apetencias e intereses privados, la conservación de su propiedad y de su persona egoísta.» (Karl Marx, *Sobre La cuestión judía*)

«Los derechos y libertades democráticas no son otra cosa que la codificación jurídica de las relaciones sociales capitalistas que ponen en relación a los hombres en tanto que vendedores y compradores de mercancías en general y en particular de la fuerza de trabajo (codificación, pues, de esa negación práctica del proletariado como clase). Los propietarios de mercancías se encuentran como sujetos jurídicos libres e iguales. Pero estas relaciones de libertad e igualdad entre propietarios no son más que la relación reificada de las relaciones entre burgueses y proletarios, unos en tanto que propietarios exclusivos de los medios de producción, los otros como desposeídos de todo salvo de su propia fuerza de trabajo. El reino de la propiedad privada para la burguesía significa el reino de la desposesión total para el proletariado. Los derechos y libertades democráticas, en tanto que mecanismos ideológicos que aseguran y afirman realmente la atomización del proletariado en ciudadanos libres de vender su fuerza de trabajo, que solo encontrarán comprador si el capital la necesita para valorizarse en tanto que imponen la libre y mutua competencia entre proletarios obligándolos a escupir cada vez más sangre y valor o reventar, son instrumentos de coerción, de violencia y de despotismo y constituyen un arma esencial de la democracia, es decir de la dominación burguesa.» (Grupo Comunista Internacionalista, *Tesis de orientación programáticas)*

sociales del Estado intentan restaurar las familias o que instituciones estatales lleven adelante dicho rol.

La familia es un verdadero pilar de la organización capitalista del trabajo y no solo "superestructura" dependiente de las etapas de la lucha fuera de la casa. En tanto se considere a los proletarios no–asalariados fuera de la clase, la lucha proletaria en todo momento y en cualquier lugar se verá dificultada, frustrada e incapaz de captar la totalidad de su acción.

Poner al trabajo doméstico, o mejor dicho el trabajo de reproducción de la fuerza de trabajo, en el lugar que corresponde es una perspectiva para vincular inmediatamente la opresión de las mujeres, la subordinación y el aislamiento a su fundamento material: la reproducción capitalista. Esto da, enseguida, una indicación para la lucha, donde la opresión y la explotación se encuentran indisolublemente vinculadas. No se trata de hacer el trabajo doméstico más eficiente sino de asumir su condición de clase, la amplitud de nuestra clase y las posibilidades inmensas de su lucha, su potencia, su radicalidad.

Luchar para ver más allá de las cuatro paredes del hogar, pero también dentro de él, más allá del hombro del esposo o esposa, para comprender que la feminidad impuesta, así como su contraparte la masculinidad, son funcionales al Capital. Reunirse en tanto que proletarias y proletarios, para dejar de serlo. Una acción común contra todas las formas de trabajo, por el desenvolvimiento de la actividad humana opuesta a las necesidades del Capital.

«La forma organizativa en que la clase trabajadora finalmente se una, no la sabemos. Pero sabemos que hasta ahora a muchas de nosotras se nos ha pedido que nos olvidemos nuestras propias necesidades en favor de cierto interés superior que nunca ha sido lo suficientemente amplio como para incluirnos.» (Selma James, *Sexo, raza y clase*)

Entonces, sí ¡a la lucha! ¡a la calle! ¡pero también en las casas!

Ni clase, ni casta

Reconocer que en este contexto muchos hombres de clase proletaria han extraído y extraen un beneficio relativo de la división sexual del trabajo no significa hacer de los hombres una clase de explotadores. Es el caso de, por ejemplo, Christine Delphy, quien afirma que las amas de casa son parte de una clase: las mujeres; y que los miembros masculinos de la familia inmediata (en particular sus maridos) son la clase explotadora. Suponiendo además que la sociedad capitalista está sostenida por este trabajo no remunerado, un "modo doméstico de producción".

Pero **las relaciones entre los hombres y las mujeres no suceden por fuera de sus clases sociales, no forman un modo de producción separado que luego se relaciona con el modo de producción capitalista**.

«En *El enemigo principal*, Delphy insiste en que ser miembro de la clase patriarcal es un hecho más importante que ser parte de la clase capitalista. Se deduciría que la solidaridad entre la esposa de un capitalista y la esposa del trabajador migrante debe tener prioridad sobre la solidaridad de clase entre la esposa del trabajador migrante y los demás miembros de la clase de su marido (o, lo que es más optimismo que cualquier otra cosa, debe tener prioridad sobre la solidaridad de clase de la esposa del capitalista y sus amigos del club de campo). (…) Por otra parte, si definimos hombres y mujeres (en una versión u otra), como dos clases —una de los explotadores, la otra, la de los explotados— inevitablemente llegamos a la conclusión de que existe un antagonismo irreconciliable entre las clases cuyos intereses están en contradicción recíproca.» (Cinzia Arruzza, *Reflexiones degeneradas: Patriarcado y capitalismo*)

«Lo que está en juego es comprender la sociedad donde vivimos y su revolución posible. En el fondo, para quienes mantienen la tesis de una "clase" de mujeres, dominación prima sobre explotación. Yo no niego que un grupo (los hombres) domina sobre otro, ni que los proletarios hombres sacan provecho de ello.

(…) Sheryl Sandberg es Directora de Operaciones de Facebook. Su fortuna —estimada en mil millones de dólares— no le impide ser discriminada a veces como mujer. Tiene por eso un interés común con todas las mujeres en luchar contra una dominación masculina, que también pesa sobre ella. Es decir, en obtener la igualdad entre hombre y mujer, sea cual sea su posición social (…) Ahora bien, incluso en este marco, los intereses divergen. Cuando el combate por la igualdad refiere al salario, S. Sandberg, en tanto que burguesa, tiene necesidad de la desigualdad de salarios entre hombre y mujer, así como entre permanente y precario, nacional y extranjero, etc. La lucha por la igualdad choca con un límite de clase. De suponer que una perfecta igualdad salarial entre hombres y mujeres exista en Facebook, lo que por cierto sería excelente para la imagen de la empresa, solo se aplicaría al personal de Facebook *stricto sensu*, no a la mujer de la limpieza de una empresa subcontratada que limpia las oficinas. Una clase dirigente siempre tiene necesidad de dividir a los que domina.

Para creer en la realidad de un "grupo de mujeres", habría que creer que S. Sandberg y esta mujer de la limpieza tienen más en común —su opresión innegable en tanto que mujeres— que lo que las diferencia e incluso las opone. Los hechos nos muestran lo contrario, pero el feminismo está convencido.

El fémino–marxismo también: se sitúa bien en una problemática feminista, y ahí añadir "materialista" no cambia nada, puesto que constituye a las mujeres como un conjunto social al que se le supone dotado de una coherencia y capaz de una acción histórica específica, conjunto llamado clase (en C. Delphy por ejemplo) o grupo de mujeres (en otros).

Francamente, me aburren las discusiones que intentan saber lo que habría que privilegiar o adicionar: ¿clase?, ¿género?, incluso ¿raza? No se trata de escoger entre los obreros y las mujeres. No pongo "la clase" antes o después del género, lo repito, **no estoy a favor de la lucha de clases, sino de que termine**.» (Gilles Dauvé, *Cuarenta años más tarde… conversación con Constance*)

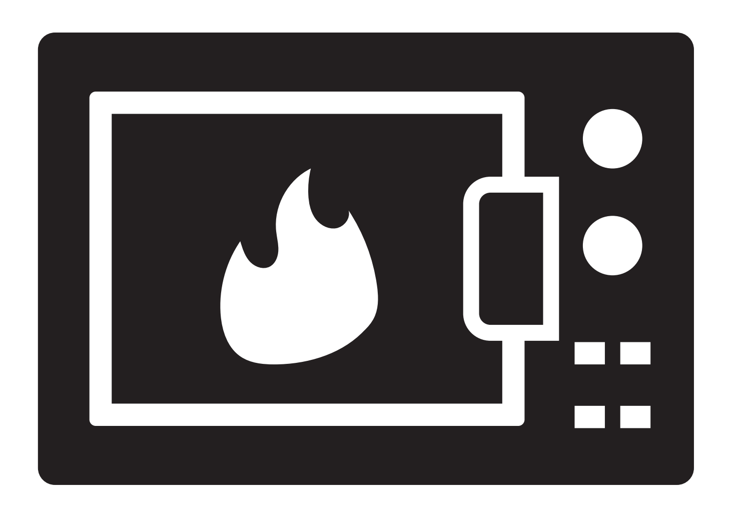
Por otra parte, se ha señalado la condición de las mujeres como *casta*. Es el caso de las autoras del libro *Conciencia de explotada*. Veamos qué escribieron: «Las mujeres, por su relación con el hombre, y en tanto que asociadas a él, están dispersas entre las clases, no como burguesas o proletarias, sino como esposas–madres–hijas de burgueses o proletarios. No solo en base a su relación con la producción están asociadas a una clase o a otra, sino también en base a su relación con el hombre. Las mujeres en cuanto tales no son de ninguna clase. Por otra parte, considerar a las mujeres colocadas en las distintas clases, explicando sobre esta base su distinta condición, significaría motivar y querer explicar la condición de la mujer como determinada solo por el tipo de producción social capitalista, como si su condición fuese originada y agotada en la división social capitalista del trabajo.

El capital ha "creado" al obrero, pero no ha creado a la mujer: solamente ha cambiado su condición. La condición de la mujer no nace con la burguesía, y se explica solo viendo la precedente condición histórica de la mujer, en la que se ha insertado el capitalismo.

La relación de la mujer con el capitalismo solamente se explica hasta el fondo comprendiendo su relación con el hombre: relación que ha permitido al modo de producción capitalista crear, por una parte al hombre "trabajador libre" (en el sentido marxista del término), y por otra a la mujer como fuerza de trabajo no libre.»

Es justo mencionar que la condición de mujer no nace con el capitalismo, pero **la sociedad capitalista no ha cambiado su condición, como justamente resaltan en el original, sino que la ha subsumido**. Por tanto, no hay mujeres fuera y frente a la sociedad de clases ni se vinculan con esta a través de los hombres. Evidentemente, las personas proletarizadas no somos solamente seres en relación a nuestro lugar en la producción. Pero si la crítica excluye ese detalle se articula a partir de ese error, y entonces no habría clases sociales ni capitalismo tal como existe.

Flora Tristán afirmaba que «la mujer es la proletaria del mismo proletario». Si bien puede ser una analogía provocativa, y cuántas veces la provocación es necesaria, no describe rigurosamente la realidad. Principalmente porque, como señalábamos al comienzo, la sociedad no es una agregación de hogares proletarios en donde los hombres son asalariados y las mujeres solamente amas de casa. E **incluso en un estereotipo manido como aquel hombre asalariado, no podría ser el patrón en su familia porque no puede acumular ni reinvertir el trabajo de su ama de casa**. Cabe decir también que se trata de un señalamiento de tipo obrerista que olvida que hoy muchos proletarios no tienen un patrón a la vista y no por eso dejan de ser proletarios.



SOBRE LA BRECHA SALARIAL

> «Hechos aparentemente normales: que cada cual no disponga más que de su fuerza de trabajo, que deba venderla a una empresa para poder para vivir, que todo sea mercancía, que las relaciones sociales giren alrededor del intercambio mercantil… son el resultado de un proceso prolongado y brutal. (…) Pareciera que todo es resultado de un contrato libre en que el individuo, como vendedor de su fuerza de trabajo, se encuentra con la fábrica, la oficina o la tienda. La existencia de la mercancía parecería ser lo más obvio y natural del mundo.» (Gilles Dauvé, *Capitalismo y comunismo*)

Que tenemos precio puede parecer un comentario a la ligera que se dice o escucha cantidad de veces, pero no por eso deja de ser terrorífico. No es simplemente que a dos personas en un mismo trabajo nos pagan lo mismo o más o menos, ¡es que somos medibles, intercambiables! ¡que somos susceptibles de precio! Todo ello solo si conseguimos quien compre nuestra fuerza de trabajo, esa mercancía que ningún proletario puede acumular, sino que, por el contrario, se deteriora con el tiempo y cada vez vale menos, mientras que lo único que crece es la acumulación de los capitalistas.

Y hablando del salario queremos detenernos un momento en la denominada *brecha salarial*. **Si bien en estos últimos tiempos esta es sinónimo de "diferencia salarial de género" veremos más adelante que no es la única brecha existente**. A menudo se define la brecha salarial de género como «la diferencia relativa en el ingreso bruto promedio de mujeres y hombres dentro de la economía en su conjunto». En general, esta brecha no tiene en cuenta importantes diferencias para establecer la comparación: edad, educación, ni tampoco sector de actividad laboral.

En Argentina, por ejemplo, los hombres ganan un 27% más que las mujeres de acuerdo a los datos del Instituto Nacional de Estadística y Censos de la República Argentina (INDEC) del 2017. Y la brecha salarial se amplía al 39% cuando se trata de trabajadoras informales (que, a su vez, son más de un tercio del total de las asalariadas). Dicha brecha, en trabajos formales e informales, se explica por la concentración de mujeres en sectores como el comercio y los servicios. Los hombres, en cambio, son concentrados además en sectores como la construcción, la minería, las manufacturas, el transporte y el agro. Y eso explica también por qué los accidentes, las muertes y riesgos en el trabajo son liderados ampliamente por hombres.

«Con la salarización masiva de las mujeres, es así también que la figura de la ama de casa desaparece, reemplazada por la de la trabajadora o la de la desempleada (y que todavía debe, aunque de manera diferente, realizar tareas domésticas).

La persistencia de las desigualdades de salario (menos visibles que en el siglo XIX o en los años 70) se explica entre otras cosas por el hecho de que el trabajo de las mujeres es siempre mayormente un trabajo precario, a media jornada, sin estar cualificado, a menudo limitado a sectores principalmente femeninos (limpieza, trabajo social, salud, profesiones de la infancia, etc.), y también porque la maternidad es un freno en la evolución de las carreras. Ciertos sectores se han mezclado ampliamente desde hace 40 años mientras que otros empiezan recién ahora este proceso, no sin dificultades, incluyendo los bastiones masculinos que eran la policía y el ejército. Asistimos igualmente a una lenta, pero parece ser que inevitable feminización de los puestos clásicos de poder o prestigio.

Los sectores masculinos (no mixtos) tienen tendencia a reducirse a algunos bastiones de puestos en muy alta responsabilidad, lo que se puede explicar por la cooptación y el temor de la competencia (en número de plazas no era extensible, los viejos predadores de las grandes finanzas no miran con buena cara a jóvenes predadoras merodeando cerca de ellos…). La lentitud de la feminización de los puestos de poder o prestigiosos se explica también por un proceso de reemplazo de generaciones: hoy día las mujeres son mayoritarias en numerosas escuelas y el famoso ejemplo del antagonismo entre cirujanos hombres y enfermeras mujeres pronto ya no lo será más. En efecto, [en Francia] las mujeres representaban en 1995 el 16% de las cirujanas de menos de 35 años, 36,6% en 2006, pero también el 60% de los diplomados en cirugía en ese año. En el entorno de los jueces, la paridad ha sido esperada hasta 2001 pero, en 2005, 82% de los futuros magistrados eran mujeres.» (*Incendo* nro. especial Genres & Classes, *Capitalismo, géneros y comunismo*)

La multimillonaria Sheryl Sandberg (jefa de operaciones de Facebook y asistente de investigación del Banco Mundial entre otras cosas) afirmaba que bastaría «que la mitad de los países y empresas estuvieran dirigidos por mujeres, y la mitad de los hogares estuvieran a cargo de hombres», para que el mundo fuera un lugar mejor, y que «no deberíamos cejar hasta alcanzar ese objetivo.» Puede parecer un dato intrascendente pero esta burguesa es una referencia para mujeres que desean ocupar puestos de liderazgo y es por ello que su primer libro, *Vayamos adelante: Las mujeres, el trabajo y la voluntad de liderar*, fue traducido a 33 idiomas y vendió millones de copias.

Señalamos estos grandes detalles porque **el sector dominante del movimiento feminista es necesariamente el de la clase dominante**. **Su lucha es abiertamente capitalista, centrada en progresar y "romper el techo de cristal"**. La ideología dominante es la de la clase dominante y esto no es una excepción en el movimiento de mujeres ni en ninguno, lo cual se expresa directamente en quienes lideran e intentan gestionar dicho movimiento. La insistencia en la no discriminación y la libertad de elección, es simplemente una apología directa del capitalismo cuando no se denuncia abiertamente el importante protagonismo de la burguesía en el movimiento de mujeres. Porque la dirigencia no combate la economía que afecta a las mujeres proletarias en particular y al proletariado en general, porque **no buscan beneficiar a la mayoría de las mujeres, sino beneficiarse de ellas**.

«El objetivo del feminismo liberal es la meritocracia, no la igualdad. En lugar de abolir la jerarquización social, su objetivo es feminizarla, asegurando que las mujeres en la cima puedan alcanzar la paridad con los hombres de su propia clase. Por definición, sus beneficiarias serán aquellas que ya poseen considerables ventajas sociales, culturales y económicas. El feminismo liberal, compatible con la creciente desigualdad de riqueza e ingresos, proporciona un brillo progresista al neoliberalismo, ocultando sus políticas regresivas con una quimera de emancipación; aliado con la islamofobia en Europa y las finanzas globales en Estados Unidos, permite a las mujeres profesionales y gestoras lanzarse porque pueden apoyarse en mujeres mal pagadas, migrantes y de clase trabajadora, a las que subcontratan los cuidados y el trabajo doméstico. En definitiva **se quiere romper el techo de cristal obligando a otras mujeres (que son mayoría) a recoger y limpiar los cristales rotos**.» (Nekane Jurado, *El feminismo será no–capitalista o no vencerá*)

La discriminación denunciada por las mujeres profesionales y de la pequeña burguesía también es vivida por las mujeres proletarias, pero por más generalizada y profunda que sea esa opresión no implica directamente explotación. La distinción es importante porque la pequeña burguesía no es explotada y además participa de la explotación cuando no la ejerce directamente, sin embargo, está oprimida (he ahí las coincidencias). En ese sentido, es propio de su existencia comprender la realidad como diferentes opresiones que la lleva a insistir, y arrastrarnos, en luchas parciales. De este modo, para justificar cada una de ellas, construye un sujeto, siempre interclasista, al que intenta dotar de intereses propios. Pero sufrir una discriminación más o menos sistemática no forma un sujeto homogéneo, simplemente se puede hacer una ideología de ello.[19]

Asel Luzarraga, en su artículo *Trabajo no remunerado o la brecha lingüística* señala una segunda brecha: la que existe entre la propia clase asalariada.

Que las horas de trabajo de un ingeniero en una fábrica de coches valgan diez veces más que las de quien se dedica a hacer los tornillos, o del cirujano respecto a la enfermera, no se debe a que la primera sea una actividad más útil o valorable positivamente que otra, ni a una mera cuestión de oferta y demanda por la que habría menos ingenieros que trabajadores no cualificados. Aunque los criterios valorativos de una sociedad o el número de trabajadores que compiten en el mercado jueguen sin duda un papel, no es lo esencial para el Capital. La lógica abstracta de la mercancía tiende a anular las diferencias cualitativas para convertirlo todo en una cuestión cuantitativa. Así, un aprendizaje más largo que la media de trabajadores tiende

19 En abril de 2019, en su visita a Argentina, Judith Butler, pope de la conciliación de clases desde la "perspectiva de género" fue muy clara al respecto: «lo que tiene que entrar a jugar es la solidaridad: la solidaridad entre todas las mujeres, ricas o pobres».

a aumentar el valor de la fuerza de trabajo, puesto que deja de ser trabajo simple para ser trabajo calificado. Hace parte, en cualquier caso, de la separación estructural entre trabajo manual e intelectual propia del capitalismo, diferencia que sin lugar a dudas va variando con los lugares y las épocas históricas. Sea como fuere, se trata de una lógica que solo tiene sentido gracias a la existencia de la mercancía y el trabajo asalariado.

Y una tercera brecha que podemos agregar son las diferencias salariales que genera la propia lógica del mercado mundial entre los proletarios de distintas regiones. Lejos de la interpretación poscolonial que se ha hecho habitual hoy en día, heredera de los movimientos de liberación nacional, no se trata de que un trabajador de Londres se aproveche del trabajador de Asunción del Paraguay para quedarse con parte de su salario. Esta diferencia salarial se debe a que el capital de las potencias mundiales tiene una composición orgánica[20] mayor que el del resto de países, puesto que se desarrolló tecnológicamente antes —a costa de la sangre, sudor y represión del proletariado incluso de sus propias regiones— y pudo aumentar el nivel de plusvalía relativa con el que competir en el mercado mundial con productos manufacturados más baratos, puesto que llevaban incorporada una menor mano de obra. Sin lugar a dudas, esto no excluye el papel fundamental que tiene la fuerza militar en esta cuestión. El capitalismo es imperialista desde sus inicios, y las potencias mundiales van a garantizar *manu militari* la creación de nuevos mercados y el control sobre las materias primas. Pero, a fin de cuentas, el ejercicio de la fuerza no es más que un momento del proceso de valorización, que subordina a su lógica la coacción militar. Incluso hoy, cuando algunos Estados mantienen a raya a otros no solo en el mercado sino también con la guerra o la amenaza de guerra (que no es más que la continuación del mercado por otros medios). Entonces, que los capitales de estas potencias sean más fuertes que el del resto de países es un acto de justicia, la justicia del valor: el intercambio de equivalentes hace que, si la mercancía de Inglaterra puede ser más barata por llevar menos mano de obra incorporada, el capitalista de Paraguay tenga que explotar mucho más a sus trabajadores, bajando sus salarios, para poder competir con ella en el mercado. Sin embargo, no se explica simplemente con estas necesarias categorías de la crítica de la economía. Que el trabajador de Londres gane mejor que el de Asunción también se debe a que entre 1864 y 1870, con la Guerra de la Triple Alianza, en Paraguay se masacró entre el 50% y el 85% de la población y cerca del 90% de su población masculina adulta, destruyendo así su incipiente industria.

Al igual que sucede con los anteriores conceptos de "brecha salarial" que nombramos, se aúnan la burguesa y la proletaria como si tuvieran los mismos intereses. Este otro tipo de "brecha" ha sido utilizado por la corriente poscolonial para justificar la unidad de intereses entre el burgués y el proletario de una misma nación, siempre con las mismas consecuencias: arrastrarnos a la lucha entre distintas fracciones de la burguesía a costa de nuestra propia explotación.

20 Marx llama *composición orgánica del capital* a la relación entre el capital constante y el capital variable. O sea, a la relación entre la masa de capital invertida en medios de producción y la invertida en fuerza de trabajo. Es el cociente entre el capital constante (C) y el capital variable (V): C/V=COC.



¿PERO ES TRABAJO EL TRABAJO DOMÉSTICO?

Anteriormente decíamos que el término trabajo se presta a confusión ya que en esta sociedad es la remuneración (generalmente en forma de salario) la que permite identificar una actividad como trabajo.

Si bien la generalización mercantil de esta sociedad abarca hasta lo más íntimo eso no significa que necesaria y absolutamente todo sea trabajo. Un usuario de Facebook, Instagram o Tinder, aunque no podemos afirmar que se venda en términos estrictamente económicos, de algún modo "se vende" porque se comporta como si estuviese a la venta. Pero, aunque todo está sometido a las exigencias de la eficacia y el intercambio, el resultado de esa actividad no es susceptible de intercambio por un kilo de pan.[21]

En el número 3 de esta publicación, en el apartado *Abajo el trabajo*, decíamos: «La palabra trabajo no debería designar más que una forma muy particular de actividad humana, parte de una vida fragmentada, experimentada enajenadamente, porque ¿qué es la vida sino actividad? "Trabajo" suena hoy a los oídos de todo el mundo como el perfecto sinónimo de "actividad", puesto que para la mayoría de los seres humanos el trabajo ha llegado a ser, lamentablemente, la totalidad de su vida. Y no hablamos solo de la forma de conseguir dinero para subsistir, todo es vivido como trabajo: los quehaceres domésticos, la creatividad artística, tener relaciones sexuales, la militancia política, criar un hijo o salir con amigas.»

Entonces ¿por qué llamarle trabajo doméstico a la reproducción de la fuerza de trabajo, a esos quehaceres domésticos? Podríamos hacer una distinción entre trabajo y trabajo asalariado, o entre trabajo y empleo para afirmar que el trabajo es "la actividad que cubre necesidades" mientras que el empleo es únicamente aquel trabajo que se encuentra valorado y reconocido, por tanto regulado política y económicamente, y por consiguiente asalariado.

Para empezar, dejaremos en claro que nos estamos refiriendo a las tareas domésticas realizadas para la reproducción propia de cada proletario y de la familia o personas con las que se comparta la vivienda. Distinto es el caso donde dichas tareas se realicen directamente como trabajo asalariado, sea brindando el servicio de manera autónoma o a través de una empresa, donde no queda duda alguna que estamos hablando de trabajo.

Retomando, **si el trabajo doméstico es efectivamente trabajo, se trata sin duda de un tipo de trabajo muy particular**. Sin embargo, nombrarlo como trabajo puede ser conveniente para comprender su importancia en un mundo en el cual el trabajo ocupa un lugar central, así como su crítica y necesidad de superación ocupa un lugar central en la lucha contra el Capital. **Esta duda impulsa el debate que queremos proseguir: qué ventajas y desventajas tiene considerarlo o no como trabajo**.

El trabajo doméstico tiene características comunes al resto de los trabajos: hay "mano de obra", requiere un número cuantificable de horas dedicadas, agota y hasta conlleva sus propias enfermedades laborales. Sin embargo, del mismo modo se podría asegurar entonces que vínculos como la amistad, o actividades como la música o el deporte son también trabajos, aunque solo se realicen de forma

21 Si bien por lo general es así, hay excepciones como *influencers* que viven directamente de publicitar y publicitarse en redes sociales o la abundante oferta de prostitución que circula en Tinder. No nos parece casualidad que aquellas actividades que se asemejan demasiado a un trabajo por lo general terminen siéndolo para muchas personas.

recreativa. **Sin duda en la sociedad capitalista todas las actividades se asemejan al trabajo, y se efectúan en relación a él, pero esto no es motivo para afirmar que todo lo que hacemos se trata de trabajo**.

Es importante no caer en análisis morales del tipo: si siempre cocino y lavo yo y el resto no lo hace debe ser trabajo; la amistad es capitalista porque hay conveniencia e intercambio, por lo tanto es trabajo; o cuidar un viejo es una obligación y más aún porque soy mujer entonces es trabajo también. Lo que a su vez reafirmaría que es trabajo aquello que no me gusta hacerlo. Pero seamos precisos: **trabajo no es una categoría que expresa "lo que no me gusta", es una categoría social**.

Por otra parte, el trabajo doméstico se mezcla con los cuidados, y consideramos que no solo conceptualmente sino en los propios hechos cuesta hacer tal diferenciación. Incluso para quienes a partir del trabajo doméstico quieren reivindicar un "reconocimiento económico a actividades invisibilizadas". Esto resulta porque muchas veces la diferenciación entre lo que se hace por el cuidado del otro, por afecto, solidaridad, compañerismo; y lo que se hace por interés o dinero; no depende solamente de la tarea a realizar o la necesidad a la cual responder, sino de cómo y porqué se la lleva a cabo. Un abuelo puede ser cuidado por su familia en su propia casa por mero mandato o desde el cariño (o una mezcla de ambos); puede también encargarse alguna persona contratada para dicha tarea, que puede a su vez generar o no un vínculo afectuoso; o puede ser internado en un geriátrico, y ser o no visitado. La forma en que el capitalismo actualmente da respuesta a muchas de nuestras necesidades básicas y elementales está profundamente mercantilizada y mediatizada por el trabajo, pero no absolutamente. Esto no quiere decir que allí donde no aparezca directamente el dinero o la cuantificación haya un foco de resistencia, ya que tanto en el hogar o fuera de él, estos actos desinteresados y no remunerados pueden estar completamente subordinados a la producción capitalista.[22] Pero a la vez expresan también otro modo aún latente de ayudarnos y cuidarnos mutuamente.

La relación entre trabajo doméstico y cuidados la abordaremos en profundidad hacia el final de esta publicación. Lo que aquí nos proponemos tratar es la relación y la distinción entre trabajo y las labores domésticas, más precisamente entre trabajo asalariado y trabajo doméstico.

Discutir estos conceptos es parte de la lucha y evidentemente se trata de mucho más que de conceptos. Pasemos al debate entonces, que presentamos justamente de esta manera porque es como se dio la discusión internacional entre diferentes compañeros que de una u otra forma participamos en esta publicación.

No considerarle trabajo…

A diferencia del esclavo o del siervo, el proletario no es una propiedad de la clase dominante, sino que es propietario de la única mercancía que tiene a su disposición: su propia actividad convertida en fuerza de trabajo. Con rigurosidad podemos afirmar que el proletario no es una mercancía, sino el propietario de su propia alienación. Y sin embargo, comprendemos, apoyamos y hasta decimos que "no somos mercancía" a nivel de agitación, a sabiendas de tal imprecisión.

Para lo que aquí nos concierne, resulta clarificador comparar al proletario con el esclavo. El esclavo es al mismo tiempo mercancía e instrumento productor de mercancías. En el esclavo no hay diferencia entre su cuerpo y su fuerza de trabajo: no hay, por tanto, fuerza de trabajo y no hay reproducción de esa fuerza de trabajo. El esclavo es medio de producción, «un instrumento parlante» como diría Aristóteles.

Ciertamente, como ya ha sido argumentado páginas atrás, el salario no paga simplemente por el trabajo realizado sino por la reproducción de la fuerza de trabajo, lo cual en algunos casos incluye a su familia. A diferencia del caso del esclavo, el capitalista no se responsabiliza de la reproducción del trabajador, sino que él mismo puede "escoger libremente" cómo reproducirse, o más bien intenta reproducirse como puede.[23]

De la misma forma en que una persona no trabaja cuando duerme o en pleno ocio (actividades importantes para la buena reproducción de su fuerza de trabajo) tampoco trabaja cuando baña a su hijo o cuando cocina para sus hijos y pareja. Una muestra de ello es que el tiempo dedicado a realizar estas actividades, a diferencia de la producción del resto de mercancías, no está determinado por el *tiempo de trabajo socialmente necesario*.[24]

---

22 Ver al respecto el apartado *¡Comunismo!* en el nro. 12 de esta publicación y el apartado final del presente nro.: *¿Eso que llaman amor es trabajo impago?*

23 Tendencialmente porque, por supuesto, el Capital determina las elecciones que se producen en el ámbito de la reproducción, cuando no es por influencia directa del mercado, es a través del Estado. Y más aún, mientras estas decisiones no afecten directamente la reproducción ampliada de valor (mientras no sean razón de Estado, se podría decir).

24 Al respecto de este importante concepto de la crítica de la economía recomendamos la lectura del nro. 11 de Cuadernos, en particular los extractos allí citados de *Las aventuras de la mercancía* de Anselm Jappe. También profundizamos al respecto en el apartado siguiente del presente número.

La madre que cocina para su familia no compite con las otras madres en tiempo de producción. Su comida no "valdrá" menos porque su vecina haya tardado menos tiempo en realizar la misma comida, gracias por ejemplo a una olla exprés. Esta actividad doméstica está subsumida por el valor como totalidad social (sin la reproducción de la fuerza de trabajo no puede continuar el proceso de valorización), pero eso no significa que esa actividad produzca fuerza de trabajo como una mercancía que compite con otras. Lo que produce esa actividad es al proletario mismo, que luego actuará como pueda en el mercado con su mercancía fuerza de trabajo. Esta distinción es esencial, porque el hecho mismo de cocinar en otras condiciones, ya no en el espacio "privado" (repetimos, privado de su carácter directamente social) de la casa sino en el espacio "público" del mercado, sí será trabajo.[25]

Así pues, la separación entre lo público y lo privado, entre la producción y la reproducción, como tantas otras separaciones son esenciales en la lógica unitaria del valor, en la unidad de lo separado. Debido a esta separación, a que el proletario no puede reproducirse en el lugar mismo en que lleva a cabo la producción, se ve obligado a ir a trabajar todas las mañanas y su actividad se escinde entre la reproducción de la fuerza de trabajo y la producción del resto de mercancías.

Cuando decimos que el salario paga el *tiempo de trabajo necesario* para la reproducción de la fuerza de trabajo (el resto del tiempo que trabaja es para la producción de plusvalor), estamos diciendo que paga lo necesario para comprar las mercancías que consume el trabajador y su familia (como decíamos anteriormente en muchas ocasiones son necesarios dos o más salarios para la subsistencia de un hogar, el cual a la vez no siempre está habitado por un núcleo familiar tradicional). Estas mercancías pueden ser objetos como la comida o la ropa, o servicios como la electricidad, agua potable, telefonía, e incluso la guardería que se paga para dejar a los niños. Estos servicios, actividades expuestas en el mercado como mercancías, se incluyen en el salario de ciertos sectores del proletariado, siempre y cuando sean una necesidad generalizada y establecida en connivencia con el Capital (aquí entra el carácter particular que ya menciona Marx de la mercancía fuerza de trabajo; mientras la educación de los hijos no estaba incluida en el salario hace dos siglos, ahora sí lo está, ya sea esta se realice a través de una institución pública o privada, donde el gasto en la última es claramente mayor y solo accesible para las familias con salarios más elevados).

25 Adelantándonos a la crítica cabe advertir que la clave de la mercancía es su producción privada, ya que toda mercancía se socializa en el mercado.

Si parece importante cuestionar e incluso no llamar *trabajo* a las actividades domésticas, por mucho que estas estén alienadas y subsumidas para servir indirectamente a la producción y reproducción del valor, no es por un prurito intelectual. Los compañeros que sugieren no llamarle trabajo argumentan que en un contexto de crisis profunda del capitalismo mundial, en el que la expulsión de trabajo a causa de la automatización está alcanzando cotas cada vez más impresionantes, es relevante saber a qué llamamos trabajo y a qué no, aunque solo fuera para comprender las causas de que cada vez una mayor parte del proletariado se esté volviendo excedente, inutilizable por el Capital, superfluo. Por otra parte, es también una discusión necesaria para seguir avanzando en la especificidad del capitalismo a la hora de expresar su carácter sexista.

Desde Cuadernos de Negación consideramos que la automatización expulsa trabajo de las fábricas o de los espacios susceptibles de ser automatizados. Imponiendo a cada vez más proletarios trabajos precarios en sectores como el de servicios y condenando al desempleo a otros. Incluso habría que pensarlo en relación a la intensificación de las labores domésticas de los sectores marginales del proletariado, de ese proletariado excedente.

El *ejército de reserva*, el proletariado excedente, puede ser excedente o superfluo desde el punto de vista que no tiene trabajo asalariado o formal y debe reproducirse prácticamente por su cuenta sin remuneración, lo cual significa un aumento de la explotación. Por ello no es inutilizable por el Capital, porque se sigue reproduciendo fuerza de trabajo que estará disponible para el Capital, y se sigue reproduciendo esa "útil" función social que tiene el ejército de reserva en torno a los salarios y la competencia entre proletarios. Es decir, es precisa una masa de desocupados para garantizar bajos costos salariales y condiciones laborales siempre deficientes.

Considerarle trabajo…

No considerar trabajo a estas actividades encarna un riesgo. Esa concepción está basada en conclusiones obtenidas del análisis de procesos de producción aislados, pero no se puede caracterizar una actividad exclusivamente desde el tiempo y espacio aislado en el que se desarrolla y sus resultados separados. Porque la producción de valor en el capitalismo es social, aunque se exprese a través de una diversificación particular de los diversos momentos de producción social.

La fuerza de trabajo solo existe como separación de los trabajadores de sus medios de producción, por lo que, únicamente puede existir en el capitalismo. Por ello, no

tiene sentido hablar de fuerza de trabajo en el esclavismo, donde el esclavo no está separado de los medios de producción, sino que es parte de los mismos, y todos ellos son propiedad de sus amos.

Del mismo modo, el esclavo no es un individuo en sentido político y jurídico tal cual lo conocemos y que es probablemente el único que hay. Nuestra concepción de individuo está directamente ligada a que en nuestra realidad más inmediata nos vendemos individualmente y por tanto tenemos deberes y derechos individuales. Esto tampoco fue siempre así, no solo que es muy reciente en la historia humana tener que venderse, sino más aun individualmente, ya que ni el esclavo ni el siervo se vendían de esa forma.

Nuestra condición puede confundirnos porque la comunidad que se nos impone es la comunidad del Capital, la comunidad del dinero, donde participamos en tanto individuos libres.[26]

Si bien la fuerza de trabajo se vende individualmente y se produce, sino de manera individual, de manera aislada entre diferentes núcleos (familiares o no), los condicionamientos al momento de venta de esa fuerza de trabajo son generales para toda la clase explotada, con particularidades por sector claro está. La circulación y venta de la fuerza de trabajo es inseparable de la forma en que la fuerza de trabajo puede reproducirse. En esto también se asemeja la fuerza de trabajo al resto de las mercancías, en que su producción y comercialización son inseparables. Si bien la lucha colectiva busca trascender esa individualización y mejorar las condiciones de vida de los proletarios, la venta de la fuerza de trabajo sigue constituyendo un acto individual, condición esencial del capitalismo. Las labores domésticas son realizadas de manera cada vez más atomizada. Allí reside también la dificultad de luchar por mejores condiciones para el trabajo doméstico, no únicamente por el sexismo y la división sexual del trabajo, sino por la propia forma que el capitalismo ha impuesto a la reproducción de la fuerza de trabajo.

Si nos abstraemos por un momento del hecho de que la fuerza de trabajo está ligada al ser humano, resulta más sencillo comprenderla como una mercancía igual a las demás, con su valor de uso y valor de cambio. El doble carácter de la mercancía es el reflejo del doble carácter del trabajo: trabajo concreto y abstracto. La faceta abstracta del trabajo es la que le confiere valor.[27]

La mercancía fuerza de trabajo se presenta entonces como todas las demás y compite en el mercado con el resto de las mercancías. No solo en oposición a las máquinas, softwares y demás tecnologías que reemplazan mano de obra sino entre las diferentes fuerzas de trabajo que vienen cada una con un proletario añadido: esa es la competencia entre proletarios que impone el capitalismo.

Toda una serie de trabajos son necesarios para la producción de la fuerza de trabajo, pues es un producto social. Lo que comemos, cómo lo comemos, nuestra formación a todos los niveles, nuestro descanso… todo está determinado por las necesidades de la valorización. Nosotros mismos estamos contenidos por esa misma mercancía que contenemos, este extraño hecho nos hace extraños a nosotros mismos.

A pesar de que los tiempos de trabajo y de producción en lo que respecta a la fuerza de trabajo no pueden pensarse del mismo modo que los tiempos del resto de las mercancías, como se señala en el apartado anterior, no podemos tampoco dejar de reconocer el alto nivel de estandarización que tienen las tareas domésticas, y cómo han ido transformándose en función de las exigencias del Capital para con la fuerza de trabajo. Aunque a diferencia del ámbito estrictamente laboral exista en el ámbito doméstico un margen mayor de elección sobre cómo llevar a cabo nuestra reproducción, éste es sumamente acotado. La manera en que limpiamos, comemos, descansamos, así como los muebles, electrodomésticos y demás utensilios que usamos, están determinados por los horarios laborales y el tiempo disponible para llegar al día siguiente en tiempo y forma al lugar de trabajo. Claro que a su vez eso depende de cuál sea el trabajo que pudimos conseguir, que comúnmente depende del trabajo que hayan realizado nuestros antepasados, es decir, cómo se produce y reproduce la fuerza de trabajo a lo largo de la vida de cada proletario y la de aquellos con quienes la comparte. La mercancía fuerza de trabajo no sale al mercado en igualdad de condiciones a competir con las demás, sus posibilidades de venta y su salario dependen de cómo ha sido producida, y esto constituye un aspecto fundamental para pensar al trabajo doméstico como tal.

Para ejemplificar, en la mayoría de aquellos hogares donde aún se cocina a leña (por no disponer o poder pagar gas o electricidad) se reproduce por lo general la fuerza de trabajo peor paga, o la más barata desde el punto de vista del capitalista. Lo mismo si no se cuenta con servicios sanitarios como cloacas, o si para acceder a agua potable

26 «Cada fuerza de trabajo individual tiene que ser comparada en términos de valor con todas las demás, es decir, tiene que reducirse a una abstracción, a fuerza de trabajo abstractamente humana. Lo cual significa que la fuente del valor no es el trabajo concreto, el trabajo en un sentido técnico material, sino el trabajo abstracto generado a partir de unas condiciones sociales específicas.» (Alfredo Macías Vásquez, *El colapso del capitalismo tecnológico*)

27 Ver Cuadernos de Negación nro. 11, *El trabajo abstracto y el valor como abstracción real.*

es necesario trasladarse, es decir, emplear mayor cantidad de tiempo y esfuerzo para responder a necesidades básicas y fundamentales.

La fuerza de trabajo de la inmensa mayoría de proletarios que se ven forzados a tales circunstancias, no valdrá más por tener más horas dedicadas a su reproducción, sino que valdrá menos.

Recordemos que, si una mercancía específica es producida en una cantidad de horas mayor a la media, es decir al *tiempo de trabajo socialmente necesario* para producirla, no valdrá más sino lo mismo que las de la competencia, y disminuirá el margen de ganancia de la empresa.[28]

Pero los proletarios no tienen ningún margen de ganancia que achicar, sino que, en tanto desposeídos, solo disponen de su tiempo y su esfuerzo, que dedicado prácticamente en su totalidad a las necesidades elementales, va siendo relegado de otras necesidades y aspectos de la reproducción. Así la salud, la educación, la vivienda, el descanso, los cuidados, van ocupando cada vez menos tiempo de reproducción, en una espiral descendente en lo que respecta al valor de su fuerza de trabajo.

No es casual entonces, que el proletariado excedente para el Capital, sea quien deba destinar mayor cantidad de horas diarias a la mera subsistencia, y si bien es difícil establecer el tiempo de trabajo para producir un kilo de comida revolviendo la basura, difícilmente podemos dejar de señalarlo como uno de los peores trabajos para poder sobrevivir.

La forma en que el proletariado reproduce su fuerza de trabajo está directamente relacionada con el valor de uso de la misma, y por lo tanto con su valor.

A su vez, no debemos confundir el tiempo de trabajo con el tiempo de producción. Al no haber una delimitación específica temporal y física como en los centros de trabajo se hace mucho más difícil sustraer los momentos efectivos de trabajo. Para eso es adecuado tener presente la diferencia entre tiempo de producción y tiempo de trabajo cuando reflexionamos en torno al trabajo doméstico.

Es verdad que en la producción del resto de mercancías es más fácil la distinción. En la producción de vino, por ejemplo, se aprecia bien la diferencia entre el tiempo específico de trabajo y el de producción, entre cuando se le agrega trabajo vivo en el proceso laboral a cuando se deja en la barrica el tiempo que requiere socialmente una clase de vino determinado. Mientras en el primero el trabajo vivo actúa, en el último solo actúa el trabajo muerto que transfiere su valor en proporción a su desgaste. Dicho de otro modo, el valor invertido en la barrica se transferirá paulatinamente a lo largo de su vida útil al valor de los litros de vino que pasarán por su interior. En otras mercancías no existe siquiera diferenciación pues el tiempo de producción no se prolonga más allá del que requiere el trabajo, aunque sí existe la diferenciación en su producción entre trabajo vivo como fuerza de trabajo en acción y trabajo muerto como medios de producción. Ambas diferenciaciones son importantes para profundizar acerca de la producción misma de la fuerza de trabajo. Así pues, dormir es evidentemente parte del tiempo de producción de la fuerza de trabajo que solo transfiere al valor de la misma el desgaste del trabajo muerto que se considera socialmente necesario (casa, cama, abrigo o lo que se estime necesario para ese proceso vital para regenerar la fuerza de trabajo). En otras tareas como el lavado de la ropa o la preparación de una comida también podríamos diferenciar entre la actividad misma y los medios empleados para llevarla a cabo.

De todos modos, si bien podemos reflexionar acerca del proceso de producción aislado de la fuerza de trabajo de tal o cual proletario para debatir sobre el trabajo doméstico, no podemos tampoco perder de vista la globalidad del proceso de producción del Capital. Es partiendo de su ciclo ampliado de reproducción donde podemos comprender cómo infinidad de trabajos particulares son organizados bajo diversas características, que no responden directamente a las conceptualizaciones más estrictas en torno al trabajo asalariado y la producción mercantil. Así el trabajo doméstico es una parte fundamental de un proceso donde se conjugan una enorme diversidad de trabajos asalariados y mercancías que hace posible la producción de la fuerza de trabajo. Aunque difícil de representar en términos cuantitativos, podemos pensar al trabajo doméstico como una parte alícuota del trabajo social que requiere la producción de la fuerza de trabajo.

Por último, vayamos al ejemplo del trabajo asalariado doméstico a domicilio. ¿Qué producen estos trabajadores? Digamos que la mercancía que producen es un servicio (las labores que corresponden al trabajo doméstico y según lo contratado). No hay dudas que se trata de un trabajo, a lo sumo se argumenta que es trabajo improductivo, que no es para el mercado, mera reproducción simple, intercambio mercantil simple, servicios improductivos… En relación a los tiempos de trabajo podemos pensar también

28 Un ejemplo para explicar el concepto de trabajo socialmente necesario es el de un carpintero que realiza una mesa en una determinada cantidad de horas que es la media del rubro. Si la competencia realiza la misma mesa en menos horas a través de cierta innovación en el proceso de trabajo, el tiempo de trabajo socialmente necesario para producir ese tipo de mesa disminuirá, y por lo tanto su valor. La competencia hará que esta innovación se generalice en el rubro, y quienes no se adapten deberán vender su mesa al mismo precio que sus competidores, aunque les lleve más tiempo hacerla, acotando sus márgenes de ganancia.

cómo ese trabajo empleado de manera particular por una familia difiere de aquel contratado a través de una empresa de limpieza que tendrá criterios de productividad más estrictos para sus empleados. Pensar estas situaciones aporta a la reflexión acerca de las diferentes formas en la que se explota el trabajo. Y si levantamos la mirada hacia el ciclo de reproducción global D–M–D', con M incluyendo además de medios de producción a la fuerza de trabajo como trabajador colectivo —independientemente del trabajo concreto que ejerce y la forma bajo la que se manifiesta, en otras palabras la abstracción social del trabajo—, podemos comprender cómo se articulan los diferentes trabajos para la producción de plusvalor social y de la fuerza de trabajo a nivel mundial.

¿Entonces?

Sin duda el impulso de estas reflexiones excede pensar sobre lo doméstico y la mercancía fuerza de trabajo. Por el momento queremos presentar estas primeras aproximaciones al tema y no cerrarlo aquí. Preferimos publicarlo aún como una discusión a que quede guardado.

En el número anterior, respecto a la categoría patriarcado, decíamos que el hecho de que, en la propia lucha, se siga nombrando a la división sexual y al sexismo como "patriarcado" es completamente comprensible aunque lo consideremos poco preciso. Si bien su empleo es importante para ver la continuidad del sexismo en relación a sociedades de clases anteriores, también oculta sus discontinuidades y peor aún en muchos casos, sino en la mayoría, expresa un componente, una particularidad de la sociedad como eje central y organizador de la misma. Sin embargo, un rechazo en bloque del concepto puede empujar muy fácilmente al error de comprender la violencia sexista y machista como una mera cuestión cultural, una reliquia del pasado premoderno que la sociedad capitalista no termina de superar. Y peor aún como un hecho no constitutivo de esta sociedad.

Para la presente ocasión preferimos emplear la noción de trabajo doméstico, por lo anteriormente expuesto, **pese al riesgo que puede implicar dar por entendido que al final todo es trabajo, y que todo es lo mismo**.

¿PRODUCTIVO O IMPRODUCTIVO?

Otra parte del debate sobre el trabajo doméstico se detiene en la cuestión de si el trabajo doméstico es productivo o no. Hablando estrictamente, y si vamos a categorizarlo como trabajo, el trabajo doméstico no es *productivo* en el sentido económico del término.

Marx explica que la diferencia entre el trabajo productivo y el improductivo consiste tan solo en si el trabajo se intercambia por dinero como dinero o por dinero como capital. **Una misma actividad puede ser productiva o improductiva, según la relación en que se encuentre, más allá de si es importante o no para la vida, se trata del punto de vista del Capital**.

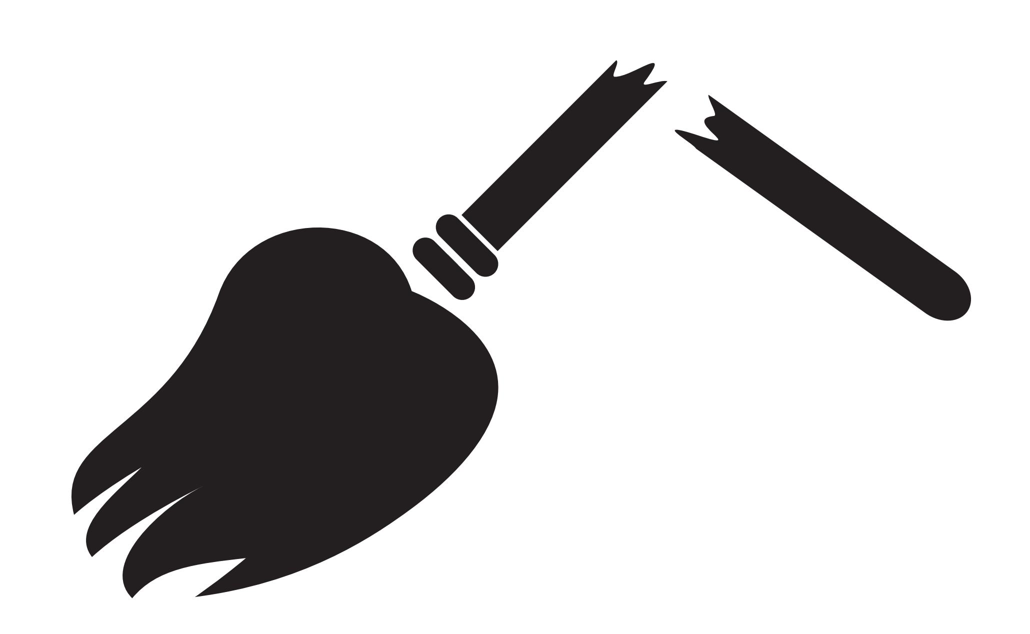
Si vamos a limpiar una casa y nuestra limpieza es consumida por quien nos contrata (y quizás su familia) no estamos valorizando directamente capital, podríamos decir que es improductivo. En cambio, si hacemos el mismo trabajo, incluso en la misma casa, pero somos enviados allí por una empresa que el dueño de dicha casa contrata, el propietario de la empresa que nos paga el salario obtiene ganancias que reinvierte, entonces el trabajo sí valoriza capital y es por tanto productivo. Porque en ese caso, nuestro trabajo de limpieza será consumido productivamente por el capitalista, valorizando directamente capital.

«La producción capitalista no solo es producción de mercancía; es, en esencia, producción de plusvalor. El obrero no produce para sí, sino para el capital. Por tanto, ya no basta con que produzca en general. Tiene que producir plusvalor. Solo es productivo el trabajador que produce plusvalor para el capitalista o que sirve para la autovalorización del capital. Si se nos permite ofrecer un ejemplo al margen de la esfera de la producción material, digamos que un maestro de escuela, por ejemplo, es un trabajador productivo cuando, además de cultivar las cabezas infantiles, se mata trabajando para enriquecer al empresario. Que este último haya invertido su capital en una fábrica de enseñanza en vez de hacerlo en una fábrica de embutidos, no altera en nada la relación. El concepto de trabajador productivo, por ende, en modo alguno implica meramente una relación entre actividad y efecto útil, entre trabajador y producto del trabajo, sino además una relación de producción específicamente social, que pone en el trabajador la impronta de medio directo de valorización del capital. De ahí que ser trabajador productivo no constituya ninguna dicha, sino una maldición.» (Karl Marx, *El Capital*, Tomo I)

Vemos entonces que **esta distinción, si es de tipo moral, tiene poca importancia desde la perspectiva comunista, ya que no es necesario legitimar desde la moral capitalista quiénes conforman el sujeto de la revolución**. El trabajo doméstico además puede no ser productivo en el sentido de producir directamente plusvalor y capital y sin embargo ser un elemento crucial en la producción de plusvalor y capital.

«Queda por puntualizar que al afirmar que el trabajo que llevamos a cabo en casa es producción capitalista no estamos expresando un deseo de ser legitimadas como parte de las "fuerzas productivas"; en otras palabras, no es un recurso al moralismo. **Solo desde un punto de vista capitalista ser productivo es una virtud moral, incluso un imperativo moral**. **Desde el punto de vista de la clase obrera, ser productivo significa simplemente ser explotado. Como Marx reconocía "ser un obrero productivo no es precisamente una dicha, sino una desgracia"**. Por ello obtenemos poca "autoestima" de esto. Pero cuando afirmamos que el trabajo reproductivo es un momento de la producción capitalista, estamos clarificando nuestra función específica en la división capitalista del trabajo y las formas específicas que nuestra revuelta debe tomar. Finalmente, cuando afirmamos que producimos capital, lo que afirmamos es que podemos y queremos destruirlo y no enzarzarnos en una batalla perdida de antemano consistente en cambiar de un modo y grado de explotación a otro.» (Silvia Federici y Nicole Cox, *Contraatacando desde la cocina*)

Por otra parte, tal como señalábamos anteriormente en la discusión de si el trabajo doméstico es efectivamente trabajo, en el caso del trabajo productivo e improductivo también se puede partir del trabajo aislado, de la producción aislada, de la fuerza de trabajo aislada, sectorizada. Cuando bajo ningún concepto este es el eje sobre el que se realiza el plusvalor social que se reparte la burguesía mundial en su competencia a muerte. Desde el punto de vista inmediatista podemos ver cómo se produce aquí y allí directamente plusvalor, como tal lugar es productivo y tal improductivo. Aumentando la lupa, podemos descubrir cómo en los sectores productivos también hay esa distinción en su interior. Y así hay quien llega a calificar en una empresa los niveles de productividad de cada empleado de forma individual, o en qué momento es o no productivo. La cuestión se simplifica cuando observamos el Capital como relación social y asumimos el ciclo D–M–D' no desde la visión limitada de un burgués y su capital particular, sino desde el punto de vista de la reproducción social, desde el Capital a nivel social. Es así como vemos que D se intercambia por una multitud abigarrada de fuerza de trabajo (dejemos a un lado el capital constante) y que todas esas fuerzas, todo ese salario social, está determinado para asumir el D', independientemente que creen o no valor directamente en su proceso de producción inmediato.



TRADICIÓN, FAMILIA Y PROPIEDAD



> «La familia contemporánea [aparece] como el producto de un constante trabajo, por parte del Estado, de reducción de las posibilidades, de destrucción de la sociabilidad, de atomización de la sociedad. Gloriosa figura de jardinería social de los poderes públicos, la familia celebrada como "la célula de base de la sociedad", parece ser una fase transitoria de un largo y devastador proceso de empobrecimiento de la vida comunal.»
> (Phillipe Meyer, *El niño y la razón de Estado*)

> «"Tradición, familia, propiedad" constituye un bloque coherente que se acepta o se rechaza, pero cuyos elementos no es posible separar.»
> (AA.VV., *Tradición familia propiedad. Un ideal, un lema, una gesta: La cruzada del siglo XX*)

A la actual civilización le corresponde la forma de matrimonio monogámica, no sin sus complementos: el adulterio y la prostitución. En la sociedad capitalista nos mantenemos divididos en familias. Divididos en mujeres y hombres, en niños y adultos. Somos disciplinados unos a través de los otros, cada uno contra el otro e incluso cada cual contra sí mismo, pero todos juntos por el mantenimiento de la normalidad de la sociedad capitalista.

El término familia procede del latín *famīlia*: grupo de siervos y esclavos patrimonio del jefe de la gens, a su vez derivado de *famulus*: siervo, esclavo. El término abrió su campo semántico para incluir también a la esposa e hijos del *pater familias* (a quien legalmente pertenecían) hasta que acabó reemplazando a *gens*.

Debemos abordar la familia como expresión directa del modo de producción dominante y no como un dato de la naturaleza. No será, por tanto, el matrimonio homosexual, la educación sexual en las escuelas o los estudios de género los que harán desaparecer la familia tal como sospechan los fanáticos religiosos o los reaccionarios defensores de la tradición. Así como no lo logró la ley de divorcio ni la supuesta pérdida del "respeto a los mayores". **Son los nuevos modos de trabajar y el individualismo generalizado quienes están minando la familia tal como la conocemos para que retorne bajo diferentes apariencias**.

Las transformaciones en el empleo de las mujeres y las transformaciones en la familia están estrechamente vinculadas. La caída de la tasa de natalidad permite trabajar a más mujeres. A cambio, el trabajo de las mujeres fuera de sus hogares les anima a reducir el número de sus hijos, para no interrumpir demasiado su trabajo.

Que el trabajo asalariado socavó a la familia como unidad económica básica al enviar a esposos, esposas e hijos fuera del hogar, no es una novedad. Esto tuvo un efecto doble: entre los artesanos y comerciantes la familia empezó a dejar de ser la unidad económica primaria, mientras que en la burguesía la propiedad familiar cedió su lugar a la sociedad anónima.

«Se disolvían así los vínculos internos, elementos constitutivos del concepto mismo de familia, tales como la obediencia, el respeto, la fidelidad conyugal, etc. Quedaban en pie, en cambio, aunque bastante debilitados, el cuerpo físico de la familia, sus relaciones patrimoniales, su ámbito separado de las demás familias, las relaciones impuestas por la existencia de los hijos, por la estructura de la urbe moderna, por la formación del capital, etc. Porque el hecho es que la existencia de la familia es impuesta como una necesidad por su entronque con el modo de producción, independientemente de la voluntad de la sociedad burguesa. Por eso la familia ha seguido existiendo incluso en el siglo XIX, con la diferencia de que, ahora, la actividad que la desintegraba se halla generalizada.» (Karl Marx, *La ideología alemana*)

El desarrollo del Capital ha disuelto las viejas relaciones familiares patriarcales, a la familia como unidad económica. Es decir, las ha disuelto económicamente, para que persistan en las tradiciones y vínculos humanos. Aquellas antiguas relaciones familiares fueron y están siendo minadas por el desarrollo capitalista y se presentan en una forma más acorde a la existencia del trabajador libre, es decir, de los asalariados pero también de la población proletaria marginada del trabajo asalariado. **Una familia a imagen de la libertad capitalista: un contrato libre entre personas que se saben desiguales pero hacen como si no, unidas por lo separado, relacionadas a través del intercambio y mediadas por el valor**.

«¡Querer abolir la familia! Hasta los más radicales se indignan ante este infame designio de los comunistas.

¿En qué bases descansa la familia actual, la familia burguesa? En el capital, en el lucro privado. La familia, plenamente desarrollada, no existe más que para la burguesía; pero encuentra su complemento en la supresión forzosa de toda familia para el proletariado y en la prostitución pública.

La familia burguesa desaparece naturalmente al dejar de existir ese complemento suyo, y ambos desaparecen con la desaparición del capital.» (Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto comunista*)

Hace algunas décadas se intentaba "curar" al proletariado mediante el matrimonio y la familia. Los patrones fomentaban el matrimonio para que trabajadores y trabajadoras no despilfarren su energía y la concentren en sus horas laborales. Generalizar el modelo de familia burguesa con la intimidad del hogar, la importancia de los niños, pensar en dejar algo de herencia y dejar "los quehaceres de la casa" a la mujer, "el ángel del hogar". La separación entre el hogar y el lugar de trabajo y la asignación de mujeres al primero da forma y acentúa aún más la división entre hombres y mujeres, en sus roles impuestos y en sus mentalidades sociales.

En el pasado, la disciplina de las masas asalariadas contra los considerados excesos de la gran ciudad (insalubridad, promiscuidad, alcoholismo, prostitución, peleas, riesgo de muerte, etc.) corría por cuenta de sus patrones, curas, pastores y/o de sus representantes sindicales. «De la casa al trabajo y del trabajo a la casa» recomendaba con puño de hierro Perón en Argentina contra los "excesos" de los proletarios, pero por sobre todo contra la organización de los mismos.[29]

La burguesía ha intentado llenar los huecos entre el trabajo y el hogar con diferentes propuestas para que estos no huyan al bar, a la infidelidad, a la calle o a la organización revolucionaria. Para eso están los sindicatos y los círculos católicos de obreros, los clubes de la empresa y hasta los destinos para vacaciones en familia.[30]

«La burguesía ha desempeñado, en el transcurso de la historia, un papel verdaderamente revolucionario. Dondequiera que se instauró, echó por tierra todas las instituciones feudales, patriarcales e idílicas. Desgarró implacablemente los abigarrados lazos feudales que unían al hombre con sus "superiores naturales" y no dejó en pie más vínculo que el del interés escueto, el del dinero contante y sonante, que no tiene entrañas. Echó por encima del santo temor de Dios, de la devoción mística y piadosa, del ardor caballeresco y la tímida melancolía del buen burgués, el jarro de agua helada de sus cálculos egoístas. Enterró la dignidad personal bajo el dinero y redujo todas aquellas innumerables libertades escrituradas y bien adquiridas a una única libertad: la libertad ilimitada de comerciar. Sustituyó, para decirlo de una vez, un régimen de explotación, velado por los cendales de las ilusiones políticas y religiosas, por un régimen franco, descarado, directo, escueto, de explotación.

(…) **La burguesía desgarró los velos emotivos y sentimentales que envolvían la familia y puso al desnudo la realidad económica de las relaciones familiares**. (…) La burguesía no puede existir si no es revolucionando incesantemente los instrumentos de la producción, que tanto vale decir el sistema todo de la producción, y con él todo el régimen social. (…) La época de la burguesía se caracteriza y distingue de todas las demás por el constante y agitado desplazamiento de la producción, por la conmoción ininterrumpida de todas las relaciones sociales, por una inquietud y una dinámica incesantes. Las relaciones inconmovibles y mohosas del pasado, con todo su séquito de ideas y creencias viejas y venerables, se derrumban, y las nuevas envejecen antes de echar raíces. Todo lo que se creía permanente y perenne se esfuma, lo santo es profa-

29 Cabe recordar que previo a la conformación de los sindicatos nacionales o del dominio mayoritario de estos, en algunas regiones como esta, los proletarios se organizaban de diferentes modos, como las *sociedades de resistencia*. No teniendo por centro el trabajo, ni siquiera se organizaban necesariamente por ramos u oficios, pero sí a través del apoyo mutuo y lo que hoy llamaríamos cuidados. Colaborando con las necesidades inmediatas de los vecinos en caso de persecución, desempleo, huelga o muerte de un familiar. Teniendo sus propios grupos culturales, de lectura y modos de aprender.

30 Un ejemplo brillante es la *Kraft durch Freude* ("Fuerza a través de la alegría"), una organización política nazi que existió entre 1933 y 1945 dedicada a la tarea de estructurar, vigilar y uniformar el tiempo libre de la población alemana en la Alemania nazi, parte del Frente Alemán del Trabajo, sindicato unificado dependiente del Estado nacionalsocialista. Robert Ley, uno de los fundadores de la KdF, citaba a Hitler: «Deseo que a cada trabajador se le conceda un período de vacaciones suficiente y que todo se disponga de tal manera que estas vacaciones y el resto de su tiempo libre sirvan realmente de descanso y recuperación. Lo deseo porque quiero un pueblo con nervios de acero, pues la única manera de hacer política a lo grande es con un pueblo que mantiene la calma.»

Un objetivo declarado fue la preservación de la "paz laboral" y evitar así la aparición de asociaciones proletarias hostiles al régimen. Se buscaba asegurar la paz interna prometiéndoles a los trabajadores que podrían permitirse lujos a los que hasta entonces solo tenían acceso las clases altas: practicar deportes caros como la equitación, navegar a vela o jugar al tenis y tener la posibilidad de viajar al extranjero, así como de acudir a balnearios de la costa báltica o del Mar del Norte a precios muy bajos. Poco tiene que envidiarle a esto el peronismo en la Argentina y mucho deberían avergonzarse declarados antinazis de izquierda por tener los mismos anhelos y propuestas en materia de ocio que el III Reich. Aunque este anhelo es coherente en las diversas facciones, de izquierda a derecha, del "Partido del Trabajo".

nado, y, al fin, el hombre se ve constreñido, por la fuerza de las cosas, a contemplar con mirada fría su vida y sus relaciones con los demás.» (Karl Marx y Friedrich Engels, *Manifiesto comunista*)

Estas palabras publicadas en 1848 no han perdido validez, y nos muestran cómo lo que muchas veces suponemos como novedoso no es más que un proceso que lleva décadas o siglos. La familia concebida como en los cuentos de princesas no está descomponiéndose ahora, viene de larga data. Y nunca fue una realidad generalizada, sino una imagen a imitar que pesa sobre los hombros de quienes jamás podrán alcanzarla, aunque eso tampoco sea deseable.

Pero a fin de cuentas, **la familia, aunque no se asemeje al ideal impuesto, tal como lo hace el sindicato, protege al trabajador asegurándose de que él o ella nunca serán otra cosa que trabajadores**.

«**Las "fábricas" en donde el proletariado se produce como proletariado, en donde se produce la especie como simple fuerza de trabajo del Capital son la familia, la escuela, los hospitales, las iglesias, los institutos de asistencia sociales, las prisiones, etc**. Todas esas instituciones, están de arriba abajo, determinadas por la reproducción no del ser humano, sino del esclavo asalariado y serán abolidas junto con toda la sociedad de la cual emergen por la revolución comunista.

El planteo clásico del revisionismo, de la social–democracia frente a la imposibilidad de negar el antagonismo evidente entre la revolución social y la reproducción de todas estas instituciones reproductoras de la propiedad privada y la sociedad del Capital, es de reconocerlo en forma oscura en su programa máximo para después de la revolución, saboteando toda lucha práctica y concreta contra las mismas, cuando no llega al descaro de defender la "familia proletaria", o la escuela depurada de algunos excesos en pleno socialismo… Sin embargo, toda lucha real del proletariado se ha encontrado frente a estas instituciones y de formas diversas ha luchado contra las mismas. En todas las revueltas proletarias profundas, vemos aparecer no solo una contraposición irreconciliable de dicha revuelta con las iglesias, las prisiones, etc., sino también contra la familia, las escuelas, etc. cuya esencia es también la reproducción de la propiedad privada, y el Estado, cuya estructura misma reproduce el individuo productor de plusvalía, la prole en tanto que propiedad familiar, la división sexual o por edades del trabajo necesaria a la reproducción de la fuerza de trabajo del Capital, la disciplina necesaria al mantenimiento de la explotación asalariada, etc.

La lucha contra la familia, la escuela, es, al igual que la lucha contra las prisiones, las iglesias, al igual que la lucha contra los institutos de asistencia sociales o cualquier otro tipo de instituciones del Capital, una lucha fundamental e inseparable de toda la lucha comunista contra esta sociedad. De la misma forma que no se puede dejar para después de la insurrección un problema como el sindical, dado que en toda lucha seria tendremos al sindicato contra la misma, **el posponer la lucha contra la escuela, la familia, etc., para luego de la insurrección es contrarrevolucionario**.

Pero solo en la misma lucha proletaria se puede asumir esa lucha, solo en la verdadera comunidad de lucha, los proletarios forjan las bases de la destrucción, de la crítica comunista de la familia, de la escuela y afirman su propio proyecto. Todo buscador de alternativas positivas en plena sociedad capitalista, vuelve a caer en el reformismo y el socialismo burgués, porque la verdadera alternativa a toda esa estructura social, a la familia, a la escuela, etc. solo puede surgir de esa negación en desarrollo, es decir de la afirmación del comunismo como movimiento general de negación de toda la sociedad actual. En dicha negación en acto, es evidente que los comunistas, que tienen la ventaja sobre los demás proletarios de tener la visión global del movimiento y de sus objetivos y que en todos los aspectos prácticos de la lucha se sitúen a la cabeza del proletariado desarrollen con todas sus fuerzas esa negación concreta de la familia, de la escuela, etc. pero no pueden ni un instante tener la ilusión de que abolirán dichas instituciones sin abolir la propiedad privada real de la cual emergen.» (Grupo Comunista Internacionalista, *Tesis de orientación programáticas*)

◇◇◇◇◇◇◇◇

Aunque la propiedad ha determinado y determine la vida familiar, **la familia es percibida en muchas ocasiones como un refugio, justamente, ante la hostilidad de la sociedad mercantil generalizada, ante la soledad que propone al privarnos de otros vínculos más fuertes**. Y por ese motivo puede resultar chocante expresar una crítica despiadada a esta. A su vez, mayormente se reduce y se confunde a cada ser humano con su rol asignado. El rechazo a la familia, no es necesariamente el rechazo a esas personas de carne y hueso con las cuales nos vinculan generalmente los lazos de sangre. Sino principalmente de las relaciones que establecemos a través de estos vínculos tradicionales y de propiedad. Claro que esto, en la mayoría de las ocasiones, significa rechazar y enfrentar a los portadores y defensores de dicho rol.

La familia aparece como uno de los pocos sino el único modelo posible de socialización y reproducción, y a la vez como la fuente de muchas o todas las insatisfacciones. Para los psicólogos siempre habrá en la familia un exceso o una carencia de inversión afectiva que permita explicar las frustraciones de los individuos.

Para desnaturalizar la familia tal cual la conocemos, o en verdad idealizamos, basta con historizarla. Un buen ejemplo es recordar que hace menos de doscientos años

las campañas estatales a favor del matrimonio en la clase proletaria procedían de la preocupación por los altos gastos en la asistencia. **Desde fines del siglo XVIII asociaciones filantrópicas y religiosas se propusieron "ayudar" a los pobres moralizando sus comportamientos y facilitando su educación para imponer la vida familiar, lo cual resultaba más económica que la asistencia**. En 1850, la Academia de Ciencias Morales y Políticas votó en Francia, país modelo de Occidente, un texto de apoyo a la Sociedad de Saint–Franfois–Régis, sociedad destinada a promover el matrimonio civil y religioso de los pobres, en términos que no podrían ser más claros:

«Los hombres que dirigen los negocios o la administración saben cuán urgente es disminuir y restringir no solo los gastos de policía y de persecuciones jurídicas ocasionadas por los excesos a los que se entregan las clases corrompidas, sino además todos los gastos en que incurren los hospicios y los hospitales a causa del abandono recíproco de padres, mujeres y niños que deberían haberse brindado ayuda recíproca en tanto miembros de una misma familia y que, al no estar unidos por vínculo social alguno, se vuelven ajenos los unos a los otros. No solo se trata, pues, de una necesidad social y de una obra de alta moralidad, sino además —para el Estado, los departamentos y las municipalidades— de un excelente negocio, una evidente e inmensa economía. El hombre y la mujer del pueblo, cuando viven en el desorden, no suelen tener casa ni hogar. No se hallan a gusto sino donde el vicio y el crimen reinan con total impunidad. No ahorran nada; el hambre y la enfermedad los separan. Por lo general, no suelen preocuparse en modo alguno por sus hijos o, en caso de mantener con ellos una relación, los pervierten. Por el contrario, no bien un hombre y una mujer del pueblo ilícitamente unidos se casan, abandonan los sucuchos infectos que hasta entonces constituían todo su hogar para instalarse en casas amobladas. El primer cuidado que toman es el de retirar a sus hijos de los hospicios donde los han dejado. Estos padres y estas madres casados constituyen una familia, es decir, un centro donde los niños son alimentados, vestidos y protegidos; mandan a sus hijos a la escuela y les enseñan un oficio.» (citado por Jaques Donzelot, *La policía de la familia*)

Por el contrario, anteriormente en la misma Francia, las relaciones extramatrimoniales de los hombres no eran un problema jurídico. En 1804 se dio un decreto por el cual se prohibía hacer público el nombre de un padre natural.

«Estaba prohibido buscar al progenitor y pedirle manutención, y hasta hablar de él como padre del niño. Las madres solteras francesas no tuvieron apoyo legal durante todo el siglo XIX. El anonimato paterno sancionado por el Estado, era expresión de la naturalidad con que este se presentaba como vigilante de la familia. ¿Cuántos problemas aparecerían si se le obligaba a un hombre casado reconocer públicamente a sus hijos naturales? Y, si los hijos ilegítimos pretendían una herencia, ¿cuántas familias irían a la ruina? La familia, como fundamento de la sociedad, tenía que ser protegida, según esa lógica, callando los deslices sexuales del cabeza de familia. El derecho a "encontrar el padre" y a perseguirlo ante los tribunales estaba muy arriba en la lista de demandas feministas a finales del siglo XIX. Nombrar al padre del niño no fue permitido en Francia hasta comienzos del siglo XX.» (Ulla Wikander, *De criada a empleada*)

Puede servirnos también, recordar o conocer la existencia del infame torno en los hospicios de huérfanos de muchos países del mundo, para historizar, y por tanto desnaturalizar, la noción actual de paternidad y maternidad. Y cómo no, también volver a los intereses de la burguesía para ahorrar y disciplinar invirtiendo en la familia.

«La preocupación por articular el respeto a la vida y el respeto al honor familiar provocó, a mediados del siglo XVIII, la creación de un ingenioso dispositivo técnico: el torno. Se trata de un cilindro abierto en uno de los lados de su superficie lateral y que gira sobre el eje de su altura. El lado cerrado hace frente a la calle. Un timbre exterior está situado en las cercanías. ¿Una mujer quiere exponer a su hijo recién nacido? Le comunica su deseo a la persona de guardia tocando el timbre. En el acto, girando sobre sí mismo, el cilindro presenta al exterior su lado abierto, recibe al recién nacido y, siguiendo su movimiento, lo lleva hacia el interior del hospicio. De ese modo, el donador puede sustraerse a las miradas de los criados de la casa. Y ese es su objetivo: romper, sin errores ni escándalos, el vínculo con el origen de esos productos de alianzas no deseables, purificar las relaciones sociales de las progenituras no conformes a la ley familiar, a sus ambiciones, a su reputación.

El primer torno comenzó a funcionar en Ruan [ciudad del noroeste de Francia], en 1758. Está destinado a poner un freno a la antigua práctica de la exposición en los umbrales de las iglesias, de los palacetes y de los conventos, donde los niños tenían tiempo de sobra para morir antes de que alguien se ocupara de ellos. En 1811, el sistema del torno se generaliza en el marco de la reorganización de los hospicios, y para esa fecha ya se cuentan 269.

(…) En el momento de su fundación, el orfanato de Saint Vincent de Paul acogía a 312 niños; en 1740, a 3150; en 1784, a 40000; en 1826, a 118000; en 1833, a 131000; en 1859, a 76500. Esto último deja traslucir la importancia de los debates sobre el mantenimiento o la supresión de los tornos. Son partidarios del torno todos los defensores del poder jurídico de la familia. Celebran su función purgativa de los extravíos sexuales, esa especie de confesionario que registra los productos de las faltas y los absuelve a un mismo tiempo. Para paliar los peligros de

una excesiva cantidad de abandonos, proponen revalorizar la búsqueda de la paternidad instaurando un impuesto al celibato, separando claramente el registro de los individuos inscriptos en el marco familiar del de los bastardos, que podrán ser destinados a tareas en el extranjero, tales como la colonización, o utilizados para reemplazar a los hijos de familias acomodadas en el servicio militar.» (Jaques Donzelot, *La policía de la familia*)

Por otra parte, queremos señalar que hoy la misma sociedad que eleva la maternidad a una virtud casi sagrada es la misma que en la práctica niega la responsabilidad y posibilidad de las mujeres a parir y criar según otras concepciones a las impuestas. Enfrentándolas además a la denigrante violencia obstétrica, cumpliendo así el viejo mandato bíblico "parirás con dolor".

El capitalismo destruye el parto humano, destruyendo desde el comienzo el vínculo profundo entre la criatura y su madre, y de estos con sus seres más cercanos. Para hacernos individuos aislados desde el nacimiento. Es decir, desde el nacimiento se nos graba a fuego el sello de la civilización capitalista. La reducción de la natalidad conviene también a ciertas economías nacionales incapaces de mantener a raya el ejército de reserva de la fuerza de trabajo, es por este motivo que el Estado desarrolla y socializa los anticonceptivos desde los hospitales. Esto que es presentado como una libertad para las mujeres es a su vez la integración de la fuerza de trabajo de mujeres en la producción. Intensificando así la explotación general del proletariado. Aunque cabe decir que las mujeres tienen en general remuneraciones, condiciones y puestos de trabajo inferiores a los de los hombres tal como vimos anteriormente.

Para adelantarnos a las posibles respuestas que puedan partir de las sensibilidades de época en cuanto a la maternidad, advertimos que no estamos alentando a tener hijos ni a no tenerlos, estamos señalando qué significa tenerlos o no en esta sociedad capitalista. No haciendo referencia a los casos particulares sino abordando la cuestión globalmente. (Ver cuadro Maternidad)

Maternidad

La opinión dominante estima que a la mujer sin hijos le falta algo, mientras hace como si ya no fuera así, como si las mujeres fueran libres para elegir. La evolución de la familia, el declive de la figura paterna y la igualación de principio entre los sexos no han mermado el lugar siempre central de la maternidad. Simbólicamente, esta toma quizá incluso una mayor importancia. Al dejar de ser obligatoria, se vive como una "elección", y el niño se convierte en algo todavía más preciado, el objeto de atención que da sentido a la familia. La reproducción asistida, la gestación subrogada y la voluntad de un gran número de lesbianas (o en todo caso, de las organizaciones que hablan en su nombre) de tener hijos hoy en día, significan un regreso a la definición de "la mujer" mediante la maternidad. En los años 70, las lesbianas feministas se oponían —lo cual va de suyo— al hecho de que la maternidad se impusiera a las mujeres (en particular, pero no únicamente, a la prohibición del aborto que duró hasta 1975), pero también al hecho de considerar (y de que las propias mujeres llegaran a considerar) que no se es verdaderamente mujer hasta que se crían hijos, sea cual sea su origen: concepción y nacimiento "tradicionales", fecundación in vitro, reproducción asistida, gestación subrogada, incluso adopción. Ahora el deseo de niños parece evidente y cada uno debería tener el derecho de satisfacerlo, y el simple hecho de sorprenderse por ello hace que te traten como a un facho.

(…) Algunas feministas ven la causa de la dominación masculina en el hecho de tener hijos o de poder tenerlos. La inferiorización de la mujer derivaría de la maternidad, con todo lo que la acompaña. Si fuera verdad, la mujer estaría abocada a una eterna sumisión. Como en la Biblia: los hombres están condenados a trabajar y las mujeres a dar a luz con dolor a sus hijos, es bien conocido, pero se olvida que Dios agrega: «tu deseo será para tu marido, y él tendrá dominio sobre ti».

Conclusión: o bien habría que resignarse, o las mujeres no deberían volver a ser madres. El día en que la técnica permitiera que los hijos ya no salgan de una mujer, y solo ese día, podría cesar la dominación masculina. Terminada la maternidad, todo sucedería en el laboratorio… ¡No hay palabras suficientemente duras! Y tenemos razón contra el culto a la ciencia, la huida hacia adelante tecnológica, el poder de los expertos, la artificialización de la vida, el control del cuerpo femenino por la medicina… y se espera la solución de una prestación Hi–Tech quirúrgico–química. Me aflige que el feminismo, y el más radical también, pueda llegar a eso.

Gilles Dauvé, *Cuarenta años más tarde… conversación con Constance*. Se trata de una entrevista realizada en el 2015 e incluida en la edición del artículo *El feminismo ilustrado o el complejo de Diana* publicado en *Le fléau social*, nro.5–6, 1974, bajo el seudónimo Constance Chatterley. Lazo Ediciones, 2018.

Las mujeres constituyen también parte fundamental del ejército de reserva y, dadas sus características por el rol social asignado, difícilmente pueden ser reemplazadas. Cuando, por ejemplo, los jóvenes quedan sin empleo su presencia en las calles es peligrosa para la paz social debido a los conflictos y las explosiones de violencia que pueden despertar. Aun cuando no luchan, su ociosidad callejera empaña y amenaza —para la mentalidad burguesa, claro está— el paisaje de las ciudades. Las mujeres, por lo general, expulsadas fuera de la producción, van a parar a un "refugio" muy poco peligroso para el Capital, el de la familia. Si no, les espera la asignación de empleos de bajo nivel en lo que igualmente ejercerán su "condición femenina". Pero a la vez, encarnando los roles de protectoras que les da la sociedad desde que nacen, el refugio lo hacen también para los hombres, para contener la desesperación, las frustraciones y la violencia que este mundo asalariado produce.

Esta función familiar, que reproducimos hombres y mujeres en la sociedad actual, puede pensarse como un contrafactor a la desaparición de la familia. Si bien la sociedad capitalista tiene una tendencia a minar la familia, esta tendencia puede no llegar a realizarse completamente. La plena socialización del cuidado de los hijos requeriría un nivel de inversión estatal imposible. Por otra parte, el anhelo de familia es importante para la estabilidad del capitalismo.

Aparentemente en oposición, aunque en verdad como alternancia, el capitalismo ha desarrollado una creciente cosificación de la sexualidad de la mujer, en relación a la salida del ámbito de lo privado. La moral familiar se mezcla y no sin altercados con la moral plenamente mercantil.

Con el acceso masivo de mujeres al trabajo asalariado, las jerarquías al interior de la familia nuclear también cambian, con el paso del tiempo aparecen la familia monoparental y homosexual. Los hogares de un solo habitante (familia unipersonal) así como las parejas sin hijos también crecen en número. Sin embargo, **el ideal de familia nuclear sigue siendo el dominante y continúa operando como fuerza material, aunque sea como referencia, en la vida cotidiana de las personas**.

El *pater familias* Estado requiere para el mejor funcionamiento del Capital que gran parte de las relaciones sean coherentes entre sí y con su sistema social, más allá de los enfrentamientos personales y violencias intrafamiliares. Libertad, igualdad y fraternidad para asegurar el valor, el intercambio y la ganancia. (Ver cuadro Familia y Estado)

◇◇◇◇◇◇◇◇◇

En el siglo XIX, la familia deviene una institución central de la burguesía, siendo una de sus funciones "la transmisión hereditaria del patrimonio". Modelo dominante tanto para la clase con propiedades para heredar como la que no. Esta "familiarización" de la sociedad necesariamente trastoca el espacio dividiéndolo entre público y privado.

«Lo privado no es un dato espontáneo generado por lo que sería la auto–organización de la sociedad civil frente al Estado. Este último ha jugado un rol central en la construcción de la familia, como así también en la construcción de la relación salarial. Por lo tanto, la distinción privado/público no remite solo a una categoría "ideológica" que podría ser deconstruida mediante una crítica de sus mecanismos de constitución. Se trata de una división objetiva del espacio social generada por la "disociación" de las relaciones de parentesco de las relaciones políticas y de las relaciones de producción. "Disociación": esta fórmula no quiere decir que, como si se tratara de un simple juego de construcción, las relaciones, antes encastradas unas en las otras, no hicieran más que separarse.» (Antoine Artous, *Capitalismo y opresión de las mujeres*)

El carácter privado de la familia es contemporáneo a la transformación de la ciudad por el Estado de acuerdo a las necesidades del Capital. De lugar común, de espacio de sociabilidad, la calle pasará a ser un espacio monofuncional destinado solo a la circulación. El hogar sustituye a la calle y los afectos comienzan a reducirse a la familia, alejándose cada vez más de su realización en común o al menos colectiva. El Estado, es decir la clase dominante, toma el relevo de la educación de los niños y mediante el poder judicial se impone como administrador de los problemas sociales. La vida familiar se estructura. La vida familiar es ya sinónimo de vida privada. Lo cual significa, entre otras cosas, reorganizar el espacio arquitectónico alrededor de la "intimidad".

Esa misma familia enemiga de lo común no puede ser la realización de una sociabilidad superior. Quienes trabajan reciben directamente un salario, quienes no lo hacen no. El Capital concentra, por un lado, la producción social básica en el ámbito laboral asalariado y, por otro, ha separado al trabajador asalariado de la familia. Descargando en sus espaldas el peso de la responsabilidad económica de amas de casa, maridos desempleados, niños, ancianos y enfermos: en una palabra, de todos los que no perciben salarios. Quienes no procrean ni atienden a quien gana un salario son proclives a ser expulsados del hogar. **Los primeros en ser excluidos de la casa, después de los asalariados, son los niños y niñas confinados largas horas del día, cinco días a la semana diez meses al año, a la escuela**. **La familia dejó de ser no solo el centro productivo sino también el centro educativo**, organizándose así la educación obligatoria, al aprendizaje forzoso. Los viejos irán a parar al geriátrico para morir allí, y los locos, los adictos o cualquier inútil para esta sociedad a los centros de aislamiento y disciplinamiento pertinentes.

Familia y Estado

Extractos de *La policía de la familia*, Jaques Donzelot

A fines del siglo XIX aparece una nueva serie de profesiones: las asistentes sociales, los educadores especializados, los animadores. Todos ellos se reúnen bajo una misma bandera: el trabajo social. En la actualidad, estos oficios están en plena expansión. Bastante marginal a principios del siglo [XX], poco a poco el trabajador social va tomando el lugar del maestro en la misión civilizadora del cuerpo social, y los sondeos revelan que también heredó su prestigio.

(…) No están vinculados con una sola institución, sino que por el contrario se insertan como un apéndice en los aparatos preexistentes: judicial, asistencial, educativo. Pese a estar diseminados por múltiples espacios de inscripción, están unificados gracias a su ámbito de intervención, el cual abarca los contornos de las clases "menos favorecidas". En el interior de esas capas sociales, apuntan a un objetivo privilegiado, a saber, la patología de la infancia en su aspecto doble: la infancia en peligro, aquella que no gozó del beneficio de todos los cuidados de la crianza y de la educación deseables, y la infancia peligrosa, la de la delincuencia. Toda la novedad del trabajo social, toda su modernidad está ahí: en ese incremento de la atención dedicada a los problemas de la infancia, en el consecuente cuestionamiento de las antiguas actitudes de caridad, y en la promoción de un cuidado educativo sin fronteras, más orientado a la comprensión que a la sanción judicial, y dirigido a reemplazar la buena conciencia de la caridad por la búsqueda de técnicas eficaces.

(…) En torno a él, habrá de instaurarse entonces una infraestructura de prevención, destinada a desencadenar una acción educativa que pueda oportunamente mantenerlo al margen del delito. Objeto de intervención, será a un mismo tiempo, y a su vez, objeto de saber. Se estudiará minuciosamente el clima familiar, el contexto social que hace que tal o cual niño se convierta en un niño "de riesgo". El repertorio de esos indicios permite abarcar todas las formas de inadaptación, para construir un segundo círculo de prevención. El trabajo social parte de una voluntad de reducir el recurso a lo judicial y a lo penal, y se funda en un saber psiquiátrico, sociológico y psicoanalítico orientado a anticipar el drama, el accionar policial, y a sustituir el brazo secular de la ley por la mano abierta del educador.

(…) **La sustitución de lo judicial por lo educativo también puede leerse como una extensión de lo judicial**, como el refinamiento de sus procedimientos, como una ramificación infinita de sus poderes. (…) ¿O bien entraña el desarrollo descontrolado de un aparato estatal que, con el pretexto de prevenir, extendería su poder sobre los ciudadanos hasta en su vida privada, y marcaría con un hierro discreto pero no menos estigmatizante a menores que ni siquiera han cometido un delito?

◇◇◇◇◇

Inserta en esa doble red de tutores sociales y técnicos, la familia aparece como colonizada. Ya no hay dos instancias enfrentadas: la familia y el aparato, sino, en torno al niño, una serie de círculos concéntricos: el círculo familiar, el círculo de técnicos, el círculo de tutores sociales. Resultado paradójico de la liberalización de la familia, de la emergencia de un derecho del niño, de un nuevo equilibrio de las relaciones hombre–mujer: cuanto más se proclaman esos derechos, más se estrecha en torno de la familia pobre la tenaza de un poder tutelar. **El patriarcalismo familiar no es destruido sino al precio de un patriarcado de Estado**. Como prueba, la ausencia muy frecuente del padre. ¿Porque está ocupado en su trabajo? Sin duda, pero hay más, pues, cuando está presente, nueve de cada diez veces, se queda callado y cede la palabra a su esposa. Da la sensación de que su presencia tan solo se debe a la insistencia de esta última, o bien al hábito adquirido de plegarse a las convocatorias, pero sin duda no con la esperanza de tener un papel. Porque, para él, no había papel posible. Su función simbólica de autoridad ha sido acaparada por el juez; su función práctica la ha tomado el educador. Queda la madre, cuyo papel no es asfixiado, sino por el contrario preservado, solicitado. Con la condición de que se sitúe en algún lugar entre la súplica y la dignidad deferente. Es el lugar del "abogado natural" ante el poder tutelar encarnado en los jueces. En suma, una disposición que recuerda las más antiguas reglas patriarcales, con la sola diferencia de que el padre ha sido reemplazado por el juez y los parientes por los mentores sociales y técnicos. El tribunal de menores: una forma visible del Estado–familia, de la sociedad tutelar.

La separación de niños y adultos es parte vital de la separación de mujeres y hombres, de la separación del ser humano de sí mismo. **Quienes elevan la heterosexualidad al rango de religión, la paternidad y la maternidad a obligación de la especie, al mismo tiempo que dictan sus postulados morales hacen muy difícil en la práctica que los hombres y las mujeres, niñas y niños estén en contacto unos con otros, física o emocionalmente**. Se desprecian las relaciones entre hombres y mujeres y de estos con "sus" niños excepto como intercambio, disciplina y reproducción de la separación.

El capitalismo es el primer modo de producción en el cual los niños de los explotados son enteramente disciplinados y educados en instituciones organizadas y controladas por la clase que les domina. Es evidente que cada escuela es un centro de disciplina ideológica y formación de la fuerza de trabajo. **La escuela junto a la familia y el trabajo son compartimentos necesarios para la organización total de esta sociedad**. Tanto es así, que el paso de uno a otro de estos compartimentos es doloroso. Y este dolor no puede eliminarse remendando las relaciones entre un gueto y otro sino únicamente destruyendo cada uno de ellos.

Pero en el reino del Capital no todo es un cuento de hadas. Los niños se resisten a ser educados en escuelas, como los adultos se resisten a trabajar aunque lo hagan, aunque posean una dobleconciencia sobre ello.

Esta ridícula sociedad que ha desarrollado la infancia tal como la conocemos, a su vez la considera una patología que se supera con la llegada de la adultez. Del mismo modo que idealiza al niño lo ve de una manera despectiva, del mismo modo que dice quererlos y mimarlos los envía a instituciones que son prácticamente cárceles.

«Niño desarmado, figura recurrente de una literatura que no siempre comporta buenos sentimientos, niño lunar, habitante de otro planeta, *principito* de cuya boca solo sale la verdad, niño angelical, depositario provisional de lo mejor de la humanidad… incluso en los libros hace ya mucho tiempo que no se puede comer a los niños. La descentralización de la sociedad sobre la familia crea el estereotipo positivo del niño–dios, imponiéndole de forma progresiva la fragilidad, la complejidad y el misterio. Por oposición, la sociedad califica de irregular a toda familia que no gravita en torno a su descendencia. Así se convierte el niño en síntoma, pretexto, rehén y moneda de cambio en las operaciones de reorientación y reeducación llevadas a cabo por las instituciones. La atomización de la sociedad en familias corresponde a la aparición de la infancia como problema y a la emergencia de una infancia "inadaptada" cuyas irregularidades son una categoría particular en los límites establecidos por los aparatos del Estado.» (Philippe Meyer, *El niño y la razón de Estado*)

«El Grillo, que se aparece cuando Pinocchio se encuentra solo en casa de su "padre" Gepetto, luego de que este fuera apresado por su culpa, advierte al muñeco que quienes se rebelan contra la autoridad paterna y abandonan el hogar "no conseguirán nada bueno en este mundo, y, tarde o temprano, tendrán que arrepentirse amargamente". Pinocchio le explica que quiere irse porque de lo contrario le pasará lo mismo que a todos los niños: ser enviado a la escuela y forzado a estudiar: "Y, en confianza, te digo que no me apetece estudiar y que me divierto más subiendo a los árboles a coger nidos de pájaros". El Grillo, tras reprenderlo, le sugiere que al menos aprenda un oficio con el cual ganarse honradamente el pan. Pero el trabajo (palabra cuyo origen se encuentra en la expresión latina "tripalium", que designaba una especie de yugo usado como instrumento de tortura) tampoco entra en los planes del muñeco, quien declara que "entre todos los oficios del mundo solo hay uno que me apetezca de verdad (…) El de comer, beber, dormir, divertirme y llevar, de la mañana a la noche, la vida del vagabundo". Este diálogo, en que el Grillo había partido por invocar que vivía en esa habitación desde hace más de cien años, culmina con la muerte del insecto, que tras decirle a Pinocchio que "todos los que tienen ese oficio acaban, casi siempre, en el hospital o en la cárcel" y que le causaba pena por tener la cabeza de madera, recibe un mazazo lanzado por el muñeco, que "quizá pensó que no le iba a dar; pero desgraciadamente, lo alcanzó en toda la cabeza" (a pesar de su muerte, el Grillo vuelve a aparecerse varias veces más a lo largo del relato, sobre todo en los momentos de arrepentimiento del muñeco).» (Julio Cortés, *Las aventuras de Pinocchio, o la fábula de la victoria de la socialización represiva sobre la resistencia infantil*)

Perlas de la burguesía

Extractos de *Tradición familia propiedad. Un ideal, un lema, una gesta: La cruzada del siglo XX*, AA.VV.:

"Tradición, Familia y Propiedad" no es, por tanto, un lema cualquiera. Es el lema anticomunista por excelencia, que atrae las simpatías de todos aquellos que aman la civilización cristiana, y provoca aversión, cuando no odio, en todos aquellos que, en mayor o menor grado, se han dejado infectar por el virus del comunismo.

1. La tradición

Tradición viene del latín *tradere*, que significa transmitir. Se llama tradición —verdadera tradición— al conjunto de realizaciones que una generación lleva a cabo —en el sentido de su propia elevación espiritual, religiosa, moral, cultural y material— y comunica a la siguiente. En ese sentido, tradición es sinónimo de progreso. Progreso condensado que se transmite de una generación a otra.

2. Tradición y familia

La tradición solo encuentra su plena explicación a la luz de la noción de familia. Si no hubiese familia, no habría tradición. Y en todos los lugares en que florece pujante la vida de familia, quedan impregnadas de tradición las costumbres públicas y privadas, la cultura y la civilización.

Incluso en instituciones como una orden religiosa, una universidad, una empresa privada, un gobierno, una administración, etcétera, las tradiciones solo se establecen y perpetúan cuando en ellas se forman, por así decir, familias de almas que, siempre renovándose, mantienen sin embargo un norte de progreso rumbo a un fin elevado.

«No se negará ciertamente la existencia de un substrato material en la transmisión de los caracteres hereditarios (…) Pero lo que más vale es la herencia espiritual, transmitida no tanto por medio de esos misteriosos lazos de la generación material, cuanto por la acción permanente del privilegiado ambiente que constituye la familia; por la lenta y profunda formación de las almas en la atmósfera de un hogar rico en altas tradiciones intelectuales, morales y, sobre todo, cristianas.» (Pio XII, (Alocución del 5 de enero de 1941)

(…) Pero, se podrá preguntar, ¿no se opone esa concepción a la democracia? Pío XII parece haber previsto la objeción al decir: «Según el testimonio de la Historia, allí donde vive una verdadera democracia la vida del pueblo se halla como impregnada de las más sanas tradiciones, que es ilícito derribar. Los representantes de esas tradiciones son, ante todo, las clases dirigentes, o sea los grupos de hombres y mujeres o asociaciones que, como suele decirse, dan el tono a un pueblo, a una ciudad, a una región o a un país. De ahí que en todos los pueblos civilizados existan instituciones eminentemente aristocráticas en el sentido más elevado de la palabra, como son algunas academias de vasto y bien merecido renombre.» (Pio XII, Alocución del 16 de enero de 1946)

Pero, se podrá decir también, ¿no conduce dicha concepción de tradición y de familia a una sociedad escalonada en clases diferentes? Sí, efectivamente. Una vez más es Pío XII quien lo afirma: «Inevitables son las desigualdades sociales, aun las que van ligadas al nacimiento: la naturaleza benigna y la bendición de Dios a la humanidad iluminan y protegen las cunas, las besan, pero no las igualan.»

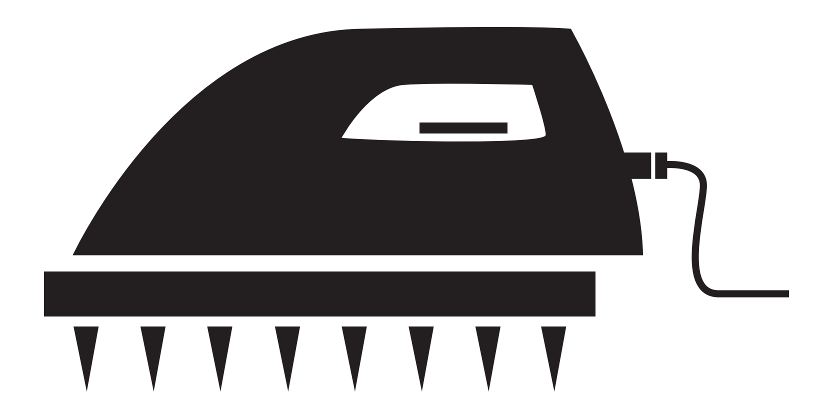
(…) Si la familia genera por sí la tradición y la jerarquía social, es menester, pues, para abolirlas, depauperar, debilitar y reducir a harapos a la familia. Es lo que conscientemente procuran hacer los comunistas, a fin de implantar el igualitarismo más radical, principio supremo de su filosofía.

3. Tradición, familia y propiedad

Acumular un patrimonio para transmitirlo a los hijos como herencia es un deseo natural de los padres. Negar la legitimidad de ese deseo es afirmar que el padre está para su hijo como para un extraño, es destruir la familia. Sí, la herencia es una institución en la cual la familia y la propiedad se abrazan. Y no solo la familia y la propiedad, sino también la tradición.

En efecto, entre las múltiples formas de herencia, no es la más preciosa la del dinero. La herencia —como se observa habitualmente— fija muchas veces en una misma estirpe, sea ella noble o plebeya, ciertos trazos fisonómicos y psicológicos que constituyen un eslabón entre las generaciones, testimonio de que de algún modo los antepasados sobreviven y continúan en sus descendientes.

Corresponde a la familia, consciente de sus peculiaridades, destilar a lo largo de las generaciones el estilo de educación y de vida doméstica, así como de actuación privada y pública, en que la riqueza originaria de sus características alcance su más justa y autentica expresión. Este progreso, realizado en el transcurso de los decenios y de los siglos, es la tradición.



MONOGAMIA SERIADA

La monogamia, aunque no funciona en la gran mayoría de las relaciones humanas, paradójicamente, es un modelo a cumplir en vastas regiones del planeta. El mandato monogámico es difundido, impuesto y buscado por la misma sociedad que no puede llevarlo a la práctica. El adulterio es difundido y a su vez moralmente censurado, pudiendo considerarse un delito. La infidelidad es medida en la moneda de curso legal de cada país y en un divorcio puede solicitarse un resarcimiento económico por "daños". **Que la obligación monogámica sea un fracaso es un secreto a voces, sin embargo, en las culturas donde domina, los seres humanos continúan juntándose o más bien separándose de dos en dos**.

Hablamos de un pacto entre dos personas de exclusividad afectivo–sexual y estable. Aunque sea abrumadora la evidencia de que los humanos somos propensos a tener múltiples compañías sexuales, por no hablar de nuestra capacidad para mantener muchas y diferentes relaciones afectivas. La monogamia no es natural en los seres humanos. Cuando se dice que esta surge del amor recordemos que los primeros matrimonios no tenían nada que ver con el amor. Cuando se buscan argumentos biológicos cabe recordar que siempre son ideológicos, como la conjetura de la larga infancia de las crías humanas, donde se intenta argumentar que es razonable que una pareja dispuesta a criar a sus hijos tiene mayores posibilidades de alcanzar el éxito reproductivo. Sin embargo, una pareja puede criar sus hijos y no por ello deberse exclusividad de ningún tipo. No olvidemos también que la propia comunidad puede velar por el crecimiento de las crías y por lo tanto de la especie. Pero impuesta la comunidad del dinero que no permite ninguna otra a su alrededor, la posibilidad se deshace hasta en nuestro imaginario. En esa comunidad del dinero habitan cantidad de subcomunidades: la patria, equipos deportivos, subculturas estéticas y políticas. La familia, con sus características y jerarquía social, es una de ellas, y representa muchas veces un refugio, falso, frente a las demás. Es quizás la necesidad de vínculos comunitarios la que pone a la familia en un lugar de contención y afecto, aunque a menudo sea todo lo contrario. La pareja cumple una función más o menos similar y por ello a millones de personas se les va la energía vital de sus días en la búsqueda, mantenimiento, padecimiento o añoranza de una pareja.

El modelo de relacionarse que aquí criticamos es uno más entre tantos, pero es el dominante en Occidente porque ha sido y es muy favorable al modo de producción actual. **Si bien en las últimas décadas otras maneras, que claramente no ponen en peligro el sistema, van ganando terreno, la pareja monogámica sigue siendo enormemente predominante**. Incluso frente al declive del "matrimonio para toda la vida" y del aumento de los divorcios.

«Ahora bien, el hecho de que se disparen las tasas de divorcios y se generalice la aventura amorosa no quiere decir que el matrimonio como institución esté en crisis, ni mucho menos. Además, a pesar de que algunos consideren la situación actual como una revolución histórica tan alteradora, amplia e irreversible como la Revolución Industrial, el divorcio sigue considerándose un fracaso y la mayoría de la población sigue aspirando a una pareja duradera, todo lo cual, dentro de esa ideología romántica que percibe al individuo sin pareja como carencial, influye negativamente en aspectos muy diversos de la vida, por ejemplo, en la no normalización de la crianza compartida en los casos de separaciones con hijas/os.» (Mari Luz Esteban, *Crítica del pensamiento amoroso*)

La búsqueda de *la media naranja*, que socialmente nunca llega a desmitificarse, aparece vapuleada cantidad de veces, sea en los discursos del existencialismo liberal o en los despechos de las personas divorciadas, pero la monogamia permanece sólidamente erguida.

Aunque se sospeche que el problema está en esta manera de relacionarse, las personas transitan de una relación monógama a otra. Los efectos dañinos propios de la forma pareja son cargados sobre el otro en cuestión y/o sobre uno

mismo, esperando poseer una mejor oportunidad para la próxima o a la persona supuestamente indicada, a saber, el príncipe azul o la princesa que nunca llegan.

El trasfondo de esta realidad que se presenta como fracaso individual, fracaso de una pareja en particular, es menos novelesco, menos personalmente dramático, es simplemente social: una pareja es un contrato, formal o informal, entre dos individuos, con derechos y deberes. Es la forma en que suele comprenderse el aspecto afectivo y sexual humano en esta sociedad capitalista.

El culto a la virginidad femenina: Moral y propiedad

En la Santa Biblia, más precisamente en Deuteronomio, 22:28–29, puede leerse: «Si un hombre encuentra una doncella virgen, la cual no esté prometida, y la arrebata y duerme con ella, y son descubiertos, entonces el hombre que se acostó con ella deberá ofrecer al padre de la doncella 50 siclos de plata, y ella deberá tomarse su esposa.» **Este tipo de ley protegía los derechos de propiedad de los hombres en relación a "sus" esposas e hijas**. **Una relación entre hombres a través de mujeres consideradas como cosas**.

Esta ley afirmaba que una joven soltera y desvirgada ya no era un bien económicamente valioso, y por tanto su padre debía ser resarcido. En cuanto a la exigencia legal de que el hombre causante de este problema económico desposara la chica, en una sociedad donde los maridos prácticamente poseían poder ilimitado sobre sus esposas, tal boda forzada difícilmente puede considerarse con alguna preocupación por la felicidad de la joven. Al contrario, esa punición se destinaba a proteger la economía masculina: como la joven se tornó una mercancía invendible en el mercado, no sería justo continuar sobrecargando al padre con ella.

No estamos asegurando que en el pasado las cosas hayan sucedido precisa y absolutamente de esta manera. Pensemos por un momento en la sociedad actual y cómo las leyes son necesariamente burladas para poder sostener la misma sociedad que las crea. Si dentro de miles de años investigaran a través de reglamentaciones y códigos civiles y penales cómo sobrevivimos en la actualidad solo podrían conocer una parte de nuestra historia. Sin embargo, la sociedad crea la ley no a imagen de sí misma sino de una imagen falsa, depurada de ciertos rasgos que intenta esconder. De todos modos, esa imagen pesa fuerte, especialmente sobre quienes no hacen las leyes, es decir los excluidos, explotados y oprimidos de cada época.

Y como la ideología dominante es la ideología de la clase dominante hasta que esta no sea destruida, los mismos dominados aplastados por la ley reproducen los valores de la sociedad. Hacen suyas las leyes, costumbres, tradiciones y mandatos divinos. **A menudo las reglas más eficientes para mantener el orden socioeconómico no son percibidas como leyes propias de quienes se benefician de este orden sino al contrario como leyes naturales, morales, justas y responsables, incluso como la palabra de dios**.

Estas leyes reguladoras de la virginidad femenina que hemos heredado se destinaban a proteger transacciones básicamente económicas entre los hombres. Exigiendo compensación para el padre, si la acusación contra la mujer era comprobadamente falsa, la ley ofrecía punición por falsa difamación de la reputación del hombre, honesto mercader. Ella ofrecía también al padre otra protección; si la acusación era falsa, la mercancía en cuestión (su hija) jamás podría ser devuelta. Por otro lado, permitiendo que los hombres de la ciudad apedrearan a la hija hasta la muerte, si la acusación resultaba verdadera, la ley protegía también al padre. Como la prometida deshonrada no podía ser revendida, se procuraba la destrucción de este bien ahora imposible de intercambiar.

Así, **la violación hace referencia a un delito de tipo sexual, pero el mismo término es empleado para hablar de una transgresión a la propiedad privada**. **No es casual la noción de "violación de la propiedad privada"**. El verbo latino *rapere* significa tomar por la fuerza y es la raíz de *rape* (*violación* en inglés). Empleada originalmente para el secuestro de una mujer contra su voluntad o la del hombre bajo cuya autoridad vivía. Allí la agresión sexual ni siquiera era un elemento necesario. El crimen se hallaba contra el hombre propietario de la secuestrada. De modo que las leyes obligaban a una compensación económica por parte del violador a la familia de la mujer, cuyos "bienes" habían sido violados.

Hoy la situación no es tan diferente.[31] El culto a la virginidad femenina no es un mandato tan potente como hace siglos, al menos en diferentes grupos humanos a lo largo del globo, a cierta edad la virginidad hasta es percibida como una carga o una vergüenza ante los demás. Coexistiendo aun con la supuesta honradez obligatoria de preservar la virginidad. **Del mismo modo que la fidelidad monogámica, esta es constituida por un discurso moralizante que no se condice con los hechos reales**.

Es viejo como la biblia culpar a la joven violada tal como machaca la opinión pública señalando supuestos motivos (¡falsos!) como el horario, la zona, la vestimenta, la actitud de la persona violada. En Deuteronomios 22:14 se recomienda: «Los apedrearéis hasta que mueran. A la joven

31 Recomendamos: *La cultura de la violación* en el boletín *La Oveja Negra* nro.48.

por no haber pedido socorro en la ciudad, y al hombre por haber violado a la mujer de su prójimo.»

De la misma manera, las leyes bíblicas del adulterio, exigiendo la muerte tanto del adúltero como de la adúltera (Levítico 20:10–21), proporcionaban la punición de un ladrón, el hombre que "robó" la propiedad de otro hombre y la destrucción de una mercancía dañada, es decir, la esposa que trajo la deshonra al marido. Así también se mantiene la privación de comunidad organizando a los seres humanos de dos en dos, en familias y ligados a través del comercio y la desconfianza.

En Hebreos 13:14 puede leerse: «Honroso sea en todos el matrimonio y el lecho sin mancilla; pero a los que cometen inmoralidades sexuales y a los adúlteros los juzgará Dios» que es como decir "los juzgaremos quienes hacemos las leyes en su nombre o en nombre de un bien supremo", en nuestro caso la sociedad democrática y capitalista.

Pero esa doble moral, esa hipocresía permanente no puede ser explicada completamente por las represiones religiosas o la moral oscurantista. Si los padres enseñaban a sus hijas a preservarse y a la vez alentaban las hazañas amorosas de sus hijos varones, se debe a que sus intereses estaban comprometidos en el juego de las alianzas matrimoniales, en el cual la capacidad contractual de una familia y, por lo tanto, su poder, era tanto más grande cuanto más preservadas estuvieran sus hijas y cuanto menos lo estuvieran las de las demás familias.

Monogamia y propiedad privada

> «Para que sepan todos a quien tú perteneces / con sangre de mis venas te marcaré la frente / Para que te respeten aún con la mirada / Que sepan que tú eres mi propiedad privada.»
> (Modesto López Otero, *Propiedad privada*)

La única fidelidad que guarda la monogamia es con la propiedad privada y son por tanto indivorciables. Para comenzar a traspasar la herencia a los hijos se debió asegurar la descendencia y aquí la pareja monógama resultó imprescindible.

El matrimonio es una institución reconocida por la ley. Un vínculo conyugal interindividual, es decir, un contrato entre dos individuos presupuestos libres e iguales. **Nos encontramos nuevamente con seres humanos relacionándose a través de cosas y finalmente relacionándose como cosas**. A la apropiación privada sobre los bienes materiales, le sobreviene la noción de la pareja como propiedad. La exclusividad sexual y afectiva propias de la monogamia son sentimientos de posesión hacia la otra persona. Por su carácter dominante, cabe aclarar que cuando hablamos de monogamia, no nos referimos solo a quienes mantienen este tipo de relaciones, sino a la cultura monógama en la que estamos inmersos y que nos afecta, mantengamos este tipo de relación o no, sea por elección o por imposición de las circunstancias.

La fidelidad forzada, los celos y la posesividad, en este mundo invertido, son muestras de afecto, expresiones del amor. Un amor romántico que es la otra cara de una transacción. **Cuántas veces una pareja es un intercambio entre dos unidades de producción de afecto, de sexo, de favores, de simple compañía**. **Se da exigiendo algo equitativo a cambio**. No se actúa desinteresadamente, sino con vistas a percibir una retribución. La casa de cambio percibe como bienes costosos el cariño, el apoyo y los encuentros sexuales ¡cuando estos no se gastan al compartirlos sino que se multiplican cuantitativa pero también cualitativamente!

La posesividad hacia la pareja se corresponde con el miedo a perder lo invertido, y quedarse en desamparo afectivo o económico, o simplemente fuera de la normalidad exigida. Es de esperar que si se apuesta todo a una sola persona cuando la pareja se termina se derrumba toda una empresa de vida. Este miedo vuelve a los cónyuges egoístas, inseguros, agresivos y calculadores, ya no solo frente a la pareja sino ante el mundo.

«El celoso necesita una esclava, el celoso puede amar, pero el amor que siente no es más que la contraparte lujuriosa de sus celos; el celoso es ante todo, un propietario privado.» (Karl Marx, *Acerca del suicidio*)

Hoy generalmente se visibiliza la violencia doméstica, pero no para ponerle fin sino para gestionarla. Y pocas veces se hace referencia al "amor" entendido como propiedad privada. Se habla de problemas personales, de celos, se nombra alguna patología, se deja entrever la posición social del atacante, se enuncia algún eslogan feminista. Se presentan como experiencias particulares y aisladas, aún bajo la categoría "violencia de género". Pero **no es ninguna casualidad que la mayoría de los denominados "femicidios", sean cometidos por parejas o exparejas de las asesinadas cuando estas quieren poner fin a la relación o no quieren restituirla**. Tampoco es ninguna casualidad que los asesinatos de mujeres así como los de hombres y las agresiones (sean o no sexuales) sean cometidas mayoritariamente por hombres del entorno cercano y familiar a las personas dañadas, en el ámbito doméstico y no en la calle.

Para mantener esta cultura de la posesión y el miedo no es necesario llegar al crimen. El rencor hacia los demás y hacia sí mismo, la represión sexual y afectiva cotidianas que conlleva la monogamia, la sospecha permanente, la mentira, el odio y el padecimiento son pilares fundamentales de la normalidad que sufrimos. La burla y la exclusión social que significa no tener pareja monógama, también participa

en ello. Quien a cierta edad cumplida no se encuentra en pareja o no formó una familia ha de considerarse un fracaso o una persona con muy poca suerte en la vida.

Pero **se trata de algo más que de opiniones y susceptibilidades, en esta sociedad se "penaliza" económicamente a las personas solteras**. Los jóvenes que se marchan del hogar paterno en busca de "independencia", pueden vivir poco tiempo con amigos en su etapa estudiantil o antes de "madurar" como la sociedad manda. Pero a la hora de sentar cabeza y formar una familia, la "independencia" solo es posible en pareja. Económicamente es inviable para una pareja conformada por proletarios sostener dos casas, más allá de los mandatos sociales que obligan a asentarse de ese modo. El Estado premia, por ejemplo, la monogamia reglamentada con beneficios crediticios.

El mandato oficial establece entonces —al menos en "nuestros" países— como forma aceptable, deseable y a fin de cuentas como el único posible, la relación humana monógama, bajo un paradigma basado en el amor romántico. Las personas sienten la imperiosa necesidad de establecerse dentro de algún vínculo de pareja, presuponiendo que la posibilidad de una relación saludable es factible solo entre dos personas. A menudo todo esto no se piensa, simplemente se hace, así es como funciona el mantenimiento del orden dominante.

Simplemente actuamos de acuerdo al mundo en que vivimos, a nuestras condiciones de vida como individuos separados, lo cual explica que los intentos de romper con la monogamia a fuerza de voluntad, pensamiento e ideología fracasen o generen múltiples monogamias. Para romper con la monogamia hay que romper al mismo tiempo con las relaciones sociales que nos reducen a individuos.

Amor romántico y liberalismo amoroso

En una sociedad que destroza la aventura, la única aventura es destrozar la sociedad. El conformismo evita que esto suceda y hay una propaganda burguesa que colabora en ello, aquella que presenta al amor como una de las pocas aventuras posibles, sino la única.[32]

Y nos referimos aquí a lo que se conoce como amor romántico. Por amor puede comprenderse, a grandísimos rasgos, un sentimiento relacionado con el afecto, la empatía y el apego. **El amor romántico se restringe a ser uno de los modelos de amor que fundamenta el matrimonio monogámico**. Es el amor idealizado que se ve reforzado segundo a segundo por la cultura de masas: películas, novelas, canciones, poesías, publicidades cantan sus loas al amor romántico.

«Gracias al impresionante desarrollo de la comunicación de masas en el siglo XX el amor romántico ha experimentado un proceso de expansión paulatina hasta instalarse en el imaginario colectivo mundial como una meta utópica a alcanzar, cargada de promesas de felicidad. Esta utopía emocional colectiva está preñada de ideología pese a que se presenta fundamentalmente como una emoción individual y mágica que acontece en lo más profundo del interior de las personas.» (Coral Herrera Gómez, *La construcción cultural del amor romántico*)

El amor es sin duda difícil de definir y tampoco se encuentra entre los objetivos de estas páginas, y quizás no sea un objetivo deseable.

Frente al amor romántico y la dependencia afectivo–sexual asociada a una persona a la vez hay otra opción igual de funcional y acorde a la mentalidad capitalista de las últimas décadas: el liberalismo sexual, y hasta afectivo. **Del mismo modo que falsamente se presenta al ocio frente al trabajo puede presentarse la seudoaventura del adulterio frente a la rutina monogámica**. En contraste a la rigidez de ciertas concepciones clásicas capitalistas el liberalismo se presenta como libertad, como ruptura con el pasado, y no es más que capitalismo para otros tiempos y otras especificidades.

Es el mismo discurso liberal que critica toda interdependencia humana para exaltar el individuo. Un individuo presentado como alguien carente de necesidades de cuidados y libre de responsabilidades para con los demás, pues nada debe limitar su plena disponibilidad y flexibilidad para el mercado.

En tiempos en los que el proceso de individualización llega hasta límites insospechables, la extensión de los valores modernos de autonomía personal, de libre elección de la pareja (siempre sobre la base del amor romántico), implican también su contracara: la libertad de cortar los vínculos cuando el amor se acaba, cuando el costo personal de la convivencia conflictiva supera cierto umbral, o por simple capricho individualista. La supuesta igualdad entre hombres y mujeres, de la que las mujeres se beneficiarían por la relativa autonomía económica lograda, hace que la libertad sea mayor y que las mujeres también puedan poner fin a vínculos opresores e indeseados. Este proceso de igualación y liberación suena demasiado al ya reflexionado proceso de economización y enajenación de la vida que expusimos en los números 9 y 10 de Cuadernos.

32 «Conviene observar hasta qué punto la imagen del amor elaborada y divulgada por esta sociedad está emparentada con la droga. Tal pasión se reconoce inicialmente en cuanto rechazo de todas las demás pasiones; luego se ve frustrada, y finalmente no se reencuentra más que en las compensaciones del espectáculo dominante.» (Guy Debord, *Perspectivas de modificación consciente de la vida cotidiana*)

En la sociedad capitalista nos relacionamos unos con otros como individuos aislados, como unidades de producción aisladas. Es en esta privación de hallarnos como seres particulares y a la vez sociales donde se impone el mito del "propio interés". Este mito fundamental machaca con que cada ser humano es movido por su propio interés que lo llevaría a coincidir con el interés de los demás y de ese modo se cristalizaría la sociabilidad humana. Parafraseando a Adam Smith podríamos decir que no es la benevolencia ni la intención de goce común lo que se espera en un momento de placer liberal, sino la preocupación del propio interés de cada amante. No dirigiéndose a su humanidad sino a su amor por sí mismos, hablándole no de nuestras necesidades comunes, sino de sus ventajas individuales.[33]

El lenguaje del intercambio se impone en todos los ámbitos de nuestra vida. Y hace que no importe el goce común o reparar en los sentires de la otra persona, mientras cada uno consiga su pobre placer individual y la mano invisible ordene las miserias de cada uno. **Frente al despotismo del matrimonio: la flexibilidad liberal de mercado, el *laissez faire* amoroso**.

Este libre hacer amoroso se presenta la más de las veces como contrapuesto al orden moral dominante, no logrando captar que es una actualización o alternancia del mismo, constituyendo una moral distinta, pero moral al fin. Cuando las relaciones (ya sean de amor libre, monogámicas o una mezcla de ambas) se transforman en mercancías, todo orden moral es revocable. Así, el ámbito subjetivo no escapa a la socialización capitalista, no puede pensarse que existe un "afuera del Capital y sus relaciones sociales" tampoco en el llamado ámbito privado. Como tantas otras veces, el Capital mismo disuelve un orden moral, lo reinventa a sus propias necesidades.

En el dominio de las mercancías, de lo estandarizado e intercambiable, el encuentro de lo otro, lo diverso (otros seres, otros deseos, otros sentidos) es erosionado. Una vez más: prevalece la igualdad de los individuos aislados y la libertad egoísta del propio interés.

Así, los vínculos capitalistas tienden a reducir al otro a espejos de sí mismos, a objetos sexuales de consumo personal, donde la sexualidad es rendimiento y la seducción una cantidad a poner a circular. Cuerpos cosificados, expuestos, mercancías. Aquí no hay encuentro con otro, hay consumo de otro. **Sin la dimensión del otro, distinto, no hay campo posible a otro modo de vincularnos, de amar, de encontrarnos sexualmente**. Tarea necesaria, aunque incompleta en esta sociedad que merece ser destruida.

En este totalitarismo mercantil y narcisista no hay soluciones parciales. Y así como el movimiento revolucionario no opone ante la fe religiosa un elitismo cientificista o ante las guerras capitalistas un pacifismo aclasista, tampoco frente al chaleco de fuerza de la monogamia opone la prisión a cielo abierto del liberalismo "afectivo".

33 «No es de la benevolencia del carnicero, del cervecero o del panadero de lo que esperamos nuestra cena, sino de su preocupación por su propio interés. No nos dirigimos a su humanidad sino a su amor por sí mismos, y no les hablamos de nuestras necesidades, sino de sus ventajas», decía Adam Smith. Ver *El mito del «propio interés»* en Cuadernos de Negación nro.9.

HETERO Y HOMO

> «A estas alturas ya debe estar bastante claro que no nos oponemos en modo alguno a las llamadas "perversiones". Ni siquiera nos oponemos a la monogamia heterosexual de por vida.»
> (Gilles Dauvé, *Por un mundo sin orden moral*)

La Organización Mundial de la Salud eliminó la homosexualidad de la lista de enfermedades mentales el 17 de mayo de 1990. Hoy este es el día contra la homofobia, la bifobia y la transfobia. Este dato no dice de qué manera se comportaba la sociedad antes o después de 1990, sin embargo, es un dato significativo. Desde el punto de vista legal, la discriminación entre ciudadanos formalmente iguales cae bajo el peso de la ley: ya no es la homosexualidad lo que se condena sino la homofobia. Pero el punto de vista de la Ley, como el de la medicina, no explican la totalidad de la realidad social ni da cuenta de cómo se comporta la sociedad toda.

El matrimonio homosexual se ha convertido gradualmente en ley y la presión heteronormativa disminuye, aunque sin desaparecer. Pero una sexualidad "no separada" del resto de actividades humanas sigue siendo tan difícil de imaginar como un mundo donde ya no existe lo que se llama "trabajo".

Casi la totalidad de quienes habitamos este planeta somos socializados en la normalidad heterosexual. Mediante la familia, la medicina, la psicología, el arte, la educación, la religión y la ley se presenta la heterosexualidad como un hecho dado. Esto se sostiene día a día en el trato cotidiano con estigmatización, invisibilización, burla y persecución. La situación va cambiando. En los últimos años en distintos países no se presenta como el único modelo válido de relación sexoafectiva y de parentesco, aunque sí aún como el dominante. Esto queda expuesto en la posibilidad de matrimonio entre personas del mismo sexo en algunos países, en la aparición abierta (y ya no solo en tono de burla) de homosexuales en los medios masivos de comunicación y de una creciente tolerancia (a veces exenta de comprensión). En última instancia la "normalidad" es la normalidad del Capital.

Repetimos, en determinados países e incluso ciudades. El pesado lastre de legitimar y privilegiar la heterosexualidad y las relaciones heterosexuales como fundamentales y naturales dentro de la sociedad durante tanto tiempo no se destruyen de la noche a la mañana con leyes y mensajes publicitarios, incluso allí donde estas "novedades" son impuestas por empresas y gobiernos.

El orden burgués ya no ve como amenaza a la familia las sexualidades "no reproductivas": homosexualidad,



lesbianas, prostitución, masturbación y adulterio. **Principalmente porque ha sabido volverlas productivas y reproductivas de la sociedad capitalista**. No simplemente ayudando a parejas no heterosexuales a reproducir a la especie con artimañas tecnocientíficas.

Las familias tradicionales caen en desuso y el declive de la natalidad es cada vez más patente.[34] Nuevas formas de familia aparecen, y desde el punto de vista del Capital, no es necesario ser una familia "con papá y mamá" para criar hijos, educarlos, prepararlos para la escuela y posteriormente el trabajo, es decir, integrarlos en la sociedad existente. El capitalismo ha desarticulado a la familia para reconstruirla como una asociación de individuos.

El modelo dominante de pareja, ampliamente heterosexual, se presenta como modelo incluso para parejas no heterosexuales. Entonces los celos, los roles, el matrimonio y la rutina de la dependencia no son ya privativas de la heterosexualidad.

La asignación de roles según la división heterosexual del trabajo está completamente ligada a lo que ya vimos sobre el trabajo doméstico y sus múltiples implicaciones.

«En las sociedades capitalistas contemporáneas se concibe como destino la vida heterosexual de las personas. El sentido de la vida con mayor o menor carga de romanticismo, según la cultura de la que se trate, es vivirla en pareja. Pareja de cuerpos sexuados distintos, preferentemente. Más allá de la construcción mediática de eso que occidentalmente se llama "amor" como realización personal, es pertinente observar cómo la pareja heterosexual resulta tan funcional pues el destino de pareja será producir y reproducir. He ahí la familia construida por el mundo del Capital.

Si se trata de parejas del mismo sexo, la solución liberal actual a su cuestionamiento implícito de la heterosexualidad, es reconocer su existencia mientras se cumplan los mandatos de la construcción social de una familia es decir, mientras a partir de esa pareja se cumplan labores socialmente asignadas útiles a la producción y reproducción.

(…) De esta forma, el sistema de producción determina modos de vida, la vida en familia que a su vez es el lugar del trabajo reproductivo. Así, resulta acertada la convención social de que la familia es el núcleo de la sociedad (y del sistema económico y político), y en este punto es posible observar cómo la heterosexualidad es el núcleo de la familia.» (Patricia Vergara Sánchez, *Sin heterosexualidad obligatoria no hay capitalismo*)

Pero hay una gran paradoja, la heteronorma dominante en lo sexo–afectivo no se aplica a la totalidad de las relaciones humanas sino al contrario.

«**El Capital, que eleva la heterosexualidad al rango de religión, hace al mismo tiempo imposible en la práctica que los hombres y las mujeres estén en contacto unos con otros, física o emocionalmente**. **Socava la heterosexualidad excepto como disciplina sexual, económica y social.**» (Mariarosa Dalla Costa, *Las mujeres y la subversión de la comunidad*)

La división del trabajo, pero también la educación impartida a los niños, el deporte y la convivencia en todos los espacios de normalidad capitalista son ya un marco homosexual de vida. O para decirlo con mayor precisión deberíamos llamar *homosocial*, lo que describe la preferencia por relaciones sociales con personas del mismo sexo, excluyendo las relaciones románticas y sexuales. La heterosocialidad es dejada a un lado en las complicidades femeninas o masculinas. Así los hombres se comportan entre sí de un modo diferente que con las mujeres y viceversa. Lo cual dificulta un encuentro real entre seres humanos.

Las "hermandades masculinas" están cohesionadas por un fuerte deseo y erotismo homosexual en perfecta concordancia con los mandatos de heterosexualidad obligatoria. Por ello, cuando su homosocialidad se asume como homosexualidad solo explicita de forma física un vínculo ya dado de fraternidad excluyente. Las lesbianas por su parte, suelen ser rechazadas e invisibilizadas por la preeminencia masculina, excepto como objeto pornográfico.

Las mujeres también se refugian por normalidad e incluso por protección o impulso combativo en "hermandades femeninas". La reciente popularización de la noción de sororidad (del latín *soror*, *sororis*, hermana) en opocisión a fraternidad (del latín: frater, hermano) es muy significativa. Surgida de un mundo hostil hacia las mujeres busca relaciones y alianzas para contribuir con acciones específicas a la eliminación social de ciertas formas particulares de opresión, pero a su vez al igual que las "hermandades" que reproducen la normalidad capitalista, da por sentada la división sexual de la sociedad y divide responsabilidades expulsando una parte hacia un exterior masculino, obstaculizando la posibilidad de un cambio de raíz y ocultando los problemas como relación social para presentarlos como constitutivos de un sector u otro.

Sobre esto último queremos compartir un extracto del artículo de Paloma Villegas publicado en 1981 titulado *El feminismo devastador*: «Como primera medida, las mujeres teníamos que reunirnos sin los hombres, a solas. La argumentación que justificaba esta clausura fue al principio instintiva y muy discutible ("La presencia de los hombres hace que las mujeres no se atreven a hablar"; "Ustedes ya han hablado, bastante, ahora nos toca a nosotras"), pero

34 Es en este contexto donde se reclama la despenalización o el derecho al aborto en algunos países. Con esto, una vez más, no estamos incitando a tener más o menos hijos, es simplemente un dato para no dejar pasar.

la decisión fue sin duda acertada. El espacio creado no era meramente un ámbito verbal (donde "hablar"); era básico para la formación de una conciencia colectiva femenina (ser para sí de las mujeres) y la experiencia política había probado que era imposible lograrla de otro modo (…).

Pero la exclusión de los hombres tomó características de condena a perpetuidad. Poco a poco se cegó la dialéctica que exigía el contacto con ellos. La prolongación de la clausura creó una asfixia cada vez mayor y veló la existencia misma de una realidad muy distinta de ese ambiente femenino. Las mujeres teníamos que haber sabido que excluir a un sexo deforma las cosas. Que estábamos cultivando nociones sin correlato objetivo (el "mundo de los hombres", el "mundo de las mujeres": aún se habla así). Estábamos tratando de olvidar que teníamos que enfrentar, diariamente, nuestro condicionamiento, al hablar, vivir, trabajar, hacer el amor, educar hijos *con* los hombres, e incluso amar a estos. Creamos un espacio artificial que, ante todo, nos gustaba, como los hombres gustan de los ambientes exclusivamente masculinos que nosotros detestábamos y cuyos valores tan bien criticamos. (…) Vivir espacios artificiales puede ser incluso recomendable e inspirador (como cualquier delirio o autoengaño tiene su lado fértil), pero seguramente no es buen punto de partida para actuar sobre una realidad que no prescinde del otro sexo. (…) Muchos grupos femeninos (y no solo los de las "radicales"' o los de las homosexuales) se dieron la satisfacción pueril de prohibir a los hombres la entrada en sus bares, librerías, funciones de cine, etc. A veces, incluso, la cuestión condujo al enfrentamiento violento. Nunca se dijo que ello se hacía simplemente porque se consideraba saludable que un sexo descansara del otro, siempre se argumentaron miedos o resentimientos más o menos disimulados, y al final solo una incuestionada costumbre. Todo ello remite al problema general del feminismo, que en parte define tendencias en su interior; ¿hasta dónde queremos cambiar la vida, eliminar las estructuras de opresión, el silenciamiento, las compartimentaciones, y hasta dónde solo queremos apaciguar el resentimiento, participar del poder? La inversión vengativa conformaba un gesto ideológicamente inviable a la vez que conmovedoramente banal.»

Homo

Extractos de *Homo 2. Un enigma muy interesante (o la invención de una categoría*), Gilles Dauvé:

¿Cómo es que una práctica humana llegó a ser categorizada como "homosexualidad", catalogada como diferente, anómala, luego reconocida y aceptada, sin dejar de ser tratada como algo que define a quienes la practican? (…)

Es en una carta a Ulrichs fechada el 6 de mayo de 1868 donde aparece la primera mención conocida de la palabra *homosexualität* (homosexualidad). Kertbeny escribió, por otra parte, en un borrador de una carta dirigida muy probablemente a Ulrichs:[35] «Es absolutamente inútil demostrar la naturaleza innata» de la homosexualidad, que plantea «un enigma de la naturaleza muy interesante desde el punto de vista antropológico»: «deberíamos convencer a nuestros adversarios de que, según su concepción del derecho, no tienen ninguna jurisprudencia sobre esta inclinación, ya sea innata o voluntaria, porque el Estado no tiene derecho a intervenir en lo que pasa entre dos personas mayores de 14 años, en tanto que esto no perjudique los derechos de un tercero y no se lleva a cabo en público». (…) Quien crea que el neologismo *homosexualität* fue concebido en 1869 para contribuir a la despenalización de la sodomía, se equivoca medio a medio: el nuevo Código Penal de la Alemania unificada criminaliza los «actos sexuales contra naturaleza entre personas de sexo masculino o entre hombres y animales», ignorando la homosexualidad femenina. Este párrafo, el 175, siguió vigente en ambas Alemanias hasta la década de 1960.

(…) Si Kertbeny empleaba inicialmente cuatro términos (homosexual, heterosexual, monosexual y heterogéneo), rápidamente surgió la necesidad de precisar su clasificación añadiéndole criterios suplementarios. Pero lo que había sido una necesidad comprensible en un progresista autodidacta, pronto se volvió una obligación profesional entre los médicos: la seriedad científica se mide en función de la aptitud para inventar nuevas tipologías, y la profusión de vocablos y categorías sexuales se volvió una constante, incluso hasta nuestros días. Se trata de un empeño por capturar mediante palabras una universalidad de deseos, un polimorfismo que asombra y perturba. Los jueces y médicos cercenan, y luego recubren con discursos, aquello que no consiguen dominar.

Kertbeny quería que se reconociese el derecho a lo que él llamaba homosexualidad, distinguiéndolo de lo que llamaba heterosexualidad. **Para definir, hay que separar el objeto definido de otros objetos**. En tanto

35 Karl–Maria Kertbeny (1824–1882) fue un escritor, poeta, traductor y pionero del movimiento homosexual. Utilizó por primera vez los términos "homosexual" y "heterosexual" en 1868 y 1869 respectivamente.

Karl–Heinrich Ulrichs (1825–1895) fue un activista alemán de los derechos de los homosexuales, pionero del lo que hoy se denomina movimiento LGBTQIA. En 1862, comunicó a su familia y amigos que era "uranista" y comenzó a escribir bajo el seudónimo Numa Numantius. Sus primeros cinco ensayos, recogidos como *Investigaciones sobre el misterio del amor entre varones*, explicaban que tal amor era natural y biológico, resumido en la frase «una psique femenina atrapada en un cuerpo masculino».

categoría, la heterosexualidad debe su "invención" a los defensores de una actividad cuyo derecho a la existencia era negado por la sociedad de su época.

Paradójicamente, la oposición entre ambas realidades hizo persistir el "problema" que creía estar resolviendo. El *homo* fue puesto como el extremo opuesto del *hétero*, quedando el *bi* como puente entre ambos. Ulrichs y Kertbeny racionalizaron una diferencia queriendo protegerla: ayudaron a encerrarla. (…) Hayan sido o no conscientes de eso, Ulrichs y Kertbeny vivieron una novedad histórica sin la cual sus reflexiones no habrían llegado a existir. El capitalismo es el primer modo de producción capaz de organizar sistemáticamente instituciones que favorecen la mejor reproducción posible de la fuerza de trabajo, por medio de organismos de salud públicos (medicina preventiva, consultorios municipales, etc.) y privados (financiados y controlados por el empresariado). Un siglo XIX sujeto a las normas productivas estaba obligado a teorizar lo anormal: tenía que administrar y comprender lo que dejaba fuera. Esto iba a la par de una ética y un discurso científico que definía la sexualidad de acuerdo a la procreación sana. Krafft–Ebing estaba en sintonía con su época cuando decía "depravado": «Toda exteriorización del impulso sexual que no responde a los fines de la naturaleza, es decir a la reproducción».

La sexualidad practicada fuera de la procreación incluye la prostitución, pero esta representa un aspecto de la norma, aspecto estigmatizado pero aceptado como un mal necesario: reproducción con la esposa, sexo y placer con la prostituta.

◇◇◇◇◇◇◇◇◇

Extractos de *Homo 3. El surgimiento del "problema sexual"*, Gilles Dauvé:

¿Por qué la homosexualidad, categoría teorizada en primer lugar por sus defensores, fue rápidamente abordada por quienes querían reprimirla o "curarla"? La razón es que la modernidad capitalista separó la "sexualidad" del resto de la vida, produciéndola como una realidad aparte. Antes se censuraban las ofensas hechas a las autoridades, a la religión, así como a la moral sexual, pero el siglo XIX secularizó las costumbres. Y pese a todo, aun cuando el sexo sigue siendo un tabú, la sociedad capitalista lo trata como objeto de discurso y asunto de política pública, elevando la "sexualidad" a la categoría de un fenómeno que comprender y enmarcar. El surgimiento en la escena pública de la "homosexualidad" es inseparable del surgimiento de tal "problema sexual".

(…) Para que la homosexualidad llegase a existir, fue preciso primero que la sexualidad fuese pensada y tratada como una práctica, como un objeto social específico, distinto de la vida familiar. Por supuesto, es en la familia donde tienen lugar muchas prácticas sexuales, pero la sexualidad en cuanto tal no coincide con la vida familiar y sus problemas (patriarcado, procreación, cuidado infantil, educación, herencia). La novedad que apareció en el siglo XIX es que el acto sexual empezó a ser tratado socialmente (mediante opiniones y teorías diversas) como un hecho en sí mismo, un algo específico. Un siglo después, con la aparición de la píldora anticonceptiva, el desacoplamiento de la sexualidad respecto de la reproducción (y por tanto, de la familia) llegó aún más lejos, pero la tendencia que se manifestó entonces ya había empezado a manifestarse cien o ciento cincuenta años antes.

Al convertir la sexualidad en una esfera específica, la sociedad capitalista trazó un paralelo: la homosexualidad y la heterosexualidad se inventaron mutuamente en una polarización recíproca. Evidentemente, entre ambos términos no se impuso un juego equitativo: el afán normalizador tomó partido por la heterosexualidad, único garante del orden sexual requerido para la reproducción social, en tanto que la moral y el derecho se lanzaron a condenar la homosexualidad. Iba a ser necesario esperar hasta finales del siglo XX, momento en que el modo de producción llegó a dominar la totalidad de las relaciones sociales, para que la sociedad pudiese aceptar modalidades de relación familiar más flexibles, y también aceptar la homosexualidad.

Sexualidad e identidad

Nuestra época tiende a reducir los fenómenos a una cuestión de identidad individual, está obsesionada con la identidad. **Las personas se identifican con una cosa y no con otra, una secta religiosa o una ideología política, una forma de tener sexo o de comer, con un estilo de música o un club de fútbol**. **Sin embargo, actividad e identidad no son necesariamente lo mismo**. Una persona heterosexual se ve confinada a sentir atracción por lo que se encuentra socialmente obligada a desear y por toda una serie de comportamientos específicos. Del mismo modo que quien rechaza el modelo heterosexual puede quedarse con el reverso del mismo razonamiento.

«**El comportamiento homosexual, sin embargo, no es lo mismo que la identidad homosexual**. No había, simple y sencillamente, un "espacio social" en el sistema colonial de producción que le permitiera a los hombres y mujeres ser gay. La supervivencia estaba estructurada en torno a la participación en una familia nuclear. Existían ciertos actos homosexuales —sodomía entre los hombres, la "obscenidad" [*lewdness*] entre las mujeres— en la cual participaban ciertos individuos, pero la familia era tan

omnipresente que la sociedad colonial ni siquiera tenía una categoría de homosexual o lesbiana para describir a una persona. Es muy posible que algunos hombres y mujeres experimentaran una mayor atracción hacia su propio sexo que hacia el opuesto —de hecho, algunos casos en las cortes coloniales se refieren a hombres que persistían en sus atracciones "no–naturales" — pero **de esa preferencia no se podía construir un modo de vida**. En Massachusetts en la época colonial hasta existía una ley que le prohibía a los adultos no casados vivir fuera de las unidades familiares.

Ya para el final de la segunda mitad del siglo diecinueve, la situación cambiaba notablemente a medida que se afincaba el sistema capitalista. Solo cuando los individuos empezaron a ganarse la vida a través del trabajo asalariado, en vez de en función de una unidad familiar interdependiente, fue posible que el deseo homosexual cuajara en una identidad personal —una identidad basada en la capacidad de permanecer fuera de la familia heterosexual— y construir una vida personal basada en la atracción hacia el propio sexo. Al final del siglo, existía una clase de hombres y mujeres que reconocían el interés erótico en su propio sexo, lo consideraban una característica que los apartaba de la mayoría, y buscaban la compañía de otros iguales a sí.

(…) Simultáneamente, cambiaron las definiciones ideológicas del comportamiento homosexual. Los médicos desarrollaron teorías sobre la homosexualidad, describiéndola como una condición, algo inherente a la persona, que era parte de su "naturaleza". Estas teorías no representaban descubrimientos científicos, explicaciones de áreas del conocimiento previamente ocultas: en vez de eso, eran respuestas ideológicas a las nuevas formas de organizar la vida personal propia. La popularización del modelo médico, a su vez, afectó la consciencia de las mujeres y hombres que experimentaban el deseo homosexual, de manera que llegaron a definirse a sí mismos a través de su vida erótica.» (John D´Emilio, *El capitalismo y la identidad gay*)

«¿Qué es un gay? ¿Un hombre que intima solo con otros hombres, convencido de que nunca sentirá ninguna atracción por el sexo opuesto? ¿Cómo puede excluir la posibilidad de verse consumido por el deseo de y por una mujer? (…)

Es una lástima que a millones de personas, intentando liberarse de una antigua represión y movidas por el deseo de ir más allá del patriarcado, no se les haya ocurrido nada mejor que construir una categoría tanto o más estrecha que la de familia, basándose únicamente en la elección del objeto sexual: pene versus vagina. Con ello convirtieron un acto en una identidad, una definición en un destino, y una preferencia sexual en una visión del mundo (la cultura gay). Si bien el lenguaje expresa relaciones sociales, no es el lenguaje sino estas relaciones lo que hay que cambiar. Pero en el crepúsculo del siglo veinte, las palabras se modifican más fácilmente que las cosas.» (Gilles Dauvé, *Por un mundo sin orden moral*)

La heterosexualidad como norma es parte de la normalización capitalista de la vida humana, incluso las mismas concepciones limitadas y limitantes de heterosexualidad, homosexualidad, bisexualidad, transexualidad, queer deberán ser superadas. No en pos de nuevas categorías, una política de identidades, un reforzamiento del control estatal o una lucha por lo políticamente correcto al interior del Capital. Adoptar nuevas identidades no solucionará el problema por más letras que se le agregue a la sigla LGBTQIA.

«**El maltrato que la cultura occidental inflige a la sexualidad no consiste en descuidarla, sino en ocuparse obsesivamente de ella: todo lo vuelve sexual**.» (Dauvé)

La lucha revolucionaria debe destruir, necesariamente, los roles asignados a los comportamientos sexuales, y por supuesto el mandato sobre dichos comportamientos.

Todas las categorías de orientación sexual no tienen la misma significación en todas las sociedades y en muchas de ellas ni siquiera existen, o existieron, tales concepciones, porque son simplemente eso, categorías, nomenclaturas fijas que intentan fotografiar lo vivo.

Homocapitalismo global

Para completar esta breve sección compartimos algunos extractos de un artículo que expone el vínculo actual entre homosexualidad y Capital.[36] Su autor es Rahul Rao y la traducción (libre) es de Nicolás Cuello.

Los templos del capitalismo global se han vuelto crecientemente vociferantes en oposición a la homofobia. En febrero del año 2014, poco después de que Museveni, presidente de Uganda, diera su consentimiento a la severa ordenanza *Antiactos Homosexuales*, el Banco Mundial anunciaba el retraso de un préstamo por 90 millones de dólares argumentando que este tipo de medida produciría efectos adversos en los programas de salud que estaban queriendo apoyar a través de la cesión de esta suma monetaria. El presidente del Banco Mundial Jim Kim justificó esta decisión con el argumento de que **«cuando las sociedades emiten leyes que previenen que las personas productivas puedan participar correctamente en el intercambio de la fuerza**

36 Para ver cómo en un pasado reciente, al menos, hasta los 80 del siglo pasado esto era justamente lo contrario recomendamos *Reflexionando sobre el sexo: notas para una teoría radical de la sexualidad* de Gayle Rubin, especialmente los apartados I y IV donde se describe minuciosamente el desprecio y la criminalización de la sexualidad no normativa.

de su trabajo, las economías sufren». En el mismo mes, el Banco Mundial publicó un estudio estimando que la homofobia y la exclusión de las personas LGBT costaban a la economía de la India entre el 0,1 y el 1,7% de su PBI en el año 2012. (…)

Andil Gosine ha rastreado cómo la fundación en 1993 de *Gay & Lesbian Organisation of Business & Enterprise* (GLOBE, la asociación LGBT del Banco Mundial) fue instrumentalizado para que l*s emplead*s salieran del clóset en el lugar de trabajo y poder gestionar un lobby a partir de esa situación que derivara en beneficios en clave representativa, pero, eventualmente, también para que desencadenara cierto grado de legitimidad del Banco Mundial en el ejercicio de liderazgos políticos en campañas por el VIH/SIDA y en el apoyo a organizaciones LGBT en el sur global. Cuando entendemos los términos en los cuales son incorporados nuevos temas en las agendas del Banco, quedan a la vista las motivaciones que regulan estos movimientos.

En este sentido, sugiero que tenemos mucho para aprender de la larga historia de compromisos del Banco Mundial con las mujeres (heterosexuales cisgénero) como un sector especifico de desarrollo. (…)

Aunque el estudio de Bedford sugiere que el Banco estaba casado con un modelo heteronormativo de intimidad doméstica, hay continuidades sorprendentes entre su reformulación de las relaciones heterosexuales ideales y su interés más reciente en sujetos queer. Al describir el interés del Post–Consenso de Washington en los hombres pobres, Bedford observa una tendencia a pensar en la pobreza como una variable de generización de una masculinidad humillada, que se manifiesta en comportamientos irresponsables como el alcoholismo, la drogadicción, la violencia sexual y negligencia infantil. Estas creencias generan una insistencia en la política del Banco en la que «los países pobres son más machistas que los ricos, y que los mercados transforman las relaciones de género en direcciones inequívocamente más eficientes y empoderantes».

Podemos ver en algunas de las iniciativas LGBT las premisas análogas de que los países pobres son más homofóbicos que los países ricos. (…)

Cuando una lesbiana miembro del staff haitiano se lamenta de su crianza en Haití, donde «no se escucha a la gente hablando de gays y lesbianas de una manera positiva», FYTA [dúo de arte griego] nos recuerda a cambio, que los predicamentos políticos contemporáneas de Haití, en gran medida, se remontan a la devastación de su sector agrícola por las políticas del FMI impuestas al país en 1986 a cambio de una desesperada asistencia financiera. Cuando la directora ejecutiva del FMI, Christine Lagarde aparece en el video para afirmar que quiere dirigir una organización en la que «tod*s tienen que contar con la posibilidad de ser quienes verdaderamente son, y tienen que sentirse comod*s, respetad*s y orgullos*s de sus diferencias», FYTA nos recuerda que las condiciones para el financiamiento internacional imponen "impuestos de usuarios", que hacen que la educación y la asistencia médica sea inaccesible para las personas más pobres de todos los países acreedores. (…)

El reporte del año 2014, que estima el costo de la homofobia a la economía de la India, autorizado por el economista Lee Badgett, revela el interés emergente del Banco en las sexualidades queer. El argumento básico es suficiente. La homofobia impone costos que pueden ser evitables en las economías, entre ellos: la disminución de la productividad y de los productos finales como resultado de la discriminación laboral, la reducción de la inversión en capital humano para paliar los efectos de la discriminación educativa, el aumento de las disparidades en materia de salud entre personas heterosexuales y homosexuales gracias al riesgo diferencial de transmisión de VIH/SIDA, sumado a los efectos que eventualmente aparecen producto de la violencia, como la depresión y los intentos de suicidio. (…) Una vez más, **el Banco avanza en una matriz racional de eficiencia en torno al empoderamiento de género, que parece incuestionablemente correcto porque terminar con la homofobia es algo que no puede no desearse**. Pero así todo, evaluando lo que está en juego en estas dinámicas de poder, **no solo tenemos que preguntarnos qué es lo que hace el Banco por los queer, sino qué es lo que hacemos los queer para el Banco**. (…)

(…) la homonormatividad deriva su poder no simplemente de los recursos materiales que provee para sus defensores, sino de su capacidad para moldear el deseo haciéndose sinónimo de modernidad, dándole atractivo masivo o, en una palabra, hegemonía.

Dada la centralidad de la noción de *homofobia* a las recientes incursiones de las IFI [Instituciones Financieras Internacionales] en las luchas por la justicia sexual y de género, vale la pena analizar cómo entienden este término. Enfocándome en el Banco, en esta sección sugeriré que **la homofobia se conceptualiza de una manera empobrecida que le permite al Banco presentarse como externo al problema y, por lo tanto, como una fuerza potencial para el bien, en lugar de uno que está implicado en su producción**. Para ilustrar esto, intento pensar en las condiciones que han incubado un discurso público virulento sobre la homosexualidad en Uganda en los últimos años, mientras presto atención a las intervenciones del Banco en el país y a su influencia en él. (…)

Al pensar en estas condiciones estructurales, la implicación del Banco en la producción de la homofobia se vuelve más visible. Cambio el terreno geográfico de la discusión a Uganda aquí por dos razones: primero, porque Uganda

se ha convertido en el sitio de múltiples discursos rivales sobre la sexualidad gracias a la aprobación de la Ley contra la Homosexualidad en el año 2014; y segundo, porque la suspensión del Banco de su préstamo de 90 millones de dólares a Uganda en respuesta a la aprobación de esta legislación constituye quizás la respuesta más coercitiva de una IFI a una acción de Estado miembro percibida como homofóbica.

Presentada en el parlamento ugandés en 2009, la Ley Anti Homosexualidad recibió la aprobación presidencial en febrero de 2014. El texto del proyecto de ley que se distribuyó por primera vez ganó notoriedad porque proponía introducir la pena de muerte para una categoría selecta de delitos. La versión del proyecto de ley que finalmente se aprobó modificó la sentencia de muerte a cadena perpetua, al tiempo que mejoró los castigos existentes para la conducta del mismo sexo y penalizó la defensa o el apoyo de los derechos LGBT. Tras una campaña nacional e internacional concertada, el Tribunal Constitucional ugandés anuló la ley el 1 de agosto de 2014, por el hecho de que se había aprobado sin el quorum parlamentario necesario.

El análisis académico de estos desarrollos ha tendido a centrarse en un conjunto de relaciones de élite que involucran a políticos y clérigos ugandeses y principalmente a activistas evangélicos cristianos radicados en los Estados Unidos. Se cree que la redacción del proyecto de ley original contra la homosexualidad se inspiró en un *Seminario para exponer la agenda homosexual* celebrado en Kampala en Marzo de 2009 por un grupo de activistas evangélicos antihomosexuales estadounidenses, de los cuales Scott Lively es quizás el mejor conocido. Para los evangélicos occidentales conservadores, África ofrece un nuevo terreno para luchar contra las "guerras culturales" —en las que los derechos de las personas LGBT siguen siendo una cuestión crucial— que se pierden en los EE.UU. y en Europa occidental. (…) Los políticos ugandeses en la dirección del Movimiento de Resistencia Nacional (NRM) se beneficiaron del furor por la homosexualidad, que producía una distracción conveniente de los públicos nacionales e internacionales en torno a otros asuntos irritantes como la represión política, la corrupción y una mala gobernabilidad.[37] (…)

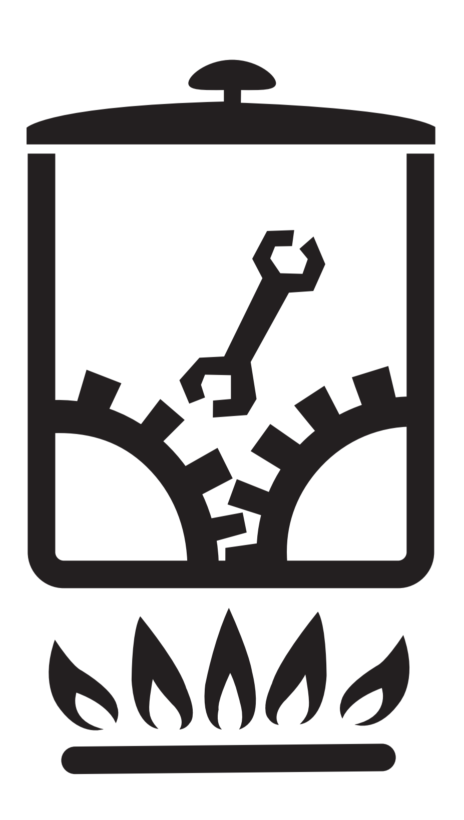
Estudiosos de la religión y la sexualidad en Uganda han notado el papel central que juegan las iglesias pentecostales–carismáticas en la producción del discurso homofóbico. Regulando actualmente hasta un tercio de la población del país, la expansión del cristianismo pentecostal desde finales de la década de 1980 en adelante fue posible gracias a dos factores: la guerra y el neoliberalismo. (…) Tomando las riendas del poder en un país altamente endeudado, el NRM implementó ansiosamente las prescripciones neoliberales del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, impuestas como parte del programa de ajuste estructural que Uganda experimentó en las décadas de 1980 y 1990: de hecho, Uganda es ampliamente considerado como el país africano en el que el proyecto neoliberal fue más entusiastamente aceptado. A medida que el ajuste estructural cobró impulso, las nuevas iglesias pentecostales se trasladaron al espacio desocupado por un estado cada vez encogido, convirtiéndose en importantes proveedores de servicios sociales como la educación y la salud. A principios de la década del 2000, la floreciente epidemia de VIH / SIDA ofreció el pretexto perfecto para sus intervenciones en la esfera pública con un discurso conservador, moralizante y virulentamente homofóbico. (…) Por lo tanto, **la política del Banco Mundial abrió espacio y legitimó el trabajo de los propios actores que son los principales proveedores de discurso homofóbico en Uganda en la actualidad**. (…)

Al igual que con sus contrapartes nacionales, el homocapitalismo global busca reconciliar los imperativos gemelos de la eficiencia y el empoderamiento, haciendo que el capitalismo sea amigable con las personas queer, pero también haciendo que est*s mism*s sean segur*s para el capitalismo. Tales movimientos discursivos amenazan con separar a las personas queer de los movimientos anticapitalistas, y al mismo tiempo dividirlos en aquellos que se consideran "productiv*s" y dign*s de la celebración y otr*s excluid*s como "improductiv*s". Pero también debemos tomar en serio la globalidad de este homocapitalismo. (…) **el homocapitalismo se basa en una visión de la homofobia como "meramente cultural", lo que le permite celebrar una política liberal de reconocimiento mientras ignora o margina las preocupaciones redistributivas**.

◇◇◇◇◇◇◇◇

Nota de Cuadernos de Negación: Aunque no acordamos con ciertas consideraciones del artículo, particularmente en el ámbito de lo "económico" (su noción de liberal o las propuestas redistributivas, por ejemplo), esperamos se entienda el argumento central del final del artículo: la percepción del machismo y la homo/lesbo/transfobia como una avanzada meramente cultural o discursiva, deviene en una política del reconocimiento, no solo ignorando sino reafirmando y apuntalando en sus espacios débiles al modo de producción capitalista.

37 Nota de Cuadernos de Negación: El reciente ejemplo argentino sobre la "marea verde", tal como se denominó al movimiento por el aborto legal, seguro y gratuito, es bastante similar. Mientras tanto nos ahogaba la otra marea verde: la brusca devaluación del peso respecto del dólar que impactaba en la vida de todas las personas proletarizadas con o sin útero.



¿CUIDADOS?

El individuo de la sociedad capitalista aparece como un ideal que habría existido incluso en la denominada prehistoria. Como señaló Karl Marx «ven en él, no una culminación histórica, sino el punto de partida de la historia, porque consideran a dicho individuo, como algo natural, en consonancia con su concepción de la naturaleza humana, y no un producto de la historia, sino un dato de la naturaleza.»

Marx llama robinsonadas a las ficciones que intentan explicar el pasado a través de las anteojeras del presente. Colocando al individuo, fruto del proceso de producción capitalista, en momentos históricos donde este ni siquiera existía. Burlándose de Adam Smith, David Ricardo y de los economistas en su conjunto, analiza las imágenes deformadas que ellos generan acerca de las tentativas formas sociales que analizan. En Ricardo, el cazador primitivo abandonaría circunstancialmente su actividad cotidiana para dedicarse a la pesca, que sería una tarea más lucrativa, ¡según los precios en Londres en 1817!

El humano, en su sociedad precapitalista, tendría entonces, mágicamente, una concepción calculadora y metódica de sus capacidades y energías, regulándolas como si de mercancías se tratara. Es, gracias a esta enorme falsificación, que las robinsonadas son las estupideces propias del pensamiento económico que estudia no a un humano en una sociedad primitiva sino a un Robinson Crusoe, marino del siglo XVII, que despierta solo en una isla desierta y que «ha logrado salvar del naufragio: reloj, libro de cuentas, tinta y pluma, y se apresura, como buen inglés, a contabilizar su vida».

A este ejemplo que publicamos en el número 9 de esta publicación queremos agregar otras robinsonadas relacionadas con el tema que nos convoca: la del trabajador que se sostendría a sí mismo sin ayuda de nadie.

«**La figura del trabajador *champiñón* que no tiene necesidades de cuidados (es un adulto sano) ni responsabilidades (no tiene a nadie a quien cuidar de modo que esto condicione o limite su plena disponibilidad y flexibilidad para el mercado) es una falacia**. Dicho de otra forma: se basa en la naturalización del proceso por el cual recibe cuidados sin reconocerlo a la par que se desentiende de toda responsabilidad. (…) Este conjunto de falsedades no solo ignoran la vulnerabilidad de la vida, sino que implican que la realidad de interdependencia en la que ese sujeto está inserto no se resuelve en términos de reciprocidad, sino de asimetría, en base a transferencias desiguales de cuidados y a la explotación. Más aún, no se generan estructuras colectivas para lidiar con la vulnerabilidad de la vida y organizar la interdependencia. Desde los cuidados hemos denunciado especialmente cómo cuajaba esta normatividad en el modelo de familia nuclear. Se ha impuesto la idea de que el hombre ganador del pan es autosuficiente, mientras que el ama de casa encargada de los cuidados depende de él. Frente a este discurso, preguntábamos aquello de: pero este señor, ¿se come crudos los espaguetis?, ¿quién le ha cuidado hasta que ha tenido edad para ir al mercado?, ¿quién se encarga de él cuando enferma?, ¿quién le limpia la camisa cada día y lo recoge cuando viene hecho polvo del mercado?, ¿quién lo atenderá cuando sea viejo? **Todas las personas necesitamos cuidados todos los días de**

nuestra vida, aunque a lo largo del ciclo vital la intensidad y el tipo de cuidados que necesitemos varíe. Ese ganador del pan también los necesita, y alguien se los da. (…) La noción hoy hegemónica de la vida es sumamente perversa y violenta en la medida en que impone un ideal antropocéntrico y androcéntrico de autosuficiencia, al que parece acercarse ese Robinson Crusoe que se convierte en la figura que encarna el ideal de lo humano. Este sujeto se caracteriza por valerse por sí mismo, por no necesitar nada ni a nadie. Es un espejismo que niega los límites de la vida: niega su vulnerabilidad y el hecho de que toda vida es precaria.» (Amaia Pérez Orozco, *La sostenibilidad de la vida en el centro*)

Desde la óptica feminista los cuidados son "aquellas actividades que se realizan para el mantenimiento de la vida, históricamente invisibilizadas, relegados al ámbito doméstico y atribuidos a las mujeres". En este sentido se parece mucho a la noción de trabajo doméstico que ya desarrollamos. Y de igual manera, es muy importante el señalamiento, pero pensamos que es insuficiente.

Este mismo trabajador champiñón, en tanto que masculino, puede percibir sus obligaciones como ocio, disfrute o un dato natural de su existencia. Así arreglar un mueble, impermeabilizar el techo o lavar el auto son actividades presentadas como pasatiempos, obligaciones y muestras de masculinidad. Incluso el disciplinamiento de los hijos tan necesario a esta sociedad, cuántas veces es reservado al padre ("cuando llegue tu padre ya vas a ver…"). Él al igual que su madre, hermana, esposa, exesposa, novia o hija tiene su parte de tareas asignadas según su sexo. Y puede que las disfrute o no, puede que las perciba como obligación o no, puede que las considere trabajo impago o no, pero ahí están: naturalizadas.

Por otra parte, dentro de la categoría de los cuidados se deja entrar aquellas actividades que se realizan para otras personas. ¿Dónde queda entonces el autocuidado? ¿Acaso cuidarse a uno mismo no es cuidar también a los demás? En la mayor parte de las definiciones, el cuidado se ve reducido al grupo doméstico. O más aún, dirigido a quienes se considera más vulnerables (muy jóvenes, muy viejos, desvalidos o enfermos). De esta manera, se oculta que todos somos dependientes y necesitamos ser cuidados, dependemos de los demás. No podemos centrar el análisis únicamente en aquellos colectivos más "desvalidos" porque esta idea reproduce la invisibilización de una realidad mucho más amplia y compleja.

Y continuando con la argumentación de Lucía González–Mendiondo (*La "crisis de los cuidados": claves teóricas para un abordaje desde la práctica sexológica*): «Lo más común a la hora de reivindicar estas tareas y señalar su importancia ha sido intentar traducirlas en términos monetarios (lo que supondría económicamente pagar esos trabajos) o en términos de tiempo (¿cuántas horas al día dedican las personas a este conglomerado de tareas?). Pero, aunque estos análisis resulten interesantes en tanto que señalan, al menos, la existencia de esta realidad, siguen constriñéndose a términos cuantitativos y económicos que dejan de lado otros muchos aspectos de vital importancia, en especial la afectividad implícita en estas tareas. (…) **El cuidado es hoy interpretado como un deber, una carga que impide la realización personal**. **Se lleva a cabo una lectura de sus costes y beneficios en términos económicos**, tratando de hacerlo cuantificable y reduciéndolo a su dimensión más material. (…) **La herida que produce vivir para unos otros, no con los otros, sino para unos otros, genera inevitablemente malestar**.»

Hay un elemento contradictorio en la noción misma de cuidados, que reproduce en realidad la contradicción del mundo en que vivimos. Por un lado, los cuidados son la materia misma de la que se compone el mantenimiento de la vida. **El ser humano es un ser social: somos interdependientes, nos necesitamos material y afectivamente**. **Las relaciones con los otros constituyen lo que somos, la manera en que comprendemos y sentimos**. Así también, los cuidados albergan en sí una gran potencialidad comunista: cuidamos al otro porque su bienestar es el nuestro. Pese a la separación entre individuos aislados propia de la sociedad capitalista, somos seres sociales dependientes, pero la forma capitalista de vivir nos separa y nos une como separados e interdependientes, socializamos en el intercambio. Sin ir muy lejos, cada vez que comemos dependemos del trabajo de cientos de otros proletarios que trabajaron en una mercancía, sin embargo, estamos separados entre productores y de lo que producimos.

Números atrás para expresar con palabras a qué nos referimos con comunismo, nos bastaban dos viejas definiciones: «el movimiento de destrucción de la sociedad del Capital y la sociedad que resulta de esa negación práctica» y «de cada cual según sus posibilidades; a cada cual, según sus necesidades». Y respecto a esta última aclarábamos que, si bien tiene su fuerza, cabe notar que parte aún del punto de vida del individuo. Suena extraño, pero cabe simplemente pensar a la especie cuidándose a sí misma.

Precisamente porque los cuidados son imprescindibles para el desarrollo de cualquier ser humano en cualquier sociedad, se subordinan a la lógica opresiva de las sociedades de clase. Hoy en día, los cuidados están sometidos a la lógica de valorización que rige el conjunto de la vida social. **Necesitamos cuidarnos, aunque lo hacemos penetrados por la lógica capitalista porque cuando reproducimos la vida lo hacemos al interior del Capital**. Por ejemplo, es bien sabida la enorme violencia que sufren las niñas y

los niños en la escuela, el disciplinamiento, el "aprendizaje" vacío, la competencia permanente en los que se les educa. Sin embargo, muy pocas son las familias proletarias que pueden prescindir de este entorno de violencia, que es al mismo tiempo el paso obligado para la valorización de la fuerza de trabajo de sus hijos. La familia, la monogamia, la escuela, son las formas mismas en que se organizan los cuidados subsumidos en el Capital.

Por otro lado, toda revuelta proletaria desata lazos de solidaridad que son al mismo tiempo prácticas de mutuo cuidado (si se quiere poner en esos términos). Desde las ollas populares en las que comemos juntos y cada quien pone lo que puede, hasta la respuesta enardecida contra la represión de compañeros que no conocemos, pero que sabemos luchamos juntos y cuyo dolor sentimos como propio. Estos "cuidados" que se establecen a favor de la vida, en estas condiciones, van tomando un carácter mayor de oposición al Capital. Sin ellos apenas sería posible lanzarnos a luchar, sería imposible que sucedan las revueltas.[38] Estos lazos de solidaridad, que superan las barreras de las fronteras nacionales, de las lenguas, de la separación entre el conocido y el desconocido, no son simplemente inseparables de la lucha, son la propia lucha. **Es esa condición específica de lucha la que vuelve a los cuidados contra el Capital y no su mera condición de "cuidado"**.

Crisis de los cuidados

La "crisis de los cuidados" está a menudo relacionada con la falta de tiempo debido al trabajo, la menguante ayuda estatal y hasta la falta de implicación masculina en estas actividades. Esto afecta directamente la disponibilidad para tener y criar niños, cuidar de amigos y familiares, mantener hogares y/o grupos humanos más amplios, y desarrollarse como ser humano (dentro de lo que la sociedad capitalista nos permite, claro).

La actual y catastrófica crisis capitalista mundial nos ataca a los proletarios de todas partes intensificando nuestra explotación. Entonces esta crisis de los cuidados no es más ni menos que un componente de la crisis capitalista general. Hay que trabajar cada vez más, estamos cada vez más envenenados y mediatizados, teniendo cada vez menos cualidades de comunicación y afecto, y estamos cada vez más aislados los unos de los otros.

Anteriormente los Estados subordinaban los intereses cortoplacistas de las empresas privadas al objetivo de la acumulación sostenida a largo plazo, en parte estabilizando la reproducción mediante la provisión pública, actualmente el sector financiero del Capital impone disciplina a los ciudadanos, a través de los Estados, en favor de los intereses inmediatos de inversores privados, en buena medida exigiendo la desinversión pública en reproducción social lo cual se traduce en menor accesos a hospitales, comedores, guarderías, parques, plazas y escuelas. Lo que dificulta la supervivencia del proletariado que debe recurrir a estos centros estatales no por gusto sino por tener pocas o nulas alternativas.

Tal como señala Nancy Fraser en *Las contradicciones del capital y los cuidados*, se celebra la "diversidad", la meritocracia y la "emancipación" al tiempo que desmantela las protecciones sociales y se externaliza la reproducción social:

«El resultado no es solo abandonar poblaciones indefensas a las depredaciones del Capital, sino también redefinir la emancipación en los términos del mercado. Los movimientos de emancipación participaron en este proceso. Todos ellos —incluido el antirracismo, el multiculturalismo, la liberación de los colectivos LGBT, y la ecología— generaron corrientes neoliberales proclives al mercado.[39]

Pero la trayectoria feminista demostró ser especialmente decisiva, dada la prolongada vinculación de género y reproducción social por parte del capitalismo. Como cada uno de sus regímenes predecesores, el capitalismo financiarizado institucionaliza la división producción–reproducción sobre una determinada base de género. A diferencia de sus predecesores, sin embargo, su imaginario dominante es el individualismo liberal y la igualdad de género: las mujeres se consideran iguales a los hombres en todas las esferas y merecen igualdad de oportunidades para realizar sus talentos, incluido —quizá en especial— en la esfera de la producción. **La reproducción, por el contrario, se percibe como un residuo retrógrado, un obstáculo que impide el avance en el camino hacia la liberación y del que, de un modo u otro, hay que prescindir**. A pesar de su aura feminista, o quizá debido a ella, esta concepción ejemplifica la actual forma de contradicción social del capitalismo, que asume una nueva intensidad. **Además de disminuir la provisión pública y atraer a las mujeres al trabajo asalariado, el capitalismo financiarizado ha reducido los salarios reales, aumentando así el número de horas de trabajo remunerado que cada hogar necesita para sostener a la familia y provocando una desesperada pelea por transferir el trabajo de cuidados a otros**. Para llenar el "vacío de los cuidados", el régimen importa

38 Mientras terminábamos este número, en pleno tiempo de revueltas en tantas regiones, nos llegaban testimonios que evidencian esto que señalamos. Ver por ejemplo *La Oveja Negra* nro. 66.

39 Nota de Cuadernos de Negación: Podríamos precisar que estas corrientes no son proclives al mercado sino que surgen de él. Evidentemente Fraser como tantos otros atesoran una confianza en el Estado como respuesta al mercado por no advertir el vínculo Estado–Capital.

trabajadores migrantes de los países más pobres a los más ricos. Típicamente, son mujeres racializadas, a menudo de origen rural, de regiones pobres, las que asumen el trabajo reproductivo y de cuidados antes desempeñado por mujeres más privilegiadas. Pero para hacerlo, las migrantes deben transferir sus propias responsabilidades familiares y comunitarias a otras cuidadoras aún más pobres, que deben a su vez hacer lo mismo.»

Podríamos agregar el ya nombrado fenómeno de la "gestación subrogada". Que como sabemos, se trata de un proceso que implica que una mujer geste un hijo por encargo de otra persona, a quien se lo entrega cuando nace y que es quien asume la maternidad o paternidad. Evidentemente ya imaginamos quiénes pondrán el cuerpo y quiénes se llevarán el botín/niño.

Fraser continúa con dos fenómenos que se han producido recientemente en Estados Unidos y que ejemplifican la gravedad de la situación. «El primero es la creciente popularidad de la "congelación de óvulos", un procedimiento que cuesta normalmente 10.000 dólares, pero que ahora es ofrecido de forma gratuita por las empresas de las tecnologías de la información como compensación no salarial dirigida a empleadas muy cualificadas. Ansiosas por atraer y conservar a estas trabajadoras, empresas como Apple y Facebook les ofrecen un fuerte incentivo para posponer la maternidad, diciendo, en efecto: "espera, y ten tus hijos a los cuarenta o a los cincuenta, o incluso los sesenta; dedícanos tus años productivos, de mayor energía, a nosotros". Otro fenómeno que se está produciendo en Estados Unidos es igualmente sintomático de la contradicción entre reproducción y producción: la proliferación de caras bombas mecánicas, de alta tecnología, para extraer leche materna. Esta es la "solución" preferida en un país con una elevada tasa de participación femenina en la población activa, sin permiso de maternidad o paternidad obligatorio, y enamorado de la tecnología. Este es también un país en el que el amamantamiento es *de rigeur*, pero ha cambiado más allá de todo posible reconocimiento. Ya no se trata de que un niño mame del pecho de su madre, sino que ahora la madre "amamanta" ordeñándose su propia leche mecánicamente y almacenándola para que después una niñera se la dé con el biberón. En un contexto de grave pobreza de tiempo, los sacaleches de manos libres con doble copa son los más apetecidos, porque permiten a la madre extraerse la leche de ambos senos a la vez, mientras conduce de camino al trabajo.»

A estos ejemplos podríamos agregar algunos más cercanos y locales. Como el hecho de que personas asalariadas deban contratar una niñera por falta de tiempo debido al trabajo. En Argentina en tiempos de ajuste, un periódico local recomendaba contratar a una niñera entre dos hogares para ahorrar dinero. Por falta de tiempo y/o ganas también se contratan cuidadoras (por lo general jubiladas que no alcanzan a sobrevivir con su jubilación) para acompañar enfermos en el hospital o en los hogares. Y así podemos tirar de las cadenas de *descuidados* que todo esto implica para quienes cuidan por dinero. Queda poca energía para cuidar a los suyos y a sí mismos. Por otra parte, el aislamiento y la confianza en especialistas (en desmedro de reforzar los vínculos cercanos) lleva a la delegación de nuestro bienestar en terapeutas de distinto tipo, que cuando no hay más dinero para dedicarles (y ese es el primer dinero que se ahorra en estos tiempos) perdemos la posibilidad de ser escuchados, de tener contacto, de ser curados. A causa de saber poco de dar y recibir esos cuidados. Esa es otra parte muy importante de esta crisis que no se limita a las medidas económicas de los gobiernos o a la planificación empresarial sino a un mundo devastado no solo en sus mares, ríos y selvas sino emocional y afectivamente.

¿Eso que llaman amor es trabajo impago?

El capitalismo reduce los saberes creativos a movimientos cada vez más repetitivos y estandarizados. El juego gozoso fue convertido en deporte de competición y rendimiento. Los grupos humanos fueron fragmentados en minúsculas unidades familiares separadas unas de otras; y allí donde esos grupos se habían mantenido cohesionadas por sentimientos de pertenencia tribal o estamental, estos sentimientos quedaron reducidos a un apego doméstico, filial y de pareja, y por sobre todo, entre individuos.

Evidentemente el sentimiento amoroso no lo inventó el capitalismo, aunque tampoco se trate de alguna fuerza natural que existe con anterioridad a la vida social, algo eternamente inmutable, es decir, asocial y transhistórico alojado en nuestros genes. No estamos planteando una noción transhistórica y biológicamente humana del amor.[40] Estamos haciendo referencia al carácter gregario de nuestra especie, así como el de otras, es decir, a la tendencia a reunirnos en grupos sociales, manadas o cardúmenes, al apoyo mutuo. Queremos referirnos a esa trama social instintiva pero a su vez consciente que ha permitido la evolución y supervivencia de la especie humana que, evidentemente, tampoco es ajena a la historia.

40 Este impulso amoroso se constituye en la sociabilidad humana y por tanto tiene una historia que quedará pendiente desarrollar. Sin embargo, cabe aclarar que no rendirse ante un biologicismo determinista tampoco significa apartar lo biológico del problema. No significa que las capacidades biológicas no sean prerrequisitos de las características humanas, significa simplemente que estas no pueden comprenderse en términos puramente biológicos.

Hablamos de ese apoyo mutuo que se manifiesta cada vez que una mujer proletaria cuida a los niños de su vecina cuando esta tiene que salir a trabajar, cada vez que una adolescente hace los quehaceres domésticos mientras sus padres y hermanos trabajan, cada vez que un hombre o una mujer cuidan del hogar mientras su pareja sale a vender su fuerza de trabajo, cada vez que un amigo llega con su caja de herramientas a colaborar en los arreglos del lugar donde vivimos, cada vez que una amiga se queda una noche acompañando en momentos de angustia. **El hecho de que nuestros saberes, no total pero generalmente, sean parte de las asignaciones de la división sexual del trabajo no es un detalle para dejar pasar, que a su vez reproduzcan o permitan reproducir esta sociedad tampoco**. **Insistimos, ese apoyo mutuo no es abstracto, se manifiesta en una sociedad dada**, y más precisamente en un modo de producción específico. Claro que estas acciones reproducen los roles sexuales en esta sociedad, pero no solamente, también colaboran en nuestra supervivencia y en nuestra existencia vivida con mayor o menor plenitud. Son las acciones invisibilizadas por el mercado, pero de las que, justamente, los seres humanos necesitamos.

Por eso, **el hecho de que esas ocupaciones domésticas y de cuidado no reciban pago alguno, no significa que sean simplemente trabajo impago**. Anteriormente expusimos diversas consideraciones sobre la reproducción de la fuerza de trabajo, el trabajo doméstico, el salario y la familia. Para ir finalizando queremos señalar que también existe una urdimbre social que nos mantiene vinculados y que, como no puede ser de otra manera, coexiste con el Capital. O más precisamente existe bajo el Capital y trabajando para él.

Pero a pesar de dicha subordinación, no dejan de ser prácticas que debemos proteger, criticar, reanimar y extender, se trata de una solidaridad básica que debería (y habitualmente lo hace) traspasar el ámbito doméstico y extenderse al ámbito público como solidaridad y lucha de clases ¡para que ya no haya ni ámbito privado ni público, ni clases! Allí donde vemos una posibilidad para el comunismo, hay quienes ven un estorbo a eliminar, un simulacro que revelar, una amenaza. Sin poder captar el proceso contradictorio[41] y doloroso en que el amor se mezcla con el interés, la manipulación y la violencia, sin querer ver en ello una manifestación del Capital, insisten en afirmar que, si en el ámbito doméstico hay algo parecido al amor, este es indistinguible del interés, la manipulación y la violencia, y por tanto debe ser descartado sin más. O peor aún, tiene que ser incorporado a lo "público", al mercado de trabajo como si eso fuera posible. Como si en la vida todo fuese tan estático, simple y mecánico.

"Eso que llaman amor es trabajo impago" nos dicen para denunciar el carácter sexista del trabajo doméstico, pero mostrándonos también cuál ha sido el resultado de la prosperidad ganada durante las últimas décadas por esos trabajadores profesionalizados y aspirantes a serlo que hallaron su razón de existir, y el sentido último de la existencia, en el trabajo y el consumo, en "escalar socialmente".

La vanguardia de la mercantilización señala un punto importante del capitalismo, pero no para la emancipación. Al contrario, nos dice que la vía para emanciparnos no es salvar lo poco que hay de los vínculos amorosos, explorarlos, reinventarlos, criticarlos y superarlos si es necesarios. Sino extender el desapego, el desamor y el propio interés de las relaciones capitalistas por todas partes y de igual manera, sea en el ámbito de trabajo o en la casa, entre trabajador y patrón o entre familiares, amigos y vecinos. No puede contemplar más que comercio a su alrededor. En cada acción sin transacción no ve más que cuentas impagas, infracciones de deuda. Su máximo de cariño aspira a lo sumo a algo gratuito, no puede o no quiere concebir que la gratuidad debe ser abolida junto con el dinero sin la cual no puede concebirse. Es coherente hasta el final con la comunidad del dinero en la cual vivimos.

Es cierto que en esta sociedad todo se convierte en dinero. «Todo se vuelve venal y adquirible» tal como señala Marx. Que «cosas que en sí y para sí no son mercancías, como por ejemplo la conciencia, el honor, etc., pueden ser puestas en venta por sus poseedores, adoptando así, merced a su precio, la forma mercantil» no significa que debamos complacernos en ello, sino advertirlo para saber hasta qué punto hay que destruir esta sociedad mercantil generalizada.

Existen diversos cálculos acerca del trabajo doméstico impago, como el publicado por la ONG Oxfam realizado a partir de las horas estimadas de labores domésticas y los salarios mínimos de cada región. A partir de dicho estudio, en una nota del 8 de marzo de este año publicada por *The New York Times* se establece que, por año, «el trabajo no remunerado que realizan las mujeres tiene un valor de 10.900.000.000.000 dólares». Más allá de lo mencionado anteriormente acerca de la remuneración indirecta por las labores de reproducción a través de quienes perciben un salario en cada núcleo familiar, así como de las reflexiones en torno al trabajo doméstico y los cuidados, es necesario

41 Tanto en esta ocasión como cuando hablamos de otras contradicciones sociales, no nos referimos a una contradicción moral. No buscamos dicha contradicción en la mente de cada individuo, no es un conflicto entre el ideal y la realidad. Encontramos la contradicción en los hechos sociales, en las prácticas humanas incluso cuando los protagonistas no sean conscientes de ello. Nuestra clase expresa, como ninguna en la historia, las contradicciones sociales en su propio seno. Producimos valor a la vez que somos una traba para su desarrollo. Trabajamos para vivir y perdemos la vida trabajando.

resaltar cómo abundan actualmente este tipo de análisis pero no se habla la explotación misma, de la cantidad de trabajo impago en forma de plusvalor que existe en el capitalismo. Con esto no buscamos oponer un trabajo a otro, como si el trabajo asalariado fuera el impago y productivo y el doméstico no, sino señalar que el trabajo en su conjunto es explotado por el Capital.

Si desde algunos ámbitos se dice que el quehacer doméstico es trabajo impago que reproduce la fuerza de trabajo y por tanto el capitalista también debería pagarlo, perfectamente podrían haberse dicho: el plusvalor es trabajo impago que reproduce la sumisión de quienes trabajan asalariadamente y de toda la clase proletaria al Capital y por lo tanto debe ser abolido. Pero suponer lo primero sin lo segundo es una manera de concentrarse en una injusticia particular sin sentir la injusticia general. Y no es simplemente porque parezca más fácil y asequible, sino porque es totalmente coherente con el modo de sentir, de pensar, en definitiva, de ser y estar en este mundo de mierda. Es estar mucho más a gusto en las relaciones de interés y de compraventa que en las relaciones amorosas, en cuya existencia ya ni siquiera confían. Y no nos referimos a relaciones de amor romántico, sino a relaciones de compromiso, afecto y cercanía, todo lo cual comúnmente solemos llamar amor.

¿Sino por qué esta vanguardia de la cosificación nos señala ese supuesto trabajo impago y no otros más evidentes que ampliamente benefician a empresas particulares? ¡Si con tan solo tener el smartphone en el bolsillo y caminar estamos creando información para empresas! Masivamente creamos contenido para empresas. Cuando compartimos información y hasta afectos (mediados por la tecnología, claro está) en una paradójicamente denominada "red social" lo que hacemos a su vez, y principalmente, es enriquecer a empresas como Google o Facebook. Creando permanentemente contenido gratuito y siendo información en permanente observación, clasificación y acumulación. Se nos presenta otra paradoja: **trabajamos sin paga mientras denunciamos el trabajo impago**. **Así de cruel e irónico es el capitalismo**.[42]

Nosotros también vislumbramos un mundo más allá de la familia y su carácter restringido, limitante, patriarcal y opresivo. Pero para llegar a eso no hay un solo camino, sino dos: uno es el del capitalismo, que está reemplazando a la familia por una agregación inorgánica de votantes y consumidores proclives a la depresión y el suicidio; el otro camino es el de la lucha anticapitalista, el del comunismo, para disolver la familia en una comunidad sin explotados ni explotadores, sin oprimidos ni opresores. **Proponer que la relación salarial se extienda al llamado trabajo doméstico y a los cuidados, e incluso como estrategia para forzar los límites del capitalismo es optar por la vía capitalista**. Reclamar el fin de la relación salarial y de la producción de valor también podría ser una estrategia para forzar los límites del capitalismo. La diferencia entre ambas estrategias no es que una sea más viable que la otra, sino que una reafirma y profundiza la lógica del valor, mientras que la otra la niega.

Nosotros también queremos abolir el amor degradado en coartada para la manipulación, la violencia y la mentira. **Pero no de la mano de la expansión total de la lógica del mercado**. Sino extendiendo esa contradicción más allá de los muros de nuestras casas, más allá de nuestras claustrofobias compartidas. Allí donde el amor aún nos es agridulce.

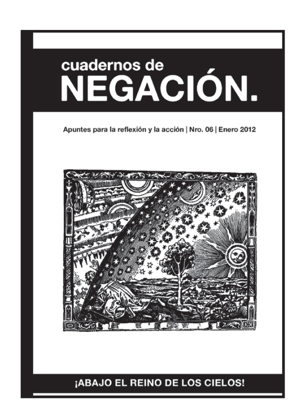
Nosotros también queremos acabar con la violencia doméstica, el oscurantismo antisexual, el rechazo de lo que se considera disidencias sexuales, pero eso tampoco significa abrazar ciegamente al Estado para que las gestione. La protección exigida al Estado significa más jueces y más policías, más cárceles y más ejércitos, represión y regulaciones en cada rincón, en las calles y en las camas, es la absolutización de nuestra condición de ciudadanos. El Estado no es simplemente una parte del problema ni mucho menos es exterior a él. Y no es que sea incapaz de solucionar estos problemas, es en realidad su principal productor y gestor.

Cuando luchamos colectivamente por la emancipación social, cuando esa posibilidad aparece, aunque sea tenuemente en el horizonte, es cuando sabemos con precisión lo que queremos: romper los muros que asfixian nuestra aptitud para amar, cuidar y realizarnos, liberando las fuerzas creativas de la especie, arrancándolas de la trampa letal de la propiedad privada, la producción de mercancías, el dinero y el intercambio.

---

42 «[En el caso del lenguaje y los afectos] habrá que tener en cuenta que no son productos del trabajo, ni siquiera trabajo objetivado, muerto (como el conocimiento o la ciencia), y por lo tanto no tienen valor (aunque en ciertas circunstancias posean un precio). Que puedan tener precio y a la vez no produzcan valor quiere decir que representan una forma parasitaria de apropiarse del valor producido por otros capitalistas individuales (mediante el gasto de fuerza de trabajo abstracta). Un ejemplo claro son las redes sociales. Empresas como Facebook o Google no producen valor, pero se apropian de una importante porción de valor producido por otros empresarios. ¿Cómo lo hacen? De varias maneras. Por ejemplo, colocando publicidad en sus páginas, que visitan millones de personas. También vendiendo a otras empresas la información (los datos masivos) generada por millones de personas que interactúan en dichas redes sociales. Así, la gente "practica" la amistad en Facebook de forma gratuita, pero los millones de amigos que frecuentan dicha página suponen un suculento negocio para sus propietarios (sin producir una pizca de valor).» (Alfredo Macías Vásquez, *El colapso del capitalismo tecnológico*)

NÚMEROS ANTERIORES



6 La religión sobrepasa indudablemente a cualquier otra actividad humana en cantidad y variedad de tonterías. Si se considera además su papel como cómplice de la dominación de clase a través de la historia, no es sorprendente que haya atraído sobre sí el desprecio y el odio de cada vez más personas, en particular de los revolucionarios.

La religión continúa adaptándose, en su forma institucional o sin ella, a los pequeños cambios del modo de producción y reproducción de la vida, persistiendo bajo diferentes formas.

El movimiento revolucionario debe oponerse a la religión, pero tomando posición del otro lado de ella. No siendo menos que la religión, sino más.



7 Caminar de un punto a otro: siempre llegar. El sentido de nuestro movimiento por las calles de las ciudades, o entre ciudades es uno: llegar a un punto en el espacio dispuesto ante nosotros como un circuito ordenado de tareas. El espacio ha sido reducido a cosa por el Capital, y como toda cosa en relación al Capital, encierra y oculta relaciones sociales, he ahí su carácter material y su carácter abstracto, presentados de manera indisociable. Podemos llamar a todo esto urbanismo, aunque se trata simplemente del territorio que ha subsumido el Capital.



8 La ciencia, la tecnología y noción de progreso, no se encuentran por fuera del modo de producción capitalista, son parte constitutiva de éste y como una sola ideología imprimen un modo de percibir el mundo y de actuar en él.

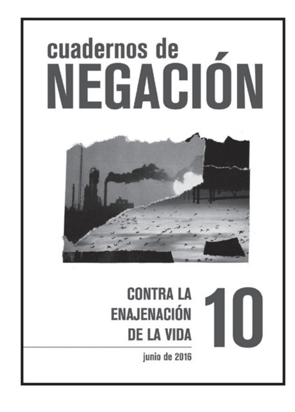
La razón dominante es burguesa, porque en tanto que idea pero también como fuerza material, actúa en beneficio del Capital.

Hasta hoy, la gran mayoría de los llamados a la "revolución" han sido y son en nombre de la libertad y la igualdad burguesas, de la ciencia y la Razón, de la eficacia y el progreso... y ya es tiempo de romper con ello.



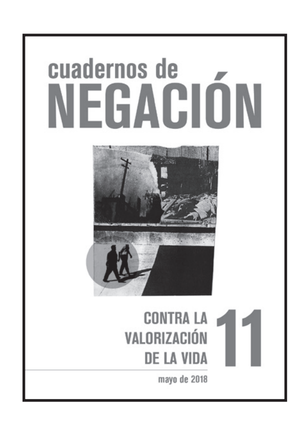
9 Si bien la mercancía, el Capital y el valor no explican absolutamente todo en esta sociedad, sin ellos no podemos comprender nada. La crítica de la economía no deja de lado la política, la religión, la ciencia y demás dimensiones de esta sociedad, sino que nos permite comprenderlas y atacarlas en cuanto parcialidades de la totalidad que conforman.

La contraposición que queremos enunciar es tajante: no nos dedicaremos a la economía en cuanto parcialidad, en cuanto disciplina. Se trata de la lucha contra la economización de la vida, de la contraposición práctica entre las necesidades humanas y las necesidades de valorización del Capital.



10 En este número de Cuadernos damos continuidad a la crítica del dinero, del Capital como sujeto y fin último de la producción y reproducción de la sociedad, del fetichismo y la enajenación como la instrumentalización del mundo y todos los que habitamos en él.

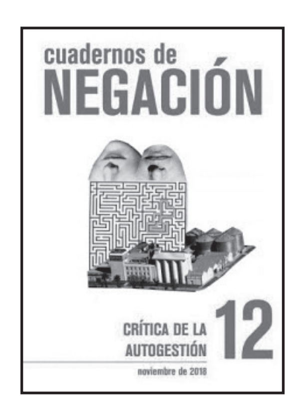
Enajenación no significa simplemente la separación de nuestros medios de vida, hablamos de todo un proceso histórico mediante el cual se ha llegado a que nuestra propia existencia se nos presente como ajena, en una sociedad donde el objetivo no son las personas, ni tampoco las cosas, sino la producción por la producción misma, la valorización del Capital. Es todo un orden social que vivimos como ajeno e, inevitablemente inmersos en él, tenemos que enfrentar.



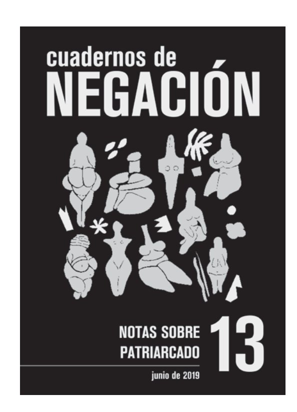
11 El fundamento de la sociedad capitalista es la dictadura del valor en proceso, y la utilidad de los objetos producidos son solo un medio. El llamado valor de uso es solo un soporte del valor de cambio, del valor valorizándose.

Pero nada en ninguna parte posee naturalmente una cualidad tal como el valor. Esta es consecuencia del modo en que la sociedad organiza su producción. El valor y la mercancía, así como el dinero o el trabajo no son datos neutrales y transhistóricos, y mucho menos naturales y eternos, se trata de categorías básicas del capitalismo.

Valorizar la vida no significa poner la vida en el centro sino, por el contrario, situarla en la balanza económica.



12 Millones de proletarios no solo se sienten identificados con "su" trabajo sino que se enorgullecen de él. Y confunden sus necesidades con las del Capital, interiorizando de tal modo la relación social capitalista que incluso cuando quieren luchar contra lo que perciben los explota y oprime continúan reproduciéndolo. El discurso dominante y la rutina capitalista cotidiana ha "integrado" a los explotados en tal grado que estos suponen resistir al comercio justamente comerciando. Muchos proletarios descontentos suponen luchar ¡mediante el trabajo, la producción de mercancía, la circulación de dinero, la valorización de la vida en general! Tal es así, que cuando criticamos el modo de producción capitalista en su fachada autogestionista hay quienes se sienten profundamente ofendidos y atacados.



13 Uno de los grandes problemas que encontramos al abordar la cuestión del patriarcado es asumirlo como el sujeto que determinaría la sociedad. Así, el Capital dejaría de ser el sujeto de esta sociedad, el que lo subsume todo, para dar paso a otro: el patriarcado. Hay una diferencia fundamental entre considerar el patriarcado como algo exterior al Capital y considerarlo como una realidad interna del Capital. La primera comprensión nos presenta el patriarcado por un lado y el Capital por otro, o en el mejor de los casos patriarcado y Capital como dos sujetos separados que en un momento dado se vinculan. Por el contrario, la comprensión del patriarcado como realidad interna del Capital, lo asume en tanto que incluido y dominado, es decir subsumido.

cuadernos de NEGACIÓN

Poner al trabajo doméstico, o mejor dicho el trabajo de reproducción de la fuerza de trabajo, en el lugar que corresponde significa vincular inmediatamente la opresión particular de las mujeres a su fundamento material: la reproducción capitalista. Se trata necesariamente de poner en cuestión la familia, la monogamia, la sexualidad y los cuidados, sin aislar todo esto del trabajo, el salario, el antagonismo social y el Estado.

Esto nos da también una indicación para la lucha, donde la opresión y la explotación se encuentran indisolublemente vinculadas. No para hacer el trabajo doméstico más eficiente sino para asumir su condición de clase y de sexo. Para que no haya ni clases ni división sexual del trabajo.

Luchar para ver más allá de las cuatro paredes de los hogares, pero también dentro de ellos.

cuadernosdenegacion.blogspot.com

cuadernosdenegacion@hotmail.com